número 7

mayo 2003

REBELDÍA

Durito y una de estatuas y pájaros

El mundo: siete pensamientos en mayo de 2003
Subcomandante Insurgente Marcos

El neoliberalismo:
de la hegemonía al *marketing*

América Latina:
"la decisión de inventar otro mundo"

Editorial

1 Durito y una de estatuas y pájaros
Subcomandante Insurgente Marcos

3 El mundo: siete pensamientos en mayo de 2003
Subcomandante Insurgente Marcos

15 Neoliberalismo: de la hegemonía al *marketing*
Adriana López Monjardin

24 Irak, Afganistán, Chechenia:
La guerra de desinformación en la "era de la información"
Francisco Pineda

32 América Latina: "la decisión de inventar otro mundo"
Sergio Rodríguez Lascano

42 Movimiento global contra la guerra y nuevos actores del conflicto:
algunos apuntes para la construcción de un léxico común
Ángel Luis Lara

La Pregunta

50 ¿Cómo queda el mundo abajo de los escombros
de la guerra de intervención contra Irak?
Víctor Flores Olea

Cultura y Zapatismo

58 Pueblos Indios: historias negadas, pero no aniquiladas
Felipe I. Echenique March

Las perlas del neoliberalismo

67 La guerra y el neoliberalismo

Noticias de la rebeldía

72 Ahí conocí mis derechos
María, trabajadora de la maquila

74 Argentina: Brukman o el derecho al trabajo

76 Puerto Rico: el plazo se cumplió para Vieques

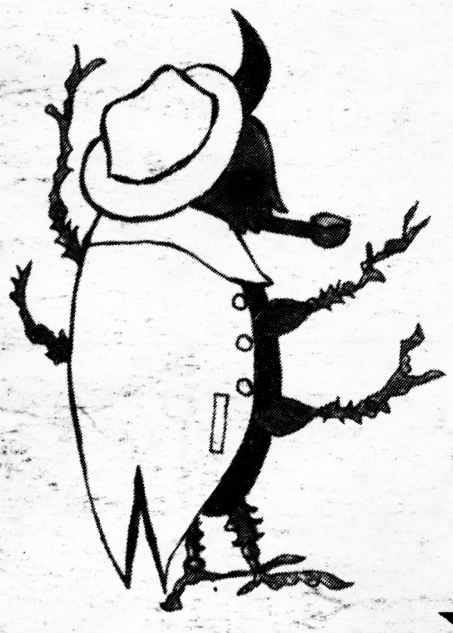
¡BASTA YA!

Dice Durito que el Poder crea estatuas pero no para escribir o recrear su historia, sino para prometerse a sí mismo la eternidad y la omnipotencia.

"*Para contar la historia del Poder*", dice Durito, "*basta con describir las estatuas que en la geografía del tiempo y del espacio hay en el mundo*".

"*Porque*", dice Durito que, "*donde faltan las razones abundan las estatuas. Cuando el Poder no es todavía Poder sino está en lucha por serlo, sus dogmas se hacen declaraciones de principios, programas, planes de acción, en suma, son estatuas en proyección. Cuando el Poder se hace de la silla del Poder, sus dogmas se hacen leyes, constituciones, reglamentos, en suma, son estatuas de papel que luego son estatuas de piedra*".

Durito y una de estatuas y pájaros



"Al Poder no le importa el consenso, el acuerdo, la palabra que nace a uno y a otro. Le interesa la dominación. El acuerdo legitima, el Poder legaliza. En el Poder, la carencia de legitimidad se soluciona con dogmas, es decir, con estatuas".

Dice Durito que una estatua es una VERDAD (así, con mayúsculas) que esconde debajo de la piedra su incapacidad para demostrar nada y la arbitrariedad de su existencia. Porque, según Durito, así como la "verdad" es la afirmación propia y la marginación de lo otro, de lo incomprensible; una estatua es la afirmación propia del dominador y la marginación del dominado.

"*Pero resulta que la historia rueda, a los tumbos, pero rueda*", dice Durito, "*y el vencedor del hoy de la estatua ni siquiera es recordado en el mañana que somos, por más que los letreros nos digan, inútilmente, que "ésta es la estatua del Marqués de la Verdad Eterna, etcétera". El mundo "inteligente" del Poder aparenta complejidad pero es bastante sencillo, está compuesto de dogmas y estatuas. Y la genealogía del Poder se basa sólo en la discusión intelectual de qué fue primero, el dogma o la estatua*".

"*Hay quienes hacen de nuestras palabras una estatua (o un dogma, pero es lo mismo). Unos hacen piedra nuestro pensamiento, para luego derribarlo delante de muchos reflectores, en mesas redondas, revistas, columnas periodísticas, discusiones de café. Otros convierten en dogma nuestra idea, le ponen incienso y luego la cambian por otro dogma, más de moda, más a la medida, más ad hoc*".

Dice Durito que unos y otros ignoran que el zapatismo no es ni dogma ni estatua, el zapatismo, como la rebeldía, es apenas uno entre miles de pájaros que vuelan.

"*Como cualquier ave, el zapatismo nace, crece, canta, se reproduce con otro y en otro, muere y, como es ley que hagan los pájaros, se caga en las estatuas*", dice Durito mientras vuela y trata de adoptar, inútilmente, un "aire entre tierno y duro, como un gorrión"

Desde las montañas del Sureste Mexicano.

Subcomandante Insurgente Marcos
México, mayo del 2003.

Rebeldía. Año 1, número 7, mayo del 2003.
Director: Sergio Rodríguez Lascano.
Subdirectora: Adriana López Monjardin.
Consejo editorial: Javier Elorriaga Berdegué, Raúl Jardón, Angel Luis Lara "El Ruso", Fernando Yáñez Muñoz.
Fotografías de Frida Hartz (excepto portada y páginas 46, 47 y 48).
Ilustraciones proporcionadas por el Colectivo Callejero.
En internet: www.revistarebeldia.org
correo electrónico: redaccion@revistarebeldia.org.mx
Impresa en Arte Z

El mundo:

Siete pensamientos en mayo de 2003

Subcomandante Insurgente Marcos

Introducción

Conforme se van deteriorando los calendarios del Poder y las grandes corporaciones de los medios de comunicación titubean entre los ridículos y las tragedias que protagoniza y promueve la clase política mundial, abajo, en el gran y extendido basamento de la tambaleante Torre de Babel moderna, los movimientos no cesan y, aunque aún balbuceantes, empiezan a recuperar la palabra y su capacidad de espejo y cristal. Mientras arriba se decreta la política del desencuentro, en el sótano del mundo los otros se encuentran a sí mismos y al otro que, siendo diferente, es otro abajo.

Como parte de esta reconstrucción de la palabra espejo y cristal, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional retomó diálogos con movimientos y organizaciones sociales y políticas en el mundo. Inicialmente, con hermanos y hermanas de México, Italia, Francia, Alemania, Suiza, el Estado Español, Argentina y la Unión Americana, se trata de ir construyendo una Agenda común de discusión.

No se pretende establecer acuerdos políticos y programáticos, ni de intentar una nueva versión de la Internacional. Tampoco se trata de unificar conceptos teóricos o uniformar concepciones, sino de encontrar y/o construir puntos comunes de discusión. Algo así como construir imágenes teóricas y prácticas que son vistas y ***vividas*** desde lugares distintos.

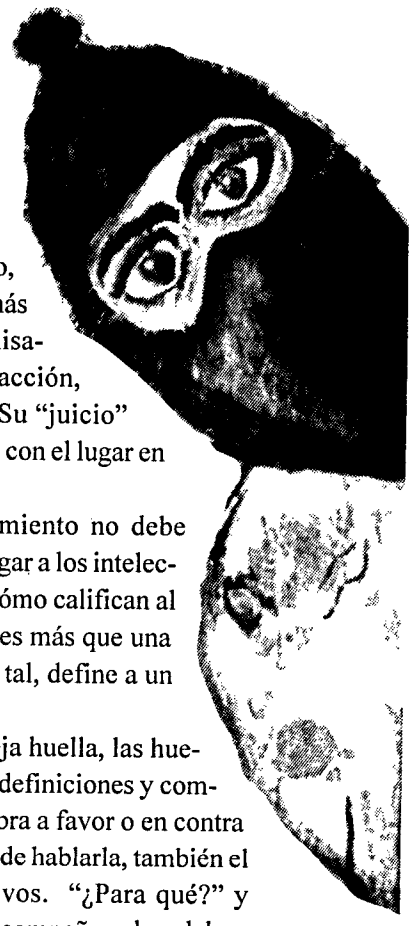
Como parte de este esfuerzo de encuentro, el EZLN presenta ahora estos 7 pensamientos. El "anclarlos" en un horizonte espacial y temporal significa, por parte nuestra, un reconocimiento de nuestras limitaciones teóricas, prácticas y, sobre todo, de visión universal. Este es nuestro primer aporte a la construcción de una Agenda mundial de discusión.

Agradecemos a la revista mexicana *Rebeldía* el que nos haya abierto sus páginas para estos pensamientos. Igualmente agradecemos a las publicaciones que en Italia, Francia, el Estado Español, la Unión Americana y América Latina hacen lo mismo.

I. Teoría

El lugar de la teoría (y del análisis teórico) en los movimientos políticos y sociales suele obviarse. Sin embargo, todo lo evidente suele esconder un problema, en este caso: el de los efectos de una teoría en una práctica y el "rebote" teórico de ésta última. Y no sólo, el problema de la teoría es también el problema de quién produce esa teoría.

No empato la noción de "teórico" o "analista teórico" con la de "intelectual". Esta última es más amplia. El teórico es un intelectual, pero el intelectual no siempre es un teórico.



El intelectual (y, por ende, el teórico) siente que tiene el derecho de opinar sobre los movimientos. No es su derecho, es su deber. Algunos intelectuales van más allá y se convierten en los nuevos "comisarios políticos" del pensamiento y de la acción, reparten títulos de "bueno" y "malo". Su "juicio" tiene que ver con el lugar en el que están y con el lugar en el que aspiran a estar.

Nosotros pensamos que un movimiento no debe "devolver" los juicios que recibe, y catalogar a los intelectuales como "buenos" o "malos", según cómo califican al movimiento. El anti-intelectualismo no es más que una apología propia incomprendida, y, como tal, define a un movimiento como "púber".

Nosotros creemos que la palabra deja huella, las huellas marcan rumbos, los rumbos implican definiciones y compromisos. Quienes comprometen su palabra a favor o en contra de un movimiento, no sólo tienen el deber de hablarla, también el de "agudizarla" pensando en sus objetivos. "¿Para qué?" y "¿Contra qué?" son preguntas que deben acompañar a la palabra. No para acallarla o bajar su volumen, sino para completarla y hacerla efectiva, es decir, para que se escuche lo que habla por quien debe escucharla.

Producir teoría desde un movimiento social o político no es lo mismo que hacerlo desde la academia. Y no digo "academia" en sentido de asepsia u "objetividad" científica (inexistentes); sino sólo para señalar el lugar de un espacio de reflexión y producción intelectual "fuera" de un movimiento. Y "fuera" no quiere decir que no haya "simpatías" o "antipatías", sino que esa producción intelectual no se da desde el movimiento sino sobre él. Así, el analista académico valora y juzga bondades y maldades, aciertos y errores de movimientos pasados y presentes, y, además, arriesga profecías sobre rutas y destinos.

A veces ocurre que algunos de los analistas de academia aspiran a dirigir un movimiento, es decir, a que el movimiento siga sus directrices. Ahí, el reproche fundamental del académico, es que el movimiento no lo "obedezca", así que todos los "errores" del movimiento se deben, básicamente, a que no ven con claridad lo que para el académico es evidente. Desmemoria y deshonestidad suelen campear (no siempre, es cierto) en estos analistas de escritorio. Un día dicen una cosa y predicen algo, al otro día ocurre lo contrario, pero el analista ha perdido la memoria y vuelve a teorizar haciendo caso omiso de lo que dijo antes. No sólo, además es deshonesto porque no se toma la molestia de respetar a sus lectores o escuchas. Nunca dirá "ayer dije esto y no ocurrió u ocurrió lo contrario, me equivoqué". Enganchado en el "hoy" de los medios, el teórico de escritorio aprovecha para "olvidar". En la teoría, este académico produce el equivalente a la comida chatarra del intelecto, es decir, no alimenta, sólo entretiene.

Otras veces, algún movimiento suple su espontaneismo con el padrinazgo teórico de la academia. La solución suele ser más perjudicial que la carencia. Si la academia se equivoca, "olvida"; si el movimiento se equivoca, fracasa. En ocasiones, la dirección

de un movimiento busca una "coartada teórica", es decir, algo que avale y dé coherencia a su práctica, y acude a la academia para surtirse de ella. En estos casos la teoría no es más que una apología acrítica y con algo de retórica.

Nosotros creemos que un movimiento debe producir su propia reflexión teórica (ojo: no su apología). En ella puede incorporar lo que es imposible en un teórico de escritorio, a saber, la práctica transformadora de ese movimiento.

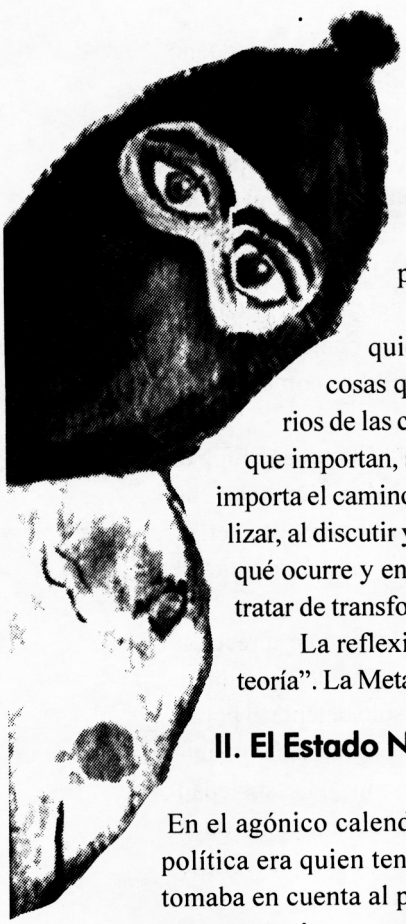
Nosotros preferimos escuchar y discutir con quienes analizan y reflexionan teóricamente en y con movimientos u organizaciones, y no fuera de ellos o, lo que es peor, a costa de esos movimientos. Sin embargo, nos esforzamos por escuchar todas las voces, prestando atención no en quién las habla sino desde dónde se habla.

En nuestras reflexiones teóricas hablamos de lo que nosotros vemos como tendencias, no hechos consumados ni inevitables. Tendencias que no sólo no se han convertido en homogéneas y hegemónicas (aún), sino que pueden (y deben) ser revertidas.

Nuestra reflexión teórica como zapatistas no suele ser sobre nosotros mismos, sino sobre la realidad en la que nos movemos. Y es, además, de carácter aproximado y limitado en el tiempo, en el espacio, en los conceptos y en la estructura de esos conceptos. Por eso rechazamos las pretensiones de universalidad y eternidad en lo que decimos y hacemos.

Las respuestas a las preguntas sobre el zapatismo no están en nuestras reflexiones y análisis teóricos, sino en nuestra práctica. Y, en nuestro caso, la práctica tiene una fuerte carga moral, ética. Es decir, intentamos (no siempre con fortuna, es cierto) una acción no sólo de acuerdo a un análisis teórico, sino también, y sobre todo, de acuerdo a lo que consideramos es nuestro deber. Tratamos de ser consecuentes, siempre. Tal vez por eso no somos pragmáticos (otra forma de decir "una práctica sin teoría y sin principios").

Las vanguardias sienten el deber de dirigir algo o a alguien (y en este sentido guardan muchas similitudes con los teóricos de academia). Las vanguardias se proponen conducir y trabajan para ello. Algunas hasta están dispuestas a pagar los costos de los errores y desviaciones de su quehacer político. La academia no.



Nosotros sentimos que nuestro deber es iniciar, seguir, acompañar, encontrar y abrir espacios para algo y para alguien, nosotros incluidos.

Un recorrido, así sea meramente enunciativo, de las distintas resistencias en una nación o en el planeta no es sólo un inventario, ahí se adivinan, más que presentes, futuros.

Quienes son parte de ese recorrido y de quien hace el inventario, pueden descubrir cosas que quienes suman y restan en los escritorios de las ciencias sociales no alcanzan a ver, a saber, que importan, sí, el caminante y su paso, pero sobre todo importa el camino, el rumbo, la tendencia. Al señalar y analizar, al discutir y polemizar, no sólo lo hacemos para saber qué ocurre y entenderlo, sino también, y sobre todo, para tratar de transformarlo.

La reflexión teórica sobre la teoría se llama "Metateoría". La Metateoría de los zapatistas es nuestra práctica.

II. El Estado Nacional y la polis

En el agónico calendario de los Estados Nacionales, la clase política era quien tenía el Poder de decisión. Un Poder que sí tomaba en cuenta al poder económico, al ideológico, al social, pero mantenía una autonomía relativa respecto a ellos. Esa autonomía relativa le daba la capacidad de "ver más allá" y conducir a las sociedades nacionales hacia ese futuro. En ese futuro, el poder económico no sólo seguía siendo poder, sino que era más poderoso.

En el arte de la política, el artista de la polis, el gobernante, era entonces un especializado conductor, conocedor de las ciencias y las artes humanas, incluida la militar. La sabiduría de gobernar consistía en el manejo adecuado de los distintos recursos de conducción del Estado. La mayor o menor recurrencia a

uno o a varios de esos recursos, definía el estilo de gobierno. Balance de administración, política y represión, una democracia avanzada. Mucha política, poca administración y represión encubierta, una régimen populista. Mucha represión y nada de política y administración, una dictadura militar.

En ese entonces, en la división internacional del trabajo, a los países con capitalismo desarrollado le correspondían hombres (o mujeres) de Estado como gobernantes; a los países con capitalismo deforme, les tocaban gobiernos de gorilas. Las dictaduras militares representaban el verdadero rostro de la modernidad: un rostro animal, sediento de sangre. Las democracias no sólo eran una máscara que escondía esa esencia brutal, también preparaban a las Naciones para una nueva etapa donde el dinero encontrara mejores condiciones de crecimiento.

La globalización, es decir, la mundialización del mundo, no sólo está marcada por la revolución tecnológica digital. La siempre presente voluntad internacionalista del Dinero encontró medios y condiciones para destruir las trabas que le impedían cumplir con su vocación: conquistar con su lógica todo el planeta. Unas de esas trabas, las fronteras y los Estados Nacionales, sufrieron y sufren una guerra mundial (la IV). Los Estados Nacionales se enfrentan a esta guerra careciendo de recursos económicos, políticos, militares, ideológicos y, como lo demuestran las guerras recientes y los tratados de libre comercio, de defensas jurídicas.

La historia no terminó con la caída del Muro de Berlín y el derrumbe del campo socialista. El Nuevo Orden Mundial sigue siendo un objetivo en el orden de batalla del dinero, pero en el campo yace ya, agonizando y esperando la llegada de auxilio, el Estado Nacional.

Llamamos "sociedad del Poder" al colectivo de dirección que ha desplazado a la clase política de la toma de decisiones fundamentales. Se trata de un grupo que no sólo detenta el poder económico y no sólo en una nación. Más que aglutinada orgánicamente (según el modelo de "sociedad anónima), la "sociedad del Poder" se conforma por compartir objetivos y métodos comunes. Aún en proceso de formación y consolidación, la "sociedad del Poder" trata de llenar el vacío dejado por los Estados Nacionales y sus clases políticas. La "sociedad del Poder" controla organismos financieros (y, por ende, países enteros), medios de comunicación, corporaciones industriales y comerciales, centros educativos, ejércitos y policías públicos y privados. La "sociedad del Poder" desea un Estado Mundial con un gobierno Supranacional, pero no trabaja en su construcción.

La globalización ha significado una experiencia traumática para la humanidad, sí, pero sobre todo para la sociedad del Poder. Agobiada por el esfuerzo de pasar, sin mediación alguna, de los barrios o comunidades a la Hiper-Polis, de lo local a lo global, y mientras se construye el gobierno Supranacional, la sociedad del Poder se refugia de nuevo en un Estado Nacional que desfallece. El Estado Nacional de la sociedad del Poder sólo aparenta un vigor que mucho tiene de esquizofrenia. Un holograma, eso es el Estado Nación en las metrópolis.

Mantenido por décadas como el referente de estabilidad, el Estado Nacional tiende a dejar de existir, pero su holograma permanece alimentado por los dogmas que luchan por llenar el vacío no sólo producido por la globalización, también remarcado por ella. La mundialización del mundo en tiempo y espacio es, para el Poder, algo que no acaba de ser digerido. Los "otros" ya no están en "otra" parte, sino en todas partes y a todas horas. Y para el Poder el "otro" es una amenaza. ¿Cómo enfrentar esa amenaza? Levantando el holograma de la Nación y denunciando al "otro" como agresor. ¿No fue uno de los argumentos del señor Bush para las guerras en Afganistán e Irak que ambos amenazaban a la "nación" norteamericana? Pero, fuera de la "realidad" creada por CNN, las banderas que ondean en Kabul y Bagdad no son las de las barras y las estrellas, sino las de las grandes corporaciones multinacionales.

En el holograma del Estado Nación, la falacia por excelencia de la modernidad, *c'est a dire*, "la libertad individual" se haya prisionera en una cárcel que no por global es menos opresiva. El individuo se desdibuja de tal forma que ni la imagen de los "héroes" de antaño puede ofrecerle la mínima esperanza de sobresalir. El "*self made man*" no existe más, y,

puesto que es impensable hablar de "*self made coporation*", la expectativa social se halla a la deriva. ¿Cuál es la esperanza? ¿Volver a la disputa por la calle, el barrio? Tampoco, la fragmentación ha sido tan despiadada y descontrolada que ni siquiera esas unidades mínimas de identidad se mantienen estables. ¿La familia-casa? ¿Dónde y cómo? Si la televisión entró como reina por la puerta principal, el internet entró como golpista por la hendidura del espacio cibernético. En días pasados, casi cada casa del planeta fue invadida por las tropas británicas y norteamericanas que ocuparon Irak.

El Estado Nación que se abroga ahora el título de "*la mano divina de Dios*" (los Estados Unidos de América), existe sólo en la televisión, en la radio, en algunos periódicos y revistas..., y en los cines. En la fábrica de sueños de los grandes consorcios mediáticos, los presidentes son inteligentes y simpáticos, la justicia siempre triunfa; la comunidad derrota al tirano, la rebeldía es respuesta pronta y efectiva frente a la arbitrariedad, y el "y vivieron muy felices" sigue siendo el final prometido a la sociedad nacional. Pero en la realidad, las cosas son todo lo contrario.

¿Dónde están los héroes de la invasión a Afganistán? ¿Dónde los de la ocupación de Irak? Quiero decir, el 11 de septiembre del 2001 tuvo sus héroes, los bomberos y habitantes de la ciudad de Nueva York trabajando por rescatar a las víctimas del delirio mesiánico. Pero estos héroes reales no le sirven al Poder, por eso fueron rápidamente olvidados. Para el Poder el "héroe" es el que conquista (es decir, destruye), no el que salva (es decir, construye). La imagen del bombero cubierto de ceniza, trabajando entre los escombros de las torres gemelas en Nueva York, fue sustituida por la del tanque de guerra jalando la estatua de Hussein en Bagdad.

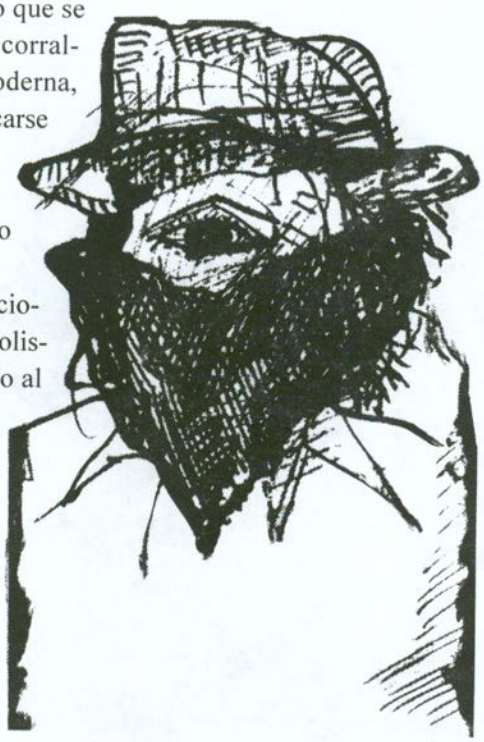
La polis moderna (uso el término "polis" en lugar del de "ciudad" para remarcar que me refiero a un espacio urbano de relaciones económicas, ideológicas, culturales, religiosas y políticas) sólo tiene de la clásica (Platón), la imagen superficial y frívola de las ovejas (el pueblo) y el pastor (el gobernante).

Pero la modernidad trastocó por completo la imagen platónica. Ahora se trata de un complejo industrial: algunas ovejas se trasquilan y otras se sacrifican para obtener alimento, las "enfermas" son aisladas, eliminadas y "quemadas" para que no contaminen al resto.

El neoliberalismo se presentó como la administración eficaz de esa mezcla de matadero-corral que es la polis, pero señalando que la eficacia sólo era posible rompiendo las fronteras de la polis y extendiéndolas (es decir, invadiendo) a todo el planeta: la Hiper-Polis.

Pero resulta que el "administrador" (el gobernante-pastor) ha enloquecido y ha decidido sacrificar todas las ovejas, aunque el dueño no pueda comer todas... y aunque no queden ovejas para trasquilar, ni para sacrificar mañana. El viejo político, el de antaño (y no me refiero al de "antes de Cristo", sino al de finales del siglo XX), se especializaba en mantener las condiciones para el crecimiento del rebaño y que hubiera ovejas para una y otra cosa, y, además, de que las ovejas no se rebelaran.

El neo-político no es ya más un pastor "culto", es un lobo bobalicón e ignorante (que ni siquiera se esconde tras una piel de oveja) que se conforma con comerse la parte del rebaño que le cedan, pero ha abandonado sus tareas fundamentales. El rebaño no tardará en desaparecer... o en rebelarse.



¿Se podría pensar que de lo que se trata no es de "humanizar" el corral-fabrica-matadero de la polis moderna, sino de destruir esa lógica, arrancarse la piel de oveja y, sin ovejas, descubrir que el "pastor-carnicero-trasquilador" no sólo es inútil, sino que estorba?

La lógica de los Estados Nacionales era (a grandes rasgos): una polis-ciudad aglutina un territorio (y no al revés), una provincia aglutina una serie de polis, una nación aglutina una serie de provincias. Ergo, la polis-ciudad era la célula básica de la Nación Estado y la Polis-Capital imponía su lógica al resto de las polis.

Había entonces una especie de causa común, uno o varios elementos que aglutinaban a esa Polis dentro de sí misma, así como había elementos que aglutinaban al Estado Nación (territorio, lengua, moneda, sistema jurídico-político, cultura, historia, etcétera). Estos elementos han sido erosionados y dinamitados (muchas veces no en sentido figurado) por la globalización.

Pero, ¿qué con la polis en el desgaste actual (casi hasta la desaparición) del Estado Nacional? Y, ¿qué fue primero?, ¿la Polis o el Estado Nacional?, ¿el desgaste de la una o del otro? No importa, cuando menos no para lo que ahora digo. Si la fragmentación (y, por ende, la tendencial desaparición) del Estado Nacional se debe a la fragmentación de la polis o viceversa, no es el tema del que hablo.

Como en el Estado Nacional, en la Polis se ha extraviado lo que la aglutinaba. Cada Polis no es más que una fragmentación desordenada y caótica, una superposición de polis que no sólo son diferentes entre sí, sino, no pocas veces, contrarias.

El Poder del Dinero exige un espacio especial que no sólo le sea espejo de su grandeza y bienestar, sino que, además, lo proteja de las "otras" polis (las de los "otros") que están a su alrededor y la "amenazan". Estas "otras" polis no son semejantes a las comunidades bárbaras de antaño. La Polis del Dinero trata de incorporarlas a su lógica y necesita de ellas, pero, al mismo tiempo, les teme.

Donde antes había un Estado Nacional (o disputando aún el espacio con él) hay ahora una desordenada acumulación de Polis. Las Polis del Dinero que hay en el mundo son las "casas" de la "sociedad del Poder". Sin embargo, donde antes había un sistema jurídico e institucional que regulaba la vida interna de los Estados Nacionales y la relación entre ellos (estructura jurídica internacional), ahora no hay nada.

El sistema jurídico internacional es obsoleto, y su lugar está siendo ocupado por el sistema "jurídico" espontáneo del Capital: la competencia brutal y despiadada con cualquier medio, entre ellos, la guerra.

¿Qué son los programas de seguridad pública de las ciudades sino la protección de los que tienen todo frente a los que nada tienen? "*Mutatis mutandi*", los programas de seguridad nacional ya no son nacionales frente a otras naciones, sino contra todo y en todas partes. La imagen de la ciudad rodeada (y amenazada) por cinturones de miseria y la imagen de la nación hostigada por otros

países, se han empezado a transformar. La pobreza y la inconformidad (esas "otras" que no tienen el buen gusto de desaparecer) ya no están en la periferia, sino que se puede ver casi en cualquier parte de las urbes... y de los países.

Lo que señalo es que el "reordenamiento", que se practica en los gobiernos de las polis, de esos fragmentos, como ensayo o "entrenamiento" para el reordenamiento nacional, es inútil. Porque de lo que se trata, más que de reordenar, es de aislar los fragmentos "nocivos" y atenuar el impacto que puedan tener sus reclamos, luchas y resistencias en la polis del dinero.

Quien gobierna la ciudad, sólo administra el proceso de fragmentación de la polis, en espera de pasar a administrar el proceso de fragmentación nacional.

La privatización del espacio en las ciudades no es más que el temor violando sus propias disposiciones. La polis se ha convertido en un espacio anárquico de islas. La "convivencia" entre los pocos es posible por el temor común que tienen al "otro". ¡Vivan las calles privadas! Seguirán las colonias privadas, las ciudades, las provincias, las naciones, el mundo... todo privatizado, es decir, aislado y protegido del "otro". Pero el vecino pudiente no tardará también en ser un "otro".

Lo que no hizo la guerra nuclear, pueden hacerlo las corporaciones. Destruir todo, incluso lo que les da riqueza.

Un mundo donde no quepa ningún mundo, ni siquiera el propio. Éste es el proyecto de la Hiper-Polis que ya se levanta sobre los escombros del Estado Nación.

III. La política

¿Ya no hay causas nacionales que aglutinen a las polis, a las naciones, a las sociedades? ¿O ya no hay políticos capaces de enarbolar esas causas? El descrédito de la política es algo más que eso: tiene algo de odio y rencor. El ciudadano común está pasando, tendencialmente, de la indiferencia frente a las tropelías de la clase política, a un repudio que adquiere formas cada vez más "expresivas". El "rebaño" se resiste a la nueva lógica.

El político de antaño definía la tarea común. El moderno lo intenta y fracasa, ¿por qué? Tal vez porque él mismo ha labrado su desprestigio o, más bien, más que prostituir una causa, ha prostituido un quehacer.

Carente de una realidad como referente, la clase política moderna se fabrica de un holograma no del tamaño de sus aspiraciones, sino del tamaño de su calendario actual: quien gobierna un poblado no ha renunciado a gobernar una ciudad, una provincia, una nación, el mundo entero, es sólo que su hoy le determina un poblado... y hay que esperar a las próximas elecciones para el siguiente paso.

Si el Estado Nacional antes tenía la capacidad de "ver más allá" y proyectar las condiciones necesarias para que el capital se reprodujera "*in crescendo*" y para ayudarlo a sortear sus crisis periódicas, la destrucción de sus bases fundamentales le impiden cumplir con esa tarea.

El "barco" social se haya a la deriva y el problema no es sólo la falta de un capitán capaz, resulta que se han robado el timón y no aparece por ningún lado.

Si el dinero fue la dinamita, los "operarios" de la demolición fueron los políticos. Al destruir las bases del Estado Nacional, la clase política tradicional también destruyó su coartada: los todopoderosos atletas de la política ahora se miran sorprendidos e incrédulos... un comerciante ñoño, sin noción alguna de las artes del Estado, ni siquiera los ha derrotado, simplemente los suplantó.

Esa clase política tradicional es incapaz de reconstruir las bases del Estado Nacional. Como ave de rapiña se conforma con alimentarse de los despojos de los países, y se ceba en el lodo y la sangre sobre las que se construye el imperio del dinero. Mientras engorda, el Señor del Dinero espera en la mesa...

La libertad de mercado ha sufrido una metamorfosis terrible: ahora eres libre de elegir a qué centro comercial ir, pero la tienda es la misma y la marca del producto también. La falaz libertad originaria en la tiranía de la mercancía, "libre oferta y libre demanda" se ha hecho añicos.

Las bases de la "democracia occidental" han sido dinamitadas. Sobre sus escombros se realizan campañas y elecciones. La pirotecnia electoral brilla muy alto, tanto que no alcanza siquiera

a iluminar un poco las ruinas que cubren el quehacer político.

De igual forma, la columna vertebral del quehacer gubernamental, la Razón de Estado, no sirve más, ahora es la Razón de Mercado la que dirige la política. ¿Para qué emplear políticos si los mercadólogos entienden mejor la nueva lógica del Poder?

El político, es decir, el profesional del Estado, ha sido suplantado por el gerente. Así la visión de Estado se trastoca en visión de mercadotecnia (el gerente no es más que un capataz de antaño, que "cree" firmemente que el éxito de la empresa es su propio éxito) y el horizonte se achica, no sólo en distancia, también en su dimensión.

Los diputados y senadores ya no hacen leyes, esa labor la cumplen los "*lobbys*" de asesores y consultores.

Huérfanos y viudos, los políticos tradicionales y sus intelectuales se mesan los cabellos (los que tengan aún) y ensayan una y otra vez nuevas coartadas para ofrecerlas en el mercado de ideas: es inútil, ahí sobran vendedores y no hay ningún comprador.

Acudir a la clase política tradicional como "aliada" en la lucha de resistencia es un buen ejercicio... de nostalgia. Acudir a los neo-políticos es un síntoma de esquizofrenia. Allá arriba no hay nada que hacer, como no sea jugar a que tal vez se puede hacer algo.

Hay quien se dedica a imaginar que el timón existe y disputar su posesión. Hay quien busca el timón, seguro de que quedó en alguna parte. Y hay quien hace de una isla no un refugio para la autosatisfacción, sino una barca para encontrarse con otra isla y con otra y con otra...

IV. La guerra

En el *stress* postmoderno de la sociedad del Poder, la guerra es el diván. La catarsis de muerte y destrucción alivia pero no cura. Las crisis actuales son peores que las del pasado, y, por ende, la solución radical que el Poder da para ellas, la guerra, es peor que las de antaño.

Ahora, el fraude más grande de la historia de la humanidad, la globalización, ni siquiera tiene la delicadeza de tratar de justificarse. Miles de años después del surgimiento de la palabra, y con ella, de la razón argumentada, la fuerza vuelve a ocupar el lugar decisivo y decisorio.

En la historia de la consolidación del Poder, la convivencia humana se convirtió en coexistencia. Y ésta en guerra. El par dominante-dominado define ahora a la comunidad mundial y pretende ser el nuevo criterio de "humanidad" incluso para los fragmentos más dispersos de la sociedad global.

El vacío dejado por los hombres de Estado es llenado, en el holograma del Estado Nacional, por los gerentes y arribistas; pero en el orden aparente del capital, los militares de empresas (una nueva generación que no sólo lee y aplica a Tzun Tzu, sino que tiene los medios materiales para realizar sus movimientos y maniobras) incorporan la guerra militar (para diferenciarla de las guerras económicas, ideológicas, psicológicas, diplomáticas, etc.) como un elemento más de su estrategia de mercado.

La lógica del mercado (más ganancias siempre y a toda costa) se impone a la vieja lógica de guerra (destruir la capacidad de combate del oponente). La legislación internacional estorba entonces y, o

debe ser ignorada, o debe ser destruida. Se acabó el tiempo de las justificaciones plausibles, ahora ni siquiera se hace mucho énfasis en las justificaciones "morales" e incluso "políticas" de la guerra. Los organismos internacionales son monumentos inútiles y onerosos.

Para la sociedad del Poder, el ser humano puede ser cliente o delincuente. Para adocenar al primero y eliminar al segundo, el político da rostro legal a la violencia ilegítima del Poder. La guerra ya no necesita de leyes que la "justifiquen" o "avalen", basta con políticos que la declaren y firmen las órdenes.

Si el gobierno de Estados Unidos se ha abrogado el papel de "Policía" de la Hiper-Polis, habría que preguntarse qué orden quiere mantener, qué propiedad debe defender, qué delincuentes debe encarcelar, y qué ley le da coherencia y orden a su actuar. Es decir, quienes son los "otros" frente a los que debe proteger a la sociedad del Poder.

No hay peor general para conducir una guerra que un militar, por eso, antaño, los grandes generales, los ganadores de las guerras (no los que peleaban las batallas), eran políticos, hombres de Estado. Pero si ya no hay más de éstos, entonces ¿quién está dirigiendo la actual batalla de conquista mundial? Dudo que alguien, en su sano juicio, pueda sostener que Bush o Rumsfeld dirigieron la guerra en Irak.

Así que, o son militares los que dirigen o no son militares. Si lo son, el resultado empezará a verse dentro de poco. El militar no se da por satisfecho hasta que destruye totalmente a su oponente. Totalmente, es decir, no derrotarlo, sino desaparecerlo, acabarlo, aniquilarlo. Así la solución a la crisis sólo es el preludio de una crisis mayor, de un horror que es imposible describir con palabras.

Si no son militares, entonces ¿quién dirige? Las corporaciones, pudiera responderse. Pero éstas tienen lógicas que se sobreponen a las de los individuos y los conducen. Como un ente con vida e inteligencia propia, la corporación alecciona a sus miembros para ir en tal dirección. ¿Cuál? La de la ganancia. En esta lógica, el dinero se dirige a donde obtiene más condiciones de ganancia rápida, creciente y continua. ¿Se dirigirá entonces a donde menos hay o a donde más hay? Sí, la corporación irá, tendencialmente, en contra de otra corporación.

¿Resolverá el resultado de la guerra en Irak la crisis que enfrentan las grandes corporaciones? No, o cuando menos no en lo inmediato. El efecto distractor de un conflicto para las expectativas del Estado-Nacional-Con-Aspiraciones-A-Ser-Supranacional, tiene la duración de un *spot* televisivo.

"Ya ganamos en Irak", dirán los ciudadanos de Estados Unidos, "¿y ahora? ¿Otra guerra? ¿En dónde? ¿Es esto el nuevo orden mundial? ¿Una guerra en todas partes y a todas horas, sólo interrumpida por los anuncios comerciales?"

V. La cultura

Postrada en el diván de la guerra, la sociedad del Poder baraja sus complejos y fantasmas. Unos y otros tienen muchos nombres y muchos rostros, pero un común denominador: "el otro". Ese "otro" que, hasta antes de la globalización, estaba lejos en tiempo y espacio, pero que la construcción desordenada de la Hiper-Polis lo ha traído al "*backyard*", al patio trasero de la sociedad del Poder.

La cultura del "otro" se vuelve el espejo odiado. Pero no porque refleje al poder en su crueldad inhumana, sino porque cuenta la historia del "otro". El diferente que no sólo no depende del "yo" del Poder, sino que también tiene su propia historia y esplendor sin siquiera haberse dado cuenta de la existencia del "yo" o haber supuesto su futura aparición.

En la sociedad del Poder, el fracaso del hombre en la convivencia, su ser en el ser colectivo, se oculta detrás del éxito individual. Pero éste último, oculta a su vez que ese éxito es posible por la destrucción del otro, del ser colectivo. Durante décadas,

en el imaginario del Poder, el colectivo ocupó el lugar del mal, arbitrario, iracundo, cruel, implacable. El "otro" es el rostro del rebelde Luzbel en la nueva "Biblia" del Poder (que no predica la redención, sino la sumisión) y es necesario expulsarlo de nuevo del paraíso. En el papel de la espada flamígera, las "*smart bombs*".

El rostro del "otro" es su cultura, ahí está su diferencia. Lengua, creencias, valores, tradiciones, historias, se hacen cuerpo colectivo en una Nación y le permiten diferenciarse de otras y, con base en esa diferencia, relacionarse con otras. Una Nación sin cultura es una entidad sin rostro, es decir, sin ojos, sin oídos, sin nariz, sin boca... y sin cerebro.

Destruir la cultura del "otro" es la forma más contundente de eliminarlo. El saqueo de las riquezas culturales en Irak no fue producto de la desatención o desinterés de las tropas de ocupación. Fue una acción militar más en el plan de guerra.

En las grandes guerras, los grandes tiranos y genocidas dedican esfuerzos especiales a la destrucción cultural. La semejanza entre la fobia a la cultura de Hitler y la de Bush no se debe a que manifiesten síntomas comunes de locura. La semejanza está en los proyectos de mundialización que animaron a uno y dirigen al otro.

La cultura es de las pocas cosas que mantienen aún respirando al Estado Nacional. La eliminación de la cultura será el tiro de gracia. Al funeral nadie asistirá y no por falta de conocimiento, sino de "*raiting*".

VI. Manifiestos y manifestaciones

El acto guerrero fundacional del nuevo siglo no es el desmoronamiento de las torres gemelas, pero tampoco la caída sin gracia ni espectáculo de la estatua de Hussein. El siglo XXI arranca con el "NO A LA GUERRA" globalizado que devolvió a la humanidad su esencia y la aglutinó en una causa. Como nunca antes en la historia de la humanidad, el planeta fue sacudido por este "NO".

Desde intelectuales de todas las tallas, hasta habitantes iletrados de rincones ignorados de la tierra, el "NO" se convirtió en puente que unió comunidades, pueblos, villas, ciudades, provincias, países, continentes. En manifiestos y manifestaciones, el "NO" buscó la reivindicación de la razón frente a la fuerza.

Aunque ese "NO" se apagó en parte con la ocupación de Bagdad, hay más de esperanza que de impotencia en su eco. Sin embargo, algunos se han desplazado en el terreno teórico y han cambiado la pregunta "¿Qué hacer para detener la Guerra?", por esta otra: "¿Dónde será la próxima invasión?".

Hay quien sostiene, ingenuo, que la declaración del gobierno de EU de que no hará nada contra Cuba, demuestra que no hay que temer una acción militar norteamericana en contra de la isla caribeña. Los deseos del gobierno norteamericano de invadir y ocupar Cuba son reales, pero son algo más que deseos. Son ya planes con rutas, tiempos, contingentes, etapas, objetivos parciales y sucesivos. Cuba no es sólo un territorio a conquistar, es, sobre todo, una afrenta. Una abolladura intolerable en el lujoso automóvil de la modernidad neoliberal. Y los marines son los hojalateros. Si esos planes se concretan, ya se verá, como ahora en Irak, que el objetivo no era derrocar al señor Castro Ruz, ni siquiera imponer un cambio de régimen político.

La invasión y ocupación de Cuba (o de cualquier otro punto de la geografía mundial) no requiere de los intelectuales "sorprendidos" de las acciones de un Estado Nacional (acaso el último que se mantiene como tal en América Latina) para control interno.

Si el gobierno norteamericano no se conmovió siquiera por el tibio rechazo de la ONU y de los gobiernos del primer mundo, ni se inmutó con la condena explícita de millones de seres en todo el planeta, no lo animarán ni detendrán las palabras de rechazo o aliento de los intelectuales (hablando de Cuba, en fechas recientes se conoció la "heroica" acción de soldados israelíes: ejecutaron a un palestino con un tiro en la nuca. El palestino tenía 17 meses de edad. ¿Hubo alguna declaración, algún manifiesto con firmas indignadas? ¿Horror selectivo? ¿Cansancio del corazón? ¿O el "condenamos en cualquier parte y de quien sea" incluye ya y para siempre todas y cada una de las dosis de terror que desde arriba indigestan a los de abajo? ¿Basta decir una vez "no"?).

Tampoco lo detendrán las movilizaciones de protesta, por muy masivas y continuas que sean, aún dentro de la Unión Americana.

Quiero decir: ***NO SÓLO***.

Un elemento fundamental es la capacidad de resistencia del agredido, la inteligencia para combinar formas de resistir, y, algo que puede sonar "subjetivo", la decisión de los seres humanos agredidos. El territorio a conquistar (llámese Siria, Cuba, Irán, montañas del sureste mexicano) tendría así que convertirse en un territorio en resistencia. Y no me refiero a la cantidad de trincheras, armas, trampas caza-bobos y sistemas de seguridad (que son, sin embargo, también necesarias), sino a la disposición (la "Moral" dirán algunos) de esos seres humanos para resistir.

VII. La resistencia

Las crisis preceden a la toma de conciencia de su existencia, pero la reflexión sobre los resultados o salidas de esas crisis se convierten en acciones políticas. El rechazo a la clase política no es un rechazo al hacer política, sino a una forma de hacerla.

El hecho de que, en el muy limitado horizonte del calendario del Poder, no aparezca definida una nueva forma de hacer política no significa que ésta no esté ya andando en pocos o en muchos de los fragmentos de las sociedades en todo el mundo.

Todas las resistencias, en la historia de la humanidad, han parecido inútiles no sólo la víspera, sino también ya avanzada la noche de la agresión, pero el tiempo corre, paradójicamente, a su favor si es concebida para ello.

Podrán caer muchas estatuas, pero si la decisión de generaciones se mantiene y alimenta, el triunfo de la resistencia es posible. No tendrá fecha precisa ni habrá desfiles fastuosos, pero el desgaste previsible de un aparato que convierte su propia maquinaria en su proyecto de nuevo orden, terminará por ser total.

No estoy predicando la esperanza hueca, sino recordando un poco de historia mundial y, en cada país, un poco de historia nacional.

Vamos a vencer, no porque sea nuestro destino o porque así esté escrito en nuestras respectivas biblias rebeldes o revolucionarias, sino porque estamos trabajando y luchando para eso.

Para ello es necesario un poco de respeto al otro que en otro lado resiste en su ser otro, un mucho de humildad para recordar que se puede aprender todavía mucho de ese ser otro, y sabiduría para no copiar sino producir una teoría y una práctica que no incluyan la soberbia en sus principios, sino que reconozca sus horizontes y las herramientas que sirven para esos horizontes.

No se trata de solidificar las estatuas existentes, sino trabajar por un mundo donde las estatuas sirvan sólo para que los pájaros se caguen en ellas.

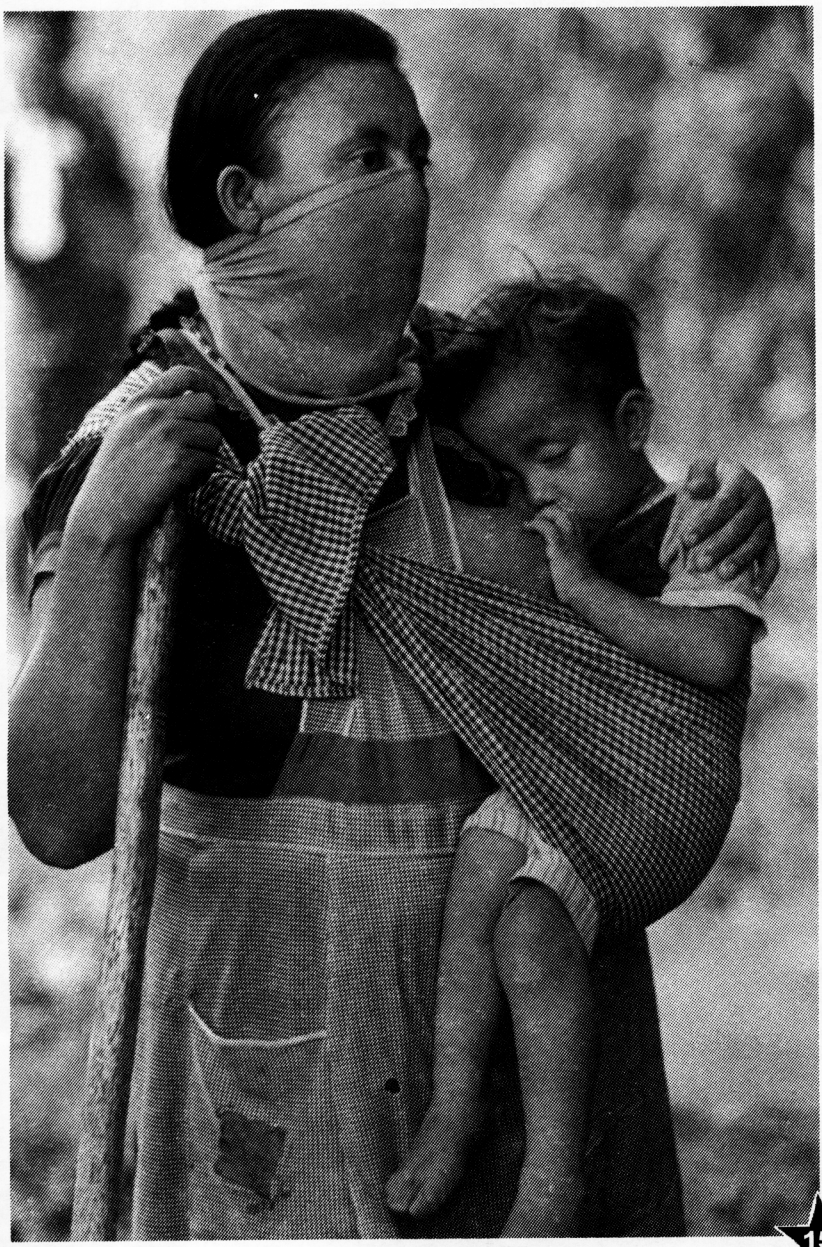
Un mundo donde quepan muchas resistencias. No una internacional de la resistencia, sino una bandera policroma, una melodía con muchas tonadas. Si aparece disonante es sólo porque el calendario de abajo está todavía por armar la partitura donde cada nota encontrará su lugar, su volumen y, sobre todo, su liga con las otras notas.

La historia está lejos de terminar. En el futuro, las convivencias serán posibles, no por las guerras que pretendieron dominar al otro, sino por los "no" que dieron a los seres humanos, como antes en la prehistoria, una causa común y, con ella, una esperanza: la de la supervivencia... por la humanidad, contra el neoliberalismo. ★

Desde las montañas del Sureste Mexicano.
Subcomandante Insurgente Marcos.

El neoliberalismo: de la hegemonía al *marketing*

Adriana López Monjardin



"Reproducir las apariencias hegemónicas, incluso bajo coacción, es vital para el ejercicio de la dominación. Las instituciones cuya identidad depende de una doctrina necesitan que la unanimidad se exprese públicamente, aunque la sinceridad de estas expresiones les preocupa poco. La duda personal o el cinismo introvertido representan algo muy distinto de la duda pública y el rechazo abierto a una institución.

"La negativa abierta a cumplir con una puesta en escena hegemónica es, por lo tanto, una forma especialmente peligrosa de insubordinación. En efecto, el término insubordinación es muy apropiado porque cada negativa a obedecer no es sólo una pequeña grieta en la pared simbólica: implica necesariamente un cuestionamiento de todos los otros actos que esa forma de insubordinación conlleva.

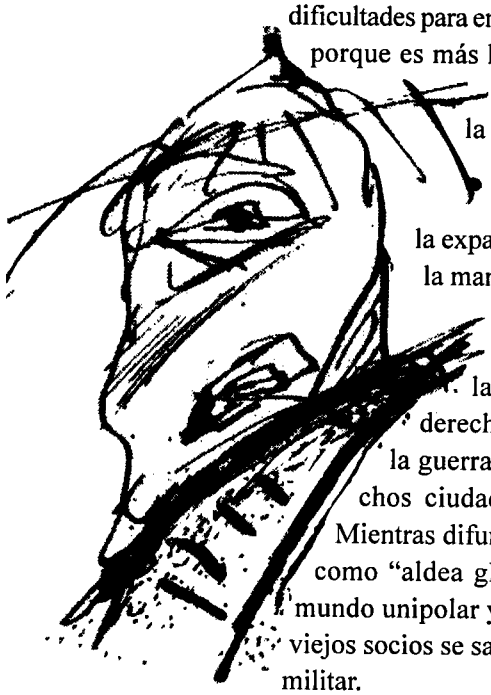
"Un acto único de insubordinación pública exitosa perfora la superficie uniforme del aparente consenso, que es un recordatorio visible de las relaciones de poder subyacentes".

James Scott, 1990.

El neoliberalismo no es un proyecto hegemónico, es un proyecto de dominación. Sus profetas, beneficiarios y ejecutores buscan la hegemonía. Se empeñan en alcanzarla: la difunden, la ponen en escena, organizan actos rituales en los que se presentan como guardianes del futuro de la humanidad y depositarios de su voluntad unánime. Pero fracasan una y otra vez porque no logran articular un discurso más o menos incluyente y capaz de convencer y, sobre todo, porque sus prácticas cotidianas contradicen sus pretensiones hegemónicas, en la medida en que cancelan el futuro de la mayor parte de la población del planeta, a tal grado que su doctrina termina por imponerse más por la fuerza que mediante la persuasión.

Para comprender los caminos por los que se abre paso el neoliberalismo hace falta recuperar la diferencia entre *hegemonía* y *dominación*. Los dos conceptos se refieren a las maneras en que se ejerce el poder y a menudo se usan como si fueran sinónimos. Pero hay que recordar que la *hegemonía* necesita del consenso, que no es nada más una operación discursiva o ideológica sino que involucra un conjunto de prácticas y se apoya en la legitimidad de las políticas y las instituciones. También supone la incorporación de los subordinados, aunque sea siempre parcial, y garantiza su reproducción como tales: como subordinados, es decir, como trabajadores, campesinos, amas de casa, empleados, pequeños comerciantes, y como niñas y niños que algún día llegarán a serlo. La dominación, en cambio, se apoya en la coerción: en el uso de la fuerza; en la represión de la disidencia; en la imposición de leyes cada vez más restrictivas y excluyentes; en las acciones unilaterales; en la criminalización de los inconformes. Dicen los teóricos que no hay formas puras, que la *hegemonía* y la *dominación* se han combinado de muchas maneras a lo largo de nuestra historia, que no existe un muro sólido que separe a la una de la otra sino un campo continuo donde las fronteras se entrecruzan. Pero, aún así, reconocer las diferencias entre los dos polos ayuda a iluminar un momento histórico preciso, en el que puede predominar uno u otro extremo; y en el que los proyectos hegemónicos del poder pueden ser más o menos sólidos, más o menos incluyentes, más o menos convincentes.

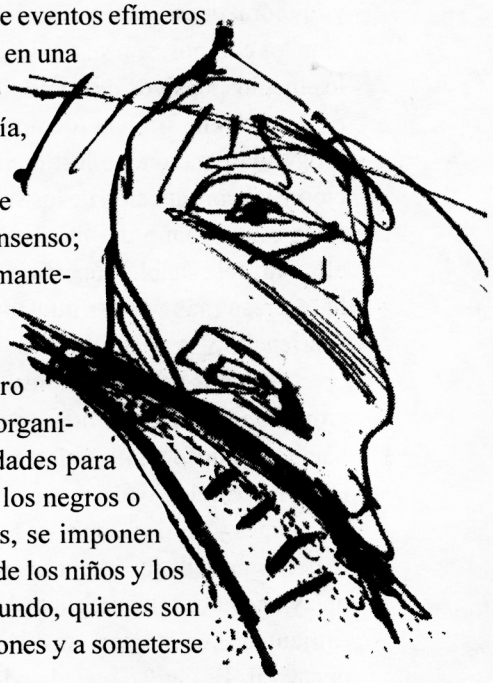
El modelo capitalista neoliberal, a diferencia del modelo del Estado de bienestar que lo antecedió, encuentra muchas más dificultades para enraizar en el campo de la hegemonía, porque es más honda y desgarradora la distancia entre sus postulados ideológicos y la vida de casi toda la gente, en casi cualquier parte del mundo. Mientras el neoliberalismo sostiene que la expansión global de los mercados va de la mano de la democracia y del bienestar material, crecen la pobreza y el autoritarismo. Mientras anuncia la defensa de la civilización y los derechos humanos, en realidad extiende la guerra y la muerte, y erosiona los derechos ciudadanos individuales y colectivos. Mientras difunde la imagen de un nuevo mundo como "aldea global", impone en los hechos un mundo unipolar y fragmentado, donde incluso sus viejos socios se sacrifican en aras de un único poder militar.



El neoliberalismo proclama abiertamente que, en el nuevo mundo que ofrece, van a prevalecer los individuos "más aptos". Pero resulta que en el mundo de las empresas, las finanzas, la cultura y la política, quienes se ostentan como los "más aptos" son también quienes más dependen de los privilegios y los monopolios, del ocultamiento y la privatización de los saberes, de la corrupción, de la elaboración de leyes a su medida y, al mismo tiempo, de la violación de toda legalidad nacional e internacional. Al reinstaurar el capitalismo salvaje, el neoliberalismo abandona las prácticas sociales e institucionales que podrían proteger e incorporar a los subordinados. Desmantela las conquistas agrarias y laborales, pregona y aplica la privatización de los sistemas nacionales de salud y educación, renuncia sistemáticamente a las políticas encaminadas a atenuar la concentración de la riqueza y provoca de manera deliberada la profundización de

las desigualdades. El individualismo, llevado así a ultranza, resulta un recurso ideológico muy pobre para convencer a los subordinados. A quienes no encuentran trabajo o no logran vivir de su trabajo, porque sus ingresos no alcanzan, la doctrina neoliberal sólo les puede responder que eso les pasa por su culpa: porque no son lo "suficientemente" inteligentes, trabajadores y competitivos; y porque no cuentan con los rasgos adecuados: sea la edad, el género, el color de la piel, el sitio donde nacieron, su religión o su lengua materna.

¿Cómo podría el neoliberalismo construir hegemonía desde aquí? ¿Cómo convence, cuando que en su propia naturaleza está el desarrollo de bloques dominantes antipopulares? El caso es que difícilmente lo logra, y no lo hace a través de un proyecto civilizatorio o de la construcción de un nuevo orden mundial, sino encadenando una serie de eventos efímeros y fragmentarios que se convierten en una perpetua gestión del caos. Precisamente donde falla la hegemonía, estallan las guerras para imponer un poderío militar que ya no se toma la molestia de asegurar el consenso; se militarizan las fronteras para mantener fuera a quienes no tienen el color de piel "más apto" o incluso para mantenerlos dentro, pero siempre atados y sin derechos; se organiza la gestión policial de las ciudades para vigilar a los jóvenes, los pobres, los negros o los musulmanes; y cada vez más, se imponen retenes policiales en las escuelas de los niños y los adolescentes pobres de todo el mundo, quienes son obligados a presentar identificaciones y a someterse a la revisión de sus mochilas.



Tanto el neoliberalismo global y unipolar como los gobiernos neoliberales de cada país construyen sistemas de dominación, en los que el autoritarismo, la coerción y el uso de la fuerza no son nada más una posibilidad última y extrema en manos de los poderosos, cosa que siempre ha sido, sino un recurso de gestión cotidiana de los espacios de vida de la mayoría de la gente. Por otra parte, los propagandistas del neoliberalismo cuentan con dos cartas para articular sus discursos: el fatalismo y el *marketing*.

Más que difundir un proyecto o una ideología coherente, más que argumentar acerca de las bondades de sus propuestas, las élites empresariales, políticas y culturales apelan al conformismo y repiten hasta el cansancio la tesis de que "no hay opciones". Detrás de esta versión que busca cancelar el pensamiento crítico, las élites pregonan que el único camino es el de la globalización y la competitividad; y que este camino funciona de manera "automática", "natural", gracias a los efectos de la competencia tanto en el mercado como en los procesos electorales. Dicen que cuando las naciones, los Estados o las organizaciones sociales y políticas intentan hacer "algo", esto sólo va en sentido contrario a las tendencias globales y sus efectos resultan contraproducentes porque estorban el flujo "natural" de los mercados: ahuyentan a los capitales, provocan represalias de los socios comerciales, hacen que se pierdan puestos de trabajo, atentan contra las ventajas comparativas que favorecen a los productores nacionales y regionales, desatan la inflación, propician el paternalismo. De la misma manera, en el campo de la política electoral, hasta las palabras se van domesticando para cambiar de sentido, y por eso se pone tanto empeño en preservar la *alternancia* en el poder cuando las *alternativas* desaparecen del escenario.

Durante milenios, la historia de las relaciones de poder estuvo acompañada por las expresiones públicas y masivas de adhesión: multitudes que aclamaban al príncipe, al papa, al señor presidente, al camarada secretario del partido. Los miedos a la represión y a las represalias o la necesidad de conseguir y conservar algunas ventajas, ha permitido a los poderosos reclutar una masa aceptable para cualquier representación del poder. Como dice James Scott, la puesta en escena de la subordinación no es necesariamente incompatible con el burlón descreimiento de los subordinados; y, en muchas ocasiones, tiene más impacto entre los líderes que entre los mucho más numerosos jugadores de base.

Si los rituales de adhesión no tienen por que ser convincentes en el sentido de ganar el consentimiento de los subordinados a los términos de la subordinación, sí lo son en otras formas: al mostrar la fortaleza y la estabilidad de un sistema de dominación y al exigir de los oprimidos signos casi literales de conformidad. Resulta sorprendente entonces que un sistema de dominación como el neoliberal, que depende de propagar el conformismo todavía más que los sistemas populistas precedentes, tienda a prescindir de las manifestaciones masivas de apoyo a los gobernantes.

Las manifestaciones públicas son cada vez más de oposición, aquí y en China, y también en Italia, Brasil, Sudáfrica, la India, Marruecos o Estados Unidos. Las concentraciones autónomas de los subordinados tienen un sentido muy distinto y desafían a la dominación. En primer lugar porque muestran una imagen diferente a la desagregación de los de abajo normalmente promovida por el poder; en segundo lugar, porque protegen a sus participantes con el anonimato, lo que les permite hacer o decir algo que difícilmente podrían sostener bajo la vigilancia individualizada que imponen los poderosos, como la que existe en los sitios de trabajo; y en tercer lugar porque cuando se dice o se hace algo que expresa abiertamente las críticas, los sentimientos y la desobediencia, surge una intensa emoción colectiva al hablar con la verdad, por fin, ante la cara del poder.

Para las clases políticas neoliberales, incluso para los segmentos que provienen de la izquierda, resulta cada vez más difícil organizar actos masivos de apoyo. Las elecciones tienden a convertirse en un único –y último— reducto en el que los gobernantes de todos los partidos políticos creen escuchar el respaldo de los subordinados al estado de cosas que imponen y al fatalismo que propagan. Y las campañas electorales, por cierto, se apoyan cada vez más en los medios masivos de comunicación, en las alianzas con individuos provenientes de las cúpulas de diversos grupos sociales y en los pequeños actos en espacios cerrados con los representantes de todo tipo de presuntos representados; y cada vez menos en los actos públicos y masivos, donde prevalece la interacción cara a cara entre los candidatos y los ciudadanos.

Así como el fatalismo, la imposición unilateral o la guerra reemplazan con frecuencia la batalla por conquistar "las mentes y los corazones", las interacciones directas, aquéllas que involucran los cuerpos, son sustituidas por una interacción mediada por los medios masivos de comunicación. Sin un proyecto hegemónico, es decir: sin una ideología convincente y respaldada por programas, acciones e instituciones que garanticen la incorporación y la reproducción de los subordinados, los políticos neoliberales echan mano del *marketing*, es decir de una propaganda efímera, desechable, superficial, pero también incesante; a la que le interesa más vender que convencer; atenta sobre todo a las apariencias y ocupada ya no del corto plazo sino del instante.

Algunos autores, impresionados por el poderío comunicacional de los monopolios, se apresuran a concluir que vamos hacia el triunfo de un único modelo cultural. El problema con estas interpretaciones, es que pretenden saber lo que ocurre en las mentes y los corazones de los oprimidos partiendo únicamente del estudio de las intenciones y las prácticas del poder. Creen que ya no hace falta preguntarles a los subordinados por sus sentimientos, sus sueños, sus creencias, sus desconfianzas, sus negativas. Es verdad que el poder busca la homogenización de la humanidad, pero las resistencias se alimentan de las culturas, las historias, las voluntades, la imaginación, los recuerdos, las lealtades y las experiencias cotidianas de todas las mujeres y los hombres que habitan el planeta. Por eso la comunicación no puede ser nunca un camino único que enlaza a quienes trasmiten los mensajes con quienes los reciben; como los receptores tampoco son individuos aislados, callados y pasivos sino que forman parte de redes de amigos, vecinos, familiares y compañeros de trabajo con quienes comparten sus vidas, incluyendo los mensajes que les llegan a través de los medios.

A mediados de los años noventas, un intelectual crítico del neoliberalismo, Ignacio Ramonet, comentaba en Francia la omnipresencia del *pensamiento único*: "una especie de doctrina viscosa que, insensiblemente, envuelve cualquier razonamiento rebelde, lo inhibe, lo perturba, lo paraliza y acaba por ahogarlo".

En esos mismos años y también en Francia, un equipo de sociólogos alrededor de Pierre Bordieu, también críticos del neoliberalismo, realizaron centenares de entrevistas para documentar *las pequeñas miserias*, la vida de todos los días de los campesinos, las maestras, los obreros, las inmigrantes, los jóvenes de los barrios pobres, los desempleados, los trabajadores sociales, las jubiladas. Sus entrevistas cuentan historias de dolor, de rabia y de astucia, pero nadie dice que las cosas están bien como están; al contrario, hay poca resignación y por más que no se vislumbren los caminos para cambiar el presente o el futuro, casi nadie se paraliza. El *pensamiento único*, el fatalismo y el abandono de los razonamientos rebeldes atrapó más a las élites políticas y culturales que a los subordinados. Claro, son estas élites las que se expresan a través de los medios masivos de comunicación y son sus voces las que se escuchan con más volumen en los ámbitos públicos; pero de ahí no se deduce, sin más, que estamos ante el triunfo de un pensamiento o de un modelo cultural único.

Y en este punto, de nueva cuenta, se atraviesa el concepto de *hegemonía*. Tanto en la tradición marxista que proviene de los autores que se basan en Antonio Gramsci, como en la weberiana, que pasa por Talcott Parsons, la *hegemonía* supone que los subordinados interiorizan y hacen suyos los códigos éticos, políticos, culturales y estéticos de los grupos dominantes. Esta hipótesis es muy discutible; todavía más discutibles resultan los métodos que se han usado para confirmarla o desecharla. Pero, sin entrar por ahora a esta discusión, resulta necesario reconocer que hace falta investigar, en cada región y en cada momento histórico, las formas y los grados en los que los oprimidos comparten los postulados de los opresores, si es que los comparten; y que es indispensable preguntarles, en vez de deducir los efectos ideológicos del poder de los discursos y las acciones del propio poder. Sólo quien mira desde abajo, quien habla, escucha, camina, afirma y niega desde ahí puede saber algo más que aquello que el poder dice de sí mismo y aquello que exige que le digan. Por eso las vanguardias tradicionales de la izquierda hicieron tanto daño: porque al postular que "la gente" está enajenada, dejaron de escucharla.

Quienes piensan que "la gente" está atada al pensamiento único, tienen dificultades para explicar, por ejemplo, la resonancia del levantamiento zapatista, el continuo crecimiento de los movimientos contra la globalización neoliberal o las multitudinarias manifestaciones contra la ocupación militar de Irak. Porque resulta que todas estas movilizaciones han crecido al margen y en contra de los discursos del poder y desafiando a los medios masivos predominantes, que las estigmatizan. Pero todas ellas están ancladas en un sentido común ético y político de la gente común. Quien supone que las élites dominantes son también hegemónicas, tiende a observar a los movimientos sociales y a los desafíos populares como "eventos espontáneos", porque ignora la minuciosa construcción de los espacios sociales sumergidos y ocultos de la mirada de los poderosos, donde florecen las críticas al poder protegidas por las culturas populares.

En México: Del pacto social al fatalismo

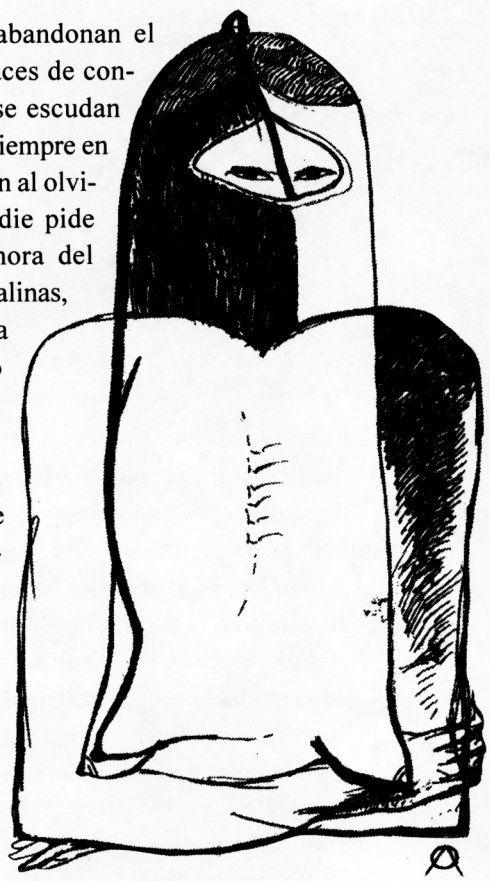
"Pero si el Estado abandonó sus atribuciones económicas rurales –salvo subsidiar la capitalización de los que de por sí van de gane— no ha renunciado en lo más mínimo a sus funciones políticas. El patriarca rural ya no compra ni vende, no refacciona ni industrializa, no controla los precios ni regula la producción, pero sigue controlando las conciencias y regulando los votos. En el campo ha disminuido la función productiva del Estado, no su función clientelar".

Armando Bartra, 2001.

Al incorporarse al Estado neoliberal, los segmentos de las élites políticas y culturales mexicanas que provienen de la izquierda han interiorizado, ellas sí, las reglas del juego dominantes. Por un lado, asumen y propagan el fatalismo de la globalización y compiten por el *raiting*; por el otro, añoran los tiempos de la hegemonía y buscan remendar un pacto social desgarrado. La nostalgia por ese viejo pacto deshilachado lleva a los dirigentes del Partido de la Revolución Democrática (PRD) a acoger con entusiasmo a los militantes del Partido Revolucionario Institucional (PRI) caídos en desgracia y a reclutar con honores a cualquier empresario que se deje. Varios intelectuales y analistas se apresuran a anunciar un nuevo "pacto obrero y campesino" en cuanto los líderes de las viejas y las nuevas organizaciones corporativas aparecen juntos en una fotografía. Uno de los hombres más ricos del mundo, beneficiario de la fraudulenta privatización de Teléfonos de México, Carlos Slim, es presentado como "empresario nacionalista" porque reclama la protección de su monopolio en contra de las telefónicas extranjeras. El instante y las imágenes buscan simular la reedición de un acuerdo histórico, entablado entre diferentes actores sociales, que ya no existe más.

Tal vez, si en algún lado y en algún tiempo se podía hablar de un proyecto hegemónico del poder, era en el México posrevolucionario, sobre todo en los tiempos de Lázaro Cárdenas. La construcción de este proyecto no fue gratuita sino que se abrió paso mediante las luchas y las vidas de los combatientes de los ejércitos populares que, aunque fueron derrotados a través de una prolongada guerra de exterminio, obligaron a los poderosos a incorporar sus demandas, al menos parcialmente, tanto en la Constitución como en las políticas públicas y las instituciones. Aún antes de que se inventara en el mundo el Estado de bienestar, en México se emprendió una reforma agraria y quedaron protegidos los derechos laborales básicos; se reconoció el derecho de todos los mexicanos a la educación pública, laica y gratuita; y la Nación se reservó el dominio de los recursos estratégicos. Sobre estas bases, hubo un periodo prolongado de crecimiento económico, a partir de una industria protegida de la competencia externa.

No obstante, durante los últimos veinte años, los gobiernos neoliberales se han empeñado en desmantelar ese proyecto hegemónico y tienen muy poco que ofrecer a cambio a los subordinados: la precarización de los empleos; la privatización de las tierras y la ruina de la producción rural en pequeña escala; un "seguro popular de salud" que obliga a los más pobres y a los desempleados a pagar por la atención médica; y una serie de programas focalizados que fueron diseñados hace más de diez años por el gobierno de Carlos Salinas de Gortari, que han sido corregidos, aumentados o disminuidos por sus sucesores, y que van encaminados a repartir un poco de dinero a los niños, a las mujeres embarazadas, a los desnutridos, a quienes siembran maíz y casi a cualquiera que sea definido desde el poder como "un sector vulnerable de la sociedad" y no como un ciudadano con derecho a una vida digna ni como un trabajador pasado, presente o futuro.



Los discursos del poder abandonan el campo de la hegemonía. Incapaces de convencer, se vuelven efímeros y se escudan detrás del *marketing,* confiando siempre en que las "nuevas ofertas" condenan al olvido a las anteriores y así ya nadie pide cuentas. ¿Quién se acuerda ahora del "liberalismo social" que, según Salinas, sería la nueva doctrina ideológica del PRI? ¿Dónde han aumentado los salarios, como se ofreció, al parejo del aumento de la productividad? ¿En qué quedaron las promesas de campaña de Vicente Fox? ¿Qué pasó con la democracia en el PRD?

¿Cómo pueden los oprimidos interiorizar los códigos éticos y políticos de las élites? ¿Será que los subordinados olvidan siempre los compromisos de los poderosos y sólo esperan, a la puerta del supermercado, que el locutor en turno les anuncie las "ofertas del día"? ¿Estarán dispuestos los desempleados a prometer "calidad total" y a conformarse con salarios cada vez más bajos, en espera de que fluyan los capitales extranjeros atraídos por su responsable docilidad? ¿Creerán los campesinos que resulta justo y legítimo que la tierra ya no sea de quien la trabaja sino de quienes cuentan con los recursos económicos y la visión empresarial necesaria para alcanzar la competitividad internacional? Cuesta creerlo.

Pero entonces queda todavía algo por explicar: si las propuestas de las élites neoliberales no convencen a los subordinados, ¿cómo es que sus representantes aparecen una y otra vez enredados en las telarañas del poder? Hay dos caminos para responder: el primero es un atajo y cuenta una historia de traiciones. Habla de las organizaciones gremiales que, para existir, dependen de los dineros que les dan discrecionalmente los gobernantes más que de la voluntad autónoma de sus agremiados. Cuenta, en pocas palabras, la historia de los dirigentes *charros*, que es el nombre que le dieron primero los sindicalistas mexicanos y después también los campesinos y los pobladores urbanos a los líderes que se subordinan al poder y le dan la espalda a sus representados. Sin embargo, los atajos pueden ser inexactos o injustos. Porque si hace falta preguntarles a los subordinados, en cada tiempo y en cada lugar, hasta qué punto creen en la legitimidad de las formas de dominación que padecen, habrá que seguir también los caminos que recorren las organizaciones que dicen representarlos, tratando de no perder de vista los principales recodos y bifurcaciones que los atraviesan.

Por ejemplo, para entender por qué, el 28 de abril de 2003, la mayor parte de los dirigentes de las organizaciones nacionales campesinas firmaron con el gobierno de Vicente Fox un "Acuerdo Nacional para el Campo", hace falta retroceder en el tiempo para llegar a una encrucijada que fue decisiva para erosionar a las fuerzas rurales autónomas y hacerlas aparecer como cómplices entusiastas de las

políticas neoliberales. Hay que retroceder hasta el 1 de diciembre de 1991, cuando 268 organizaciones campesinas acudieron a la cita que les impuso el presidente Salinas en Los Pinos, para suscribir un "Manifiesto" en el que afirmaban que hacían suya la iniciativa del ejecutivo para reformar el Artículo 27 Constitucional.

Ahora sabemos con certeza que tales reformas —encaminadas a cancelar el reparto de tierras, a abrir las puertas para privatizar las tierras ejidales y comunales y a proteger los latifundios— nunca convencieron a los campesinos, aunque sí quebraron las bases del pacto social pos-revolucionario e inauguraron una nueva etapa para el corporativismo. Desde entonces, mientras más se vacía el antiguo pacto social, el proyecto de dominación depende, más y más, de la subordinación de las organizaciones gremiales y sus aparatos, y de la incorporación a la clase política de quienes se presentan como dirigentes campesinos. Cuando el proyecto hegemónico del poder se desmantela y el ejército o la Policía Federal Preventiva tratan de imponer un control directo y cotidiano sobre amplias franjas del territorio y de la población rural, los rituales de subordinación difícilmente pueden movilizar a la gente del campo en apoyo a los gobernantes en turno, pero sus líderes siguen encantados posando en la foto junto al presidente y tratan de convencer, más a la "opinión pública" que a sus propios agremiados, de las virtudes de una forma cupular de hacer política.

Estos son los antecedentes que lo encuadran, y el Acuerdo Nacional para el Campo es la fotografía: la instantánea que no logra remendar el viejo pacto social ni fundar un nuevo pacto entre la ciudad y el campo, porque no modifica las políticas neoliberales, no atiende las demandas que las organizaciones campesinas llevaron a la mesa de negociaciones con el gobierno, ni avanza en la recuperación de la autonomía de las organizaciones sociales.

A finales del año pasado, los analistas y los dirigentes de la mayoría de las organizaciones campesinas y de agricultores anunciaron, con toda razón, que estaba en puerta un desastre irreparable para el campo mexicano: el primero de enero de 2003 entró en vigor un capítulo del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) que autoriza la entrada a México de todos los productos agropecuarios provenientes de Estados Unidos y Canadá libres de arancel, exceptuando al maíz, al frijol y a la leche *en polvo*, cuya liberación arancelaria está prevista para el 2008.

Se dijo que, bajo estas condiciones, era inminente la ruina de los productores de sorgo, oleaginosas, aves, huevo, cerdo, res, café, arroz, trigo, cebada, papas, tabaco, frutas de climas templados y de los silvicultores. Como un asunto de sobrevivencia, doce organizaciones campesinas tomaron el acuerdo de presentar sus demandas de manera unitaria bajo el lema "El campo no aguanta más" y obtuvieron el respaldo de muchas otras organizaciones nacionales, desde las que cuentan con una larga trayectoria corporativa, como la priísta Central Nacional Campesina (CNC) hasta las que tienen una historia de lucha como la Coordinadora Nacional de Organizaciones Cafetaleras (CNOC).

La demanda número uno, que fue respaldada por todas estas organizaciones y llevada a la negociación con el gobierno federal decía textualmente:

> "*1) La moratoria al apartado agropecuario del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN)*".

Sin embargo, lo que resultó fue algo muy diferente. La mayoría de las organizaciones involucradas en las negociaciones con el gobierno —exceptuando al Frente Democrático Campesino de Chihuahua, el Frente Nacional en Defensa del Campo Mexicano, la Unión Nacional de Organizaciones de Forestería Comunal y la Unión Nacional de Organizaciones Regionales y Campesinas Autónomas— firmaron un "Acuerdo Nacional para el Campo", que establece lo siguiente:

> "*El Ejecutivo Federal llevará a cabo una evaluación integral de los impactos e instrumentación del capítulo agropecuario del TLCAN. Asimismo, iniciará de inmediato consultas oficiales con los gobiernos de EEUU y Canadá con el objeto de revisar lo establecido en el TLCAN para maíz blanco y frijol, y convenir con las Contrapartes el sustituirlo por un mecanismo permanente de administración de las importaciones o cualquier otro equivalente que resguarde los legítimos intereses de los productores nacionales y la soberanía y seguridad alimentarias*".

¿Era eso lo que se demandaba? ¿De veras fue un triunfo que el actual *Ejecutivo Federal consulte* y *revise* en 2003 lo que va a suceder en 2008, cuando habrá otro equipo gobernante? ¿Si Fox no cumple sus promesas, las cumplirá su sucesor? ¿Alguno de los firmantes se habrá acordado de los productores agropecuarios que ya comenzaron a ser devastados por las importaciones libres de arancel que se iniciaron el 1 de enero del 2003? Cuesta creerlo. No es novedad que los dirigentes campesinos sean "orgullosos candidatos" (como dijo Víctor Suárez, directivo de la Asociación Nacional de Empresas Comercializadoras de Productos del Campo) de los partidos Revolucionario Institucional, del Trabajo o del de la Revolución Democrática. Pero el fatalismo tiene que haber calado muy hondo para que un investigador crítico como Armando Bartra, después de documentar con precisión el *agrocidio* emprendido por los gobiernos neoliberales, considere que el "Acuerdo para el Campo" es una manera de ganar. ★

Bibliografía

Amin, Samir. "La economía política del siglo XX". Traducción para *Globalización* del texto en inglés publicado en el número de junio 2000 de *Monthly Review.*

Bartra Armando. "Saldos de la reconversión rural". En *No traigo cash. México visto por abajo.* Ediciones del FZLN, México, 2001.

Bordieu, Pierre. *La miseria del mundo.* Ediciones Akal, Madrid, 1999.

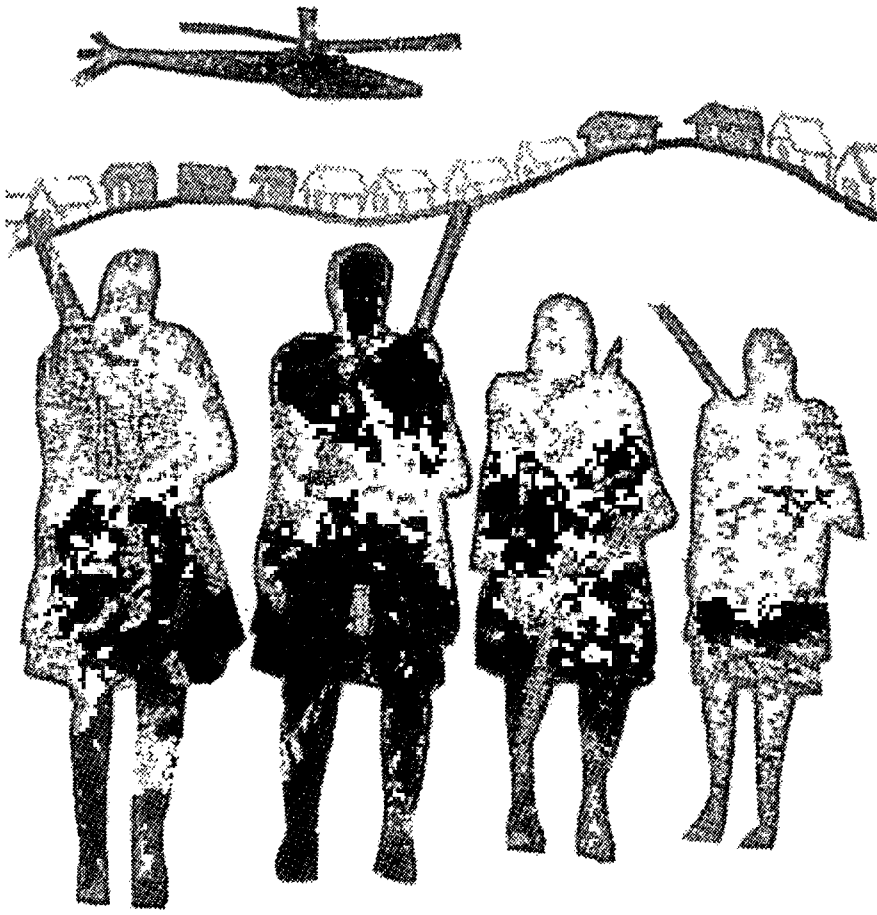
Lotman, Iuri. *La semiosfera.* Edición de Desiderio Navarro. Editorial Frónesis Cátedra. Universitat de Valencia, 1996.

Ramonet, Ignacio. "Introducción". *Pensamiento crítico vs pensamiento único. Le Monde Diplomatique*, edición española. Temas de Debate, Madrid, 1998.

Scott, James. *Los dominados y el arte de la resistencia.* Ed. ERA, México, 2000.

Irak, Afganistán, Chechenia:

Francisco Pineda



El 13 de septiembre del 2001, cuando las imágenes de las Torres Gemelas derrumbándose asombraban a todos, George W. Bush anunció al mundo el inicio de "la primera guerra del siglo XXI". Será una guerra diferente y una guerra contra el "terrorismo", dijo con toda naturalidad, como si fuera completamente normal hacer la guerra a un objeto discursivo, a un tema. Semanas después dio inicio el ataque de Estados Unidos contra un país: Afganistán. Y el apoyo masivo al bombardeo masivo fue uno de los principales hechos en esta guerra inaugural.

Si, como se ha dicho, Afganistán fue la primera guerra del siglo XXI, bien se podría considerar que Chechenia fue la última guerra del siglo XX, con el añadido de que ambos ataques apuntaron a la misma región, en contra de naciones musulmanas y bajo idéntico pretexto. En los dos casos el programa de acción estuvo orientado por la idea de una guerra corta, con intensos bombardeos y posterior ocupación del territorio.

En este contexto, la guerra contra Irak en el 2003 fue la continuación de esas dos guerras; pero también puede considerarse dentro de un marco más amplio, en la cuarta guerra a escala mundial de la época moderna o, según el punto de vista estadounidense, dentro del nuevo ciclo de ofensiva militar yanqui, iniciado en 1991.

la guerra de desinformación en la *"era de la información"*

Teniendo presente que en estas tres guerras los atacantes —Rusia, Estados Unidos e Inglaterra— han sido las mayores potencias militares del mundo, en los últimos 50 años, podría explorarse la idea de que en esos acontecimientos se perfilan ya algunas tendencias de la guerra para el futuro mediato. El aspecto que se abordará en este trabajo se ubica en el campo de la llamada guerra de información.

Chechenia y Afganistán

La definición de los adversarios, el marco primario del conflicto, fue un elemento clave para ganar el apoyo de la población dentro del país atacante. Igual que en el caso de Estados Unidos-Afganistán, en Rusia se alegó que Chechenia era un Estado gobernado por "terroristas" y "fundamentalistas" musulmanes, quienes representarían una amenaza directa para la seguridad y la vida de los ciudadanos pacíficos rusos. La propaganda militar rusa argumentó también que Osama Bin Laden había enviado fuerzas de apoyo a los "bandidos" de Grozny. En enero del año 2000, el asalto a la capital chechena se realizó tras una intensa operación de carácter psicológico que presentó a las fuerzas de la resistencia como "fanáticos" musulmanes, integrantes de una red internacional de "terrorismo".

De modo semejante que en los Estados Unidos, en Rusia esta propaganda aseguró su efecto a raíz de grandes explosiones que ocurrieron en edificios de apartamentos en Moscú y Buynaksk, en octubre de 1999. Además, tanto en Rusia como en Estados Unidos, jamás se probó que la nación o el gobierno del país atacado fueran responsables o estuvieran involucrados en los atentados. Fue suficiente, para conseguir un efecto avasallador, el solo hecho de mostrar a las víctimas civiles. Con ello se consiguió un amplio respaldo para las dos guerras y en poco tiempo sobrevino la invasión caracterizada, tanto en Chechenia como en Afganistán, por bombardeos masivos sobre objetivos civiles, antes de efectuar las operaciones de tierra que materializaron la ocupación.

Emil Pain, exconsejero para asuntos étnico-nacionales en Rusia, escribió a este respecto: "la opinión fijada en el público ruso de que ellos (los chechenos) 'nos atacaron' es discutible. En todo caso, no hay ninguna prueba de que las autoridades de la Republica de Chechenia estuvieran involucradas en tales actos"[1]. Por su parte, el jefe de las guerrillas independentistas Shamil Basáyev negó que su movimiento estuviera implicado en esos hechos.

Lo mismo ocurrió en el caso de Estados Unidos. No se demostró, sino que sólo se mostró como responsable al país y al gobierno atacados. Las explosiones de Moscú y el atentado aéreo de Nueva York se manejaron eficazmente en los medios y consiguieron el apoyo masivo hacia las dos guerras de las dos superpotencias en contra de dos naciones musulmanas del centro de Asia.

Se pueden considerar, por lo menos, tres antecedentes de esta coincidencia entre los protagonistas estelares de la Guerra Fría y la guerra actual.

a. La doctrina de la "Revolución en los Asuntos Militares", cuyo énfasis está en la guerra de información y la proyección de la fuerza[2], surgió en la antigua Unión Soviética a finales de la década de 1970. Steven Metz, actualmente director del Instituto de Estudios Estratégicos del ejército de Estados Unidos, y James Kievit, señalan al grupo de analistas rusos encabezado por Marshal N. V. Ogarkov como el primero que empezó a escribir acerca de la emergente revolución en la naturaleza de la guerra[3].

Más tarde este planteamiento fue oficialmente adoptado y desarrollado por el ejército de Estados Unidos (*Field Manual 100-5 Operations*, versión 1993). Esta doctrina militar se funda, desde su origen, en la premisa de que la situación bipolar de la Guerra Fría está superada. Y podría considerarse que su primera expresión en campaña fue la invasión de Afganistán, emprendida a finales de 1979 por el ejército de la antigua URSS. No parece ser una casualidad que al mismo tiempo se estuviera gestando el neoliberalismo, como la nueva religión del capital.

La guerra del Tercer Mundo, escribió Nixon en aquella época, es la nueva forma de la guerra por el dominio del mundo. Pretendiendo sacar las lecciones de la derrota yanqui en Vietnam, también sostuvo que el control de la información debería cuidarse extraordinariamente en la nueva etapa que comenzaba. "Raras veces —escribió Nixon queriendo imitar a Winston Churchill, fundador de la 'nueva derecha'— tanta gente se ha equivocado tanto sobre tantas cosas. Y nunca las consecuencias de su incomprensión han resultado tan trágicas", para los Estados Unidos, como en la guerra de Vietnam[4].

En la actualidad, abiertamente, el Pentágono considera que Rusia no constituye una amenaza militar sino que comparte las principales preocupaciones con Estados Unidos, "incluyendo el problema de la vulnerabilidad al ataque de agresores regionales con misiles balísticos, los programas no autorizados de armas estratégicas y la amenaza del 'terrorismo' internacional"[5].

Competencia y colaboración, no enfrentamiento, es el marco de las relaciones militares entre Washington y Moscú, desde hace muchos años, desde que Stalin proclamó las políticas de frente antifascista y unidad a toda costa.

b. De modo recíproco, los militares rusos han adoptado los patrones de la guerra de información desarrollados por Estados Unidos.

Chechenia fue sometida por el imperio zarista en 1859. Más tarde, a raíz de la revolución bolchevique, junto con Ingushetia, adquirió el carácter de república, la categoría de mayor autonomía dentro de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Antes y durante la II Guerra Mundial, Stalin desató una feroz represión en contra de los chechenos independentistas. En noviembre de 1991, Chechenia se declaró Estado independiente, pocas semanas después de la desaparición de la URSS. El gobierno de la Federación Rusa se negó a reconocer la independencia y en diciembre de 1994 emprendió la guerra a gran escala. Grozny, la capital, fue destruida casi por completo antes de ser ocupada por los rusos, en febrero de 1995. Ante la destrucción masiva, los invasores instalaron un gobierno títere en Gudermés. Pero la resistencia continuó y a finales de mayo de 1996, se acordó un alto al fuego. El año siguiente se firmó un acuerdo de paz por el que ambas partes se comprometían a mantener relaciones conforme a las normas del Derecho Internacional. Esto representaba, tácitamente, el reconocimiento de Chechenia como nación soberana.

Después del sonado fracaso en la primera guerra, los mandos del ejército ruso concluyeron —como Nixon— que habían perdido la guerra de la información y que, por ello, no lograron obtener el apoyo de la opinión pública, fracasando en sus propósitos finales. En consecuencia, buscaron "reprogramar" la propaganda para ganar la batalla contra la independencia de Chechenia, un país de sólo 900 mil habitantes.

El general Anatoliy Kulikov, ex viceprimer ministro de Rusia, reconoció abiertamente que para alcanzar este objetivo, los generales de Moscú se inspiraron en el ejemplo de la invasión a Panamá[6], aquella en la que el ejército de Estados Unidos apresó al presidente de ese país, general Manuel Antonio Noriega. En esa ocasión, una de las mayores hazañas de la desinformación fue ocultar los muertos de la población civil panameña, mostrando en cambio, reiteradamente, imágenes de harina

encontrada en la casa de Noriega, como si fuera "cocaína". El montaje fue aceptado, tal como se aceptó también el "fusilamiento" de Ceausescu en Rumania, a pesar de que peritos franceses probaron en televisión que las escenas del video mostraban claramente la rigidez del cadáver que fue fusilado.

c. George W. Bush y Vladimir Putin llegaron a la cúspide del poder estatal en sus respectivos países, proviniendo del estrecho círculo de los servicios especiales de información, la CIA y la KGB; esta última fue prolongada por el Servicio Federal de Seguridad, donde Putin fue el director desde julio de 1998.

No obstante, la diferencia es grande: Putin es un profesional en el tema y Bush es el hijo —medio inútil para todo, según dicen— de un exdirector de la CIA. Esta disparidad entre ambos ha de tener relevancia, en algún sentido. No debería pasarse por alto que el ruso es genuino oficial de los servicios de información, y que el yanqui es una falsificación, aunque puede ser efectivo para consumo interno. La torpeza en el manejo de las relaciones de Estados Unidos con sus socios, antes y durante la guerra de Irak, podría estar vinculada con eso.

En todo caso, a los pocos meses de asumir la conducción, ambos gobiernos explotaron los acontecimientos de Moscú y Nueva York para desencadenar la guerra total. Las autoridades rusas, tal como harían después las estadounidenses, llamaron a esas acciones "operaciones para suprimir al terrorismo".

La ambigüedad de esta definición del enemigo y de la propia "guerra al terrorismo" multiplica las oportunidades, a la hora de aplicar operaciones armadas sobre cualquier país. Al denominarlos como "terroristas" hay también una negación de la propia identidad de los pueblos en lucha. Se evita que, en los espectadores, emerja a la conciencia la conformación contemporánea de estos pueblos. En este sentido, es preciso tener en cuenta que los "chechenos" se nombran a sí mismos *nokhchii* o *nojchi* y que nombran a su país *Ichkeria*. La desinformación buscaría pues —en primer lugar— ocultar la emergencia de estos pueblos y, sobre esa base, conseguir mejor los apoyos para la guerra de exterminio. Este recurso tiene la misma matriz que la guerra contra los "bárbaros", palabra que en griego significa "extranjeros" en general; pertenece al orden "civilizatorio" de imperios anteriores y de ahí toma en buena medida su fuerza persuasiva. El exterminio es el método de lucha de "la civilización contra la barbarie", y una vieja fórmula romana: "hacer el desierto llamándole paz".

En 1995, el 65 por ciento de los rusos estaba en contra de las acciones militares en Chechenia y, en 1998, la opinión pública aceptaba mayoritariamente (82 por ciento) la independencia de ese país. Todavía en junio de 1999, la crítica de la primera guerra de Chechenia era el argumento principal en contra del gobierno y tuvo gran influencia para que la población se pronunciara a favor de la caída de Yeltsin.

El golpe que modificó radicalmente la situación a favor de la nueva guerra fue la propaganda sobre las explosiones de Moscú. La presentación de esos acontecimientos tuvo un efecto contundente en la opinión pública. Se subrayó la idea de que Chechenia era un Estado de bandidos, sin ley ni orden, donde el terror y los secuestros eran comunes; por consiguiente, ese país era una amenaza directa para la población rusa. Putin y los comandantes del ejército ruso pusieron el acento en que la sociedad no estaría segura hasta que la amenaza de Chechenia fuera eliminada completamente.

Asimismo, las acciones militares de la OTAN durante la crisis de Kosovo tuvieron un impacto significativo. A los ojos del público, los ataques contra civiles justificaban completamente acciones similares del ejército ruso en Chechenia. Se explotó la sensación de inseguridad, conjuntamente con un sentimiento de humillación nacional ("nadie nos toma en serio, ni los chechenos ni occidente"), y con las supuestas "lecciones de Kosovo" (atrocidad *versus* atrocidad). La gente comenzó a decir que "el problema chechén" sólo podía resolverse por la fuerza, usando "mano de hierro" para restaurar el orden en toda la federación. Así, en noviembre de 1999, el 63 por ciento de los rusos ya apoyaba la idea de conducir operaciones armadas hasta que los combatientes chechenos fueran completamente aniquilados.

No fueron sólo las explosiones las que provocaron el viraje en la opinión pública rusa, sino que operaron como catalizadoras, bajo condiciones favorables y conjuntamente con otras medidas. Esto mismo pudiera ser útil para observar los soportes de la movilización de opinión pública a favor de la guerra en Estados Unidos.

El insoportable aumento de la delincuencia en las ciudades rusas fue asociado con la imagen de "bandidos" que se atribuyó no sólo a los guerrilleros sino a toda la población chechena. Los oficiales rusos habían determinado con anterioridad que el fracaso de 1994 se debió en buena medida a que las autoridades no habían podido presentar a la resistencia armada chechena como bandas de criminales y terroristas. Particularmente, la "intelectualidad liberal" rusa contribuyó decisivamente a esta manufactura. *Literaturnaya Gazeta* —la publicación emblemática de la "transparencia" (*Glasnost*), que encabezó la campaña en contra de la figura de Lenin— desde antes de las explosiones colocó al dirigente independentista chechén, Shamil Basáyev, en el primer sitio de los hombres más odiados por la población urbana de Rusia.

Años después de las escenas rusas sobre estatuas de Lenin, las tropas yanquis de ocupación repetirán en Bagdad el montaje televisivo con "multitudes" derribando estatuas de Saddam Hussein. El jefe del Pentágono enfatizó tal asociación, como temiendo que pasara desapercibida.

Como en todos los casos de guerra contra la población civil, el genocidio en Chechenia y en Afganistán se basó en la transformación imaginaria de los adversarios en seres deshumanizados, animales irracionales y engendros del mal; amenazas biológicas y satánicas, al mismo tiempo. La propaganda militar rusa, casi imperceptiblemente, pasó de la promoción de un "cordón sanitario" sobre Chechenia al objetivo de aniquilar totalmente la amenaza. La operación sobre la opinión pública transitó exitosamente de la defensiva a la ofensiva, es decir, de la idea aceptable de conseguir seguridad se pasó a la voluntad de aniquilamiento que, en principio, es una actitud más difícil de conseguir.

En el caso de Estados Unidos, se empleó además el Antrax. El discurso acerca de "las fuerzas del mal" sirvió, de igual modo, para establecer el marco imaginario del conflicto: las fuerzas militares actuarían así con legitimidad para acabar con una amenaza irracional, biológica y maléfica, que se cierne sobre los inocentes. En ese contexto, el discurso de los inocentes apoyado en imágenes operó en ambos casos como complemento lógico y necesario del discurso de guerra contra el "terrorismo fundamentalista". Uno y otro discurso se apoyan mutuamente para lograr el cometido. Las imágenes

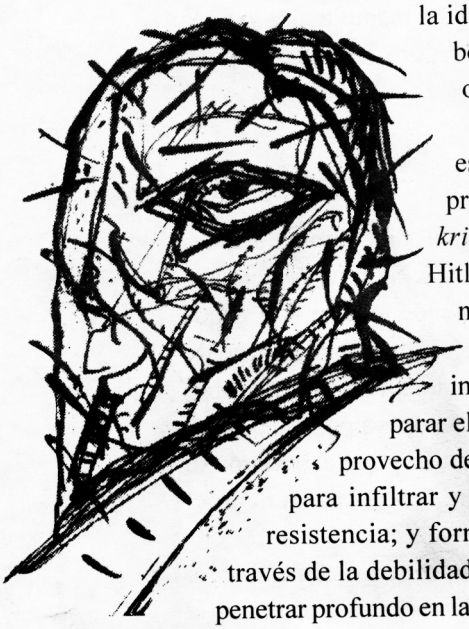
de los edificios destruidos fusionan ambos aspectos; se convierten en un poderoso símbolo, capaz de suscitar fuertes emociones y perfilar las instrucciones de la acción vengadora.

La imagen de una "guerra nueva" y la imagen del "chechén o afgán liberado" reforzaron la aceptabilidad del ataque masivo. La propaganda acerca de la utilización de misiles de precisión, en el caso ruso, y "bombas inteligentes", en el caso yanqui; el ocultamiento de las bajas producidas en uno y otro bando; la censura y autocensura, lo mismo que otras medidas semejantes de control y desinformación hicieron posible la operación anestésica sobre la opinión pública de ambas potencias. Básicamente, se trata de una doble acción en la que primero se intensifican las emociones por las víctimas "nuestras", para luego degradar las emociones por las víctimas "de los otros". En esta operación, el control de la imagen obtuvo los mayores resultados.

Este parece ser uno de los requisitos primordiales de la guerra contemporánea que las principales potencias han emprendido en el llamado Tercer Mundo. Dado el inmenso crecimiento de la pobreza, los conflictos que se preven son enormes, diversos e imprevisibles. Por consiguiente, según la nueva doctrina militar de las potencias, las fuerzas armadas deben obtener decisiones rápidas y poco costosas. Sin embargo, como lo mostraron las experiencias de Chechenia y Afganistán, la victoria en guerras cortas sólo es posible después de un intenso bombardeo que incluye objetivos civiles. Por eso adquieren primacía la guerra de información y las operaciones psicológicas. En la "era de la información", lo que menos debe tener el público es información sobre la guerra. Lo principal es volcar el apoyo a través de los sentimientos de inseguridad, venganza y racismo; descargar sobre otros pueblos la sensación de impotencia y los miedos propios acerca de las amenazas que genera el neoliberalismo, pero que se creen percibir en el mundo natural y sobrenatural.

Irak

Igual que en Chechenia y Afganistán, en Irak hubo una guerra genocida, emprendida por potencias imperialistas, Estados Unidos y Gran Bretaña, pero con una monarquía española que operó como lacayo. Igualmente, el genocidio tuvo el apoyo mayoritario de la "opinión pública" de Estados Unidos. Es la misma región y también se trata de pueblos musulmanes, en los tres casos. El pretexto fue semejante. En Irak, igual que en Chechenia y Afganistán, el programa de acción militar estuvo orientado por la idea de una guerra corta, con intensos bombardeos y en seguida se realizó la ocupación total del territorio.



En el Pentágono se ha dicho cuál es la fuente de inspiración militar más profunda: la "guerra relámpago", *blitzkrieg,* aplicada por los estrategas de Hitler. "La solución conceptual vino primero de los alemanes, y fue engañosamente simple: corta, con dosis muy intensas de potencia de fuego para preparar el asalto; unidades pequeñas para sacar provecho del efecto de *shock* del poder de fuego, para infiltrar y pasar por encima de los centros de resistencia; y formaciones operacionales para pasar a través de la debilidad de las posiciones expuestas a fin de penetrar profundo en la retaguardia del enemigo... El objetivo de la *blitzkrieg* es producir el colapso de la voluntad de resistir del enemigo. La victoria es lograda a través de la parálisis psicológica inducida por la aplicación masiva del poder de fuego"[7].

Sí, pero ésta es una verdad a medio camino. Esa estrategia nazi se aplicó, por ejemplo, en Yugoslavia, donde más tarde la resistencia del pueblo derrotó a los invasores.

Veamos diferencias:

1. Antes de la guerra contra Irak, los gobiernos imperialistas no mostraron víctimas civiles, y no pudieron construir la idea de una Acción Vengadora. La guerra contra Irak se emprendió entonces como una "Acción Preventiva".

2. Por eso, en el caso de Irak, el discurso de los inocentes, apoyado con imágenes, operó en contra de la invasión anglosajona.

3. Por la resistencia del pueblo iraquí y por la resistencia de muchos periodistas se rompió el monopolio de la verdad imperialista. El poder no logró imponer el control de la imagen como en Afganistán y Chechenia. El mundo vio los bombardeos criminales, "en vivo y a todo color", por lo menos en el caso de Bagdad.

4. Por la resistencia del pueblo iraquí y por la resistencia en los medios de información, esta vez, a diferencia de Chechenia y Afganistán, se produjo un enorme movimiento social en contra de la guerra.

5. Además, se ha producido una fractura de la imagen que la guerra imperialista produce acerca de sí misma. Al quedar al descubierto las bajas del ejército invasor, y al intentar ocultar la fuerte resistencia iraquí, el Pentágono y los medios de propaganda a su servicio optaron por decir que las bajas son producto de accidentes y del propio fuego que ellos hacen. La imagen resultante, al menos durante los días de la guerra, fue la imagen de soldados estúpidos manejando armas "inteligentes".

En la "Era de la Información", se ha manufacturado ya la idea de que la máquina supera al hombre, gracias a las estupideces de la "guerra de desinformación".

Y después...

Grozny y Kabul, la capital de Afganistán, fueron reducidas a ruinas. Bagdad y otras ciudades de Irak fueron masacradas. Pero en una parte considerable de la opinión pública de Estados Unidos, Inglaterra y Rusia, cuando se olviden los muertos, por el racismo y la desinformación, pensarán que hicieron una labor "humanitaria"; que contribuyeron a la "epopeya por la libertad" de los propios chechenos, afganos e iraquíes, y que exportaron su democracia combatiendo a un fantasma de ropajes exóticos: el "terror fundamentalista".

Para los estrategas militares de los imperios, sin embargo, estas guerras en el umbral del siglo XXI serán sólo piezas en la disputa por la dominación global.

Bajo esta perspectiva, hay indicios para considerar también que existen objetivos militares de mayor alcance. Poco después del 11 de septiembre, el Pentágono emitió su documento básico de política militar para el periodo 2001-2005. Anticipa que, en especial, "Asia toma gradualmente la forma de una región susceptible de convertirse en un adversario militar de gran escala... Existe la posibilidad de que un contendiente militar con una base formidable de recursos despunte en la región"[8]. Desde que la doctrina militar imperialista estableció que se debe abandonar el modelo basado en amenazas, para usar preferentemente el modelo basado en capacidades, China podría ser el objetivo estratégico.

Bajo esta hipótesis, las últimas guerras podrían ser parte de los posicionamientos militares y del aislamiento de esta potencia emergente. Ese documento deja ver también los trazos de la futura intervención yanqui en el escenario asiático. Por el norte, describe un amplio arco que va desde el Medio Oriente hasta el Noreste de Asia. En esa zona, dice, los gobiernos son vulnerables. Por el costado sur, establece otro arco desde la Bahía de Bengala hasta el Mar de Japón. En conjunto, anticipa el Pentágono, el teatro de guerra en Asia representa un serio desafío para el ejército yanqui pues sus bases militares y la infraestructura son proporcionalmente más débiles que las que posee en otras regiones del mundo. Por ello, concluye, es apremiante la necesidad de establecer accesos adicionales que permitan realizar operaciones militares a gran escala.

Puesto que la guerra no es sólo militar, tendrían que considerarse también las posibilidades de otras acciones como la enorme campaña de información tendenciosa sobre la neumonía atípica (SARS), que está consiguiendo el efecto de aislar y cercar a China. A ese respecto, existe una opinión creciente en círculos de científicos respecto de que el virus del SARS tiene su origen en la producción de armas biológicas. Es una especie de coctel de paperas y sarampión, una mezcla que nunca podría aparecer en la naturaleza, y que "sólo puede producirse en un laboratorio", afirmó recientemente un miembro de la Academia de Medicina de Rusia (Agencia TASS, 20 de abril de 2003).

Las guerras de Irak, Afganistán y Chechenia, así como las amenazas en contra de Corea del Norte y Cuba, confirman en los hechos que estamos frente a un nuevo ciclo de la ofensiva imperialista. En la "era de la información", América Latina no es ajena a la inestabilidad del sistema mundial y el peligro de las intervenciones militares. Por ello, parece procedente volver a poner atención en las políticas militares de las grandes potencias y, en especial, de los Estados Unidos.

En nuestra América ya no es más aquel momento en que los analistas del Pentágono se podían dar el lujo de escribir que "los rebeldes duermen"[9]. Desde hace algunos años, comenzaron a despertar, en las selvas, cordilleras y las grandes ciudades de México, Argentina, Brasil, Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile o Uruguay. Por lo mismo, ahora, las anticipaciones del Pentágono debieran recibir mayor atención nuestra. En ese mismo documento oficial de Estados Unidos se dice, respecto de América Latina: "Mientras occidente ha permanecido por mucho tiempo en paz, existe el peligro de crisis o insurgencias, particularmente en la región de los Andes, que podrían extenderse más allá de las fronteras, desestabilizando Estados vecinos y colocando en riesgo los intereses económicos y políticos de Estados Unidos"[10]. Además es notorio que en el mapa de regiones conflictivas, elaborado por académicos estadounidenses para analizar el fin de la Guerra Fría, hay un desplazamiento significativo. El foco del "conflicto centroamericano" se ha desplazado a la periferia: Chiapas, Colombia y Cuba.

América Latina es igualmente un objeto de atención para los estrategas de la guerra en la era de la desinformación. Compartimos con aquellos pueblos de Medio Oriente, Asia y con África la misma suerte desde hace más de 500 años. Pero, también, compartimos la vocación rebelde contra la opresión y el saqueo. ★

Notas:

1. Emil Pain, "The Second Chechen War: the information component", en *Military Review*, U.S. Command and General Staff College, vol. LXXX, julio-agosto 2000, n. 4. http://www-cgsc.army.mil/milrev/ index.htm.
2. Ver Subcomandante Insurgente Marcos, "¿Cuáles son las características de la cuarta guerra mundial?", *Rebeldía* n. 4, México, febrero de 2003.
3. Metz, S. y Keivit, J., *The revolution in military affairs and* , 25 de julio de 1994. Jeffrey R. Cooper, "Another View of the Revolution in Military Affairs", Quinta Conferencia Anual sobre Estrategia, U.S. Army War College, Carlisle Barracks, PA, April 27, 1994, pp. 42-43.
4. Richard Nixon, *No más Vietnams*, Planeta, México, 1986, p. 11.
5. Departamento de Defensa, *Quadrennial Defense Review Report*, Washington, 30 de septiembre del 2001. Ver http://www.comw.org/qdr/qdrhome.htm.
6. Declaraciones del general Anatoliy Kuliako a radio *Eco de Moscú*, el 5 de febrero del 2000, referidas por Emil Pain, cit.
7. General Robert H. Scales, "Cycles of war", en *Future Warfare.- Anthology*, 2000.
8. Pentágono, *Quadrennial Defense Review Report*, 2001. http://www.comw.org/qdr/qdrhome.htm
9. Steven Metz, "A flame kept burning: counterinsurgency support after the Cold War", en *Parameters*, otoño de 1995. http://carlisle-www.army.mil/usawc/Parameters/a-index.htm.
10. *Quadrennial Defense Review Report*, cit.

"Ahora, en definitiva, es otro mundo.
Aquellos años
en que irrumpimos sin saber adónde parecen
tan lejanos como el diluvio.
No obstante
aún prosigue la gran matanza.
Se extiende el hambre
cuando todo está aquí para vencerla (...)
El tiempo
no pasó en vano:
se perfecciona el exterminio.
Pero todo esto
no servirá de nada
ante el valor humano,
frente a la decisión
de inventar otro mundo".

José Emilio Pacheco

América Latina: "la decisión de *inventar* otro mundo"

Sergio Rodríguez Lascano

Los recientes triunfos electorales del Partido de los Trabajadores (PT) en Brasil y de la coalición que apoyó a Leoncio Gutiérrez, en Ecuador, lo mismo que el importante resultado del Movimiento al Socialismo en Bolivia han puesto en el tapete de la discusión en todo el mundo la situación que vive la izquierda latinoamericana y lo que hace algunos años se denominaba la hipótesis estratégica de los revolucionarios.

Esos triunfos y avances han sido vistos por mucha gente con una gran esperanza, no sólo porque significaron la derrota de proyectos políticos neoliberales sino también porque representan el éxito de fuerzas políticas de izquierda no tradicionales.

El PT de Brasil surge en 1980 como producto de la gran huelga de los metalúrgicos de San Bernardo del Campo en el gran Sao Paulo, y como producto de cientos de luchas sindicales que rompieron con las tradicionales formas de dominio de las fuerzas burguesas de Brasil: ya sea en su forma dictatorial; en su forma populista (representada por el viejo laborismo encabezado históricamente por Getulio Vargas y más recientemente por Leonel Brisola); o en su forma liberal, con el Partido Movimiento Democrático Brasileño.

En el caso de Ecuador, los viejos partidos tradicionales (el Partido Social Cristiano, el Partido Roldosista Ecuatoriano, el Movimiento Popular Democrático, Izquierda Democrática, Partido Conservador-Unidad Nacional y Democracia Popular) fueron progresivamente perdiendo legitimidad en función de las diversas insurrecciones indígenas. Tanto el gobierno de Abdalá Bucaram ("el loco" según el pueblo de Ecuador), como el de Jamil Mahuad, fueron derribados por grandes movilizaciones populares en las que el contingente de los indios ecuatorianos fue clave, si no es que único. Los viejos partidos tradicionales vieron con asombro y desconfianza el surgimiento y la consolidación de la Confederación de Nacionalidades Indígenas de Ecuador (CONAIE) y la construcción del Movimiento Plurinacional Pachakutik, la fuerza política más activa en el triunfo de Gutiérrez.

Por otro lado, en el caso de Bolivia, los viejos partidos tradicionales (Movimiento Nacionalista Revolucionario formado por Víctor Paz Estensoro y Hernán Siles Suazo, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria dirigido por Jaime Paz Zamora, los diversos Partidos Obreros Revolucionarios de orientación trotskista e incluso la Acción Democrática Nacionalista dirigida por el dictador Hugo Bánzer) vieron con sorpresa el proceso de organización del movimiento indígena boliviano en dos vertientes: la conformada alrededor de la organización Tupaj Katari que va a dar paso al surgimiento del Movimiento Indígena Pachakutik (MIP) y, sobre todo, el Movimiento al Socialismo (MAS) dirigido por Evo Morales y viejos dirigentes obreros de la antigua Confederación Obrera Boliviana (COB), que logró un empate técnico con Acción Democrática Nacionalista en las pasadas elecciones.

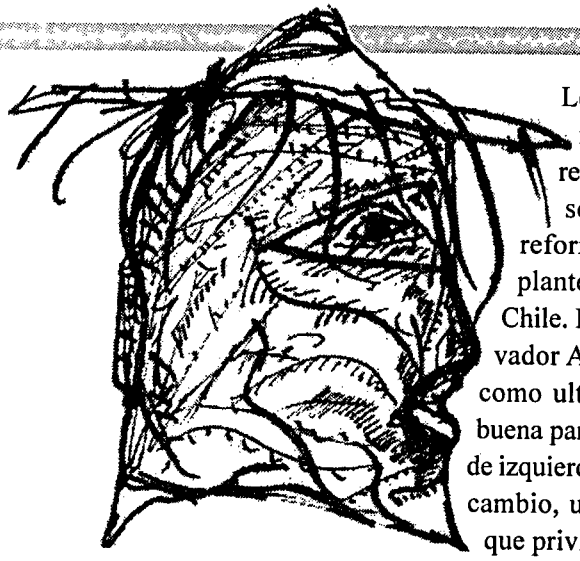
Estos tres procesos han generado desconsuelos (el caso de Ecuador) esperanzas y dudas (el caso de Brasil) e ilusiones (el caso de Bolivia). Más allá de discutir el significado de cada uno de estos procesos, es indispensable ubicarlos en función de lo que ha sido el proceso de mutación de la izquierda latinoamericana.

De la crítica de las armas a la crítica de sí misma

En 1990, Víctor Tirado López, comandante de la revolución sandinista de Nicaragua, hizo una declaración apabullante: "Creo que se está cerrando el ciclo de las revoluciones antimperialistas, entendiéndolas como enfrentamiento total, militar y económico con el imperialismo (...) por eso pienso que a lo más que se puede aspirar es a la convivencia con el imperialismo aunque nos duela y nos cueste decirlo". En otro texto, el mismo dirigente del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) decía: "Esa es la enseñanza, la democracia electoral ha guiado el curso económico de algunos países: Europa occidental, Estados Unidos, algunas naciones asiáticas; la Unión Soviética, los países socialistas, y los Estados subdesarrollados se apartaron de ese camino" (VTL, *El desafío Económico*). En su texto Congreso y Revolución, Tirado López escribió: "Incluso Japón se ha convertido en un país revolucionario, porque ha transformado toda la técnica y la ciencia desde el punto de vista económico, eso es revolucionario, porque está transformando la economía constantemente".

Este pensamiento paulatinamente fue preñando al grueso de la izquierda latinoamericana, no sólo a la armada. El principio "realidad" fue sustituyendo al principio "esperanza". Una adaptación paulatina a la lógica del mercado y del capital se fue apoderando de la izquierda. La reorganización neoliberal, con el antecedente de la crisis de la deuda externa fue disciplinando a todas las fuerzas políticas en nuestro subcontinente. No sólo permitió la crisis definitiva de los viejos partidos tradicionales (los liberales y conservadores, los demócrata cristianos, los nacionalistas, los socialdemócratas, los partidos socialistas y los partidos comunistas), sino también a lo que se conocía como izquierda revolucionaria: el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional de El Salvador; el FSLN de Nicaragua; los Tupamaros de Uruguay; varias alas radicales del PT de Brasil, el Partido de Unidad Mariateguista de Perú, la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca, etcétera.

De repente, la diferencia con la derecha ya no era la lucha por una dinámica anticapitalista o socialista, sino por quién administraba mejor el neoliberalismo. La lucha contra la explotación fue sustituida por la lucha por una "mejor distribución del ingreso" y, aún en este terreno, tratando de convencer a los más ricos de que no es bueno tener sumida en la miseria a los más pobres (la inmensa mayoría), porque eso puede provocar la revolución. La lucha en contra del imperialismo fue sustituida con el afán por demostrarles a los países poderosos que se contaba con un proyecto de desarrollo que no afectaría los principales enclaves de su riqueza.

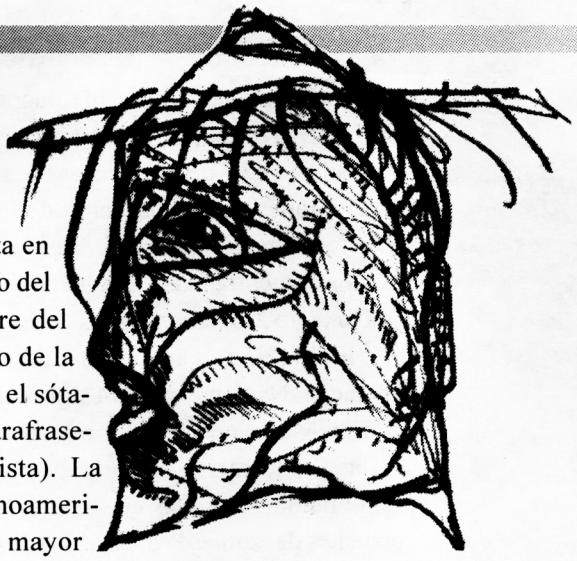


Lejos estamos, ya no digamos de los proyectos revolucionarios sino incluso del gran proyecto de reformas estructurales que planteó la Unidad Popular en Chile. Hoy, el programa de Salvador Allende sería catalogado como ultra izquierdista por una buena parte de las organizaciones de izquierda en América Latina. En cambio, una visión productivista que privilegia el dar garantías al gran capital se fue imponiendo como lógica única. Una estrategia de adaptación, ni siquiera gradualista, ha penetrado la mente y los corazones de la izquierda que fue prisionera de la dialéctica de ceder un poco para ir cediendo todo poco a poco.

Atrás estaba el derrumbe de una visión estratégica que fragmentaba el mundo en campos. Según este paradigma había tres campos: el campo del imperialismo que era englobado como un todo sin contradicciones; el campo del socialismo que, a pesar de las críticas que se formulaban en privado, era visto como la retaguardia estratégica de la revolución antimperialista; el campo de la revolución democrática popular, con una dinámica socialista, que era visto como el factor dinámico en la transformación de la correlación de fuerzas mundial. Una vez que el muro de Berlín desaparece y que la Unión Soviética se desaparece la visión estratégica salta en mil pedazos. Si ya no existe retaguardia estratégica, entonces es indispensable reorganizar todo el pensamiento y la práctica de los socialistas y el camino más fácil, el más seguro, fue el de arrojar por la coladera el agua sucia junto con el niño.

Al plantear que la revolución no resolvía los problemas del subdesarrollo se perdía de vista el hecho de que el subdesarrollo no fue creado por las revoluciones, sino por la existencia de un mercado mundial capitalista y una división internacional del trabajo. La revolución no solucionaba esos problemas, apenas y los planteaba. El fracaso de la revolución sandinista tuvo el mismo efecto, aunque de signo contrario, que la caída de la Unidad Popular chilena en 1973: era imposible cambiar las relaciones económicas que el imperialismo le había impuesto a nuestros pueblos. La diferencia fue que mientras que en 1973, la izquierda sacaba como conclusión que un cambio sistémico era imposible por la vía parlamentaria e institucional, después de 1990, la conclusión fue que ya no era posible la realización de una revolución antimperialista. Con un agravante: no se volvió a una perspectiva como la de Allende, sino a lo que algunos han caracterizado como un reformismo sin reformas.

Interludio: las voces que vienen más de abajo que de abajo



Entre la derrota sandinista en febrero de 1990 y el triunfo del PT en Brasil en diciembre del 2002, el escenario político de la confrontación se ubicó en el sótano de América Latina (parafraseando la expresión zapatista). La izquierda organizada latinoamericana vivió su periodo de mayor desconcierto. Casi de manera simultánea, desde los centros del poder económico se diseñó una política hacia América Latina que trajo como consecuencia una transformación radical de las relaciones sociales, incluidas las de producción. La aplicación del neoliberalismo tuvo entonces sus peculiaridades; veamos algunas de sus definiciones:

a. La deuda externa fue utilizada como un mecanismo disciplinador para lograr las modificaciones sustanciales que se exigían y aceptar pasivamente las cartas de intención que planteaba el Fondo Monetario Internacional. En ese sentido, la deuda externa no sólo fue un mecanismo de saqueo sino, antes que nada, fue la llave que se utilizó para abrir todas las otras puertas.

b. Privatización-fiebre exportadora-ataque a los viejos Estados populistas. A partir de la segunda guerra mundial y hasta la década de los sesenta, en América Latina la política de sustitución de importaciones logró crear una infraestructura económica muy grande y casi siempre en manos del Estado. El proceso de privatización representó la entrega a lo peor de la burguesía latinoamericana y mundial de la riqueza social de nuestros países, así como la reubicación de los patrones productivos: el cierre de las minas de estaño en Bolivia, el cierre y la privatización de varias minas de cobre y zinc en Perú, el cierre de varias metalúrgicas mexicanas; para no hablar de las modificaciones en la producción agrícola para sustituir los productos tradicionales que eran la base de la dieta tradicional, además de ser seña de identidad y mecanismo de organización social —el caso del maíz es en sí mismo revelador—, por productos agrícolas destinados a la exportación.

El proceso de privatización y de transformación productiva y social, así como la fiebre exportadora —lo que redundó en una crisis de los mercados nacionales— permitió la crisis de las viejas corrientes nacionalistas y de varios Estados populistas.

c. El libre comercio como política de recambio a la de la sustitución de importaciones. Desde le época del plan Brady la idea que se vendió en América Latina fue que los acuerdos comerciales eran la alternativa para nuestros países. Desde luego el punto más alto fue el Tratado de Libre Comercio de América del Norte. La idea era simple: enchufar a la parte "dinámica" de nuestras economías con la economía de Estados Unidos y, al mismo tiempo, desregular de tal manera el marco jurídico nacional que asegurara el libre tránsito de mercancías, la flexibilidad laboral, la eliminación arancelaria, la soberanía monetaria, etcétera.

En medio de ese ataque brutal, surgieron en nuestros países movimientos sociales que no eran los tradicionales, o que se pensaba que habían sufrido derrotas tan significativas que no se podrían levantar.

El Movimiento de los Sin Tierra en Brasil fue como la señal de arranque; nacido desde la década de los ochenta, el MST tuvo su desarrollo más significativo en la siguiente década. En muchos sentidos ha sido mucho más activo y dinámico que la Central Unitaria de los Trabajadores de Brasil. Desde el inicio, su reivindicación de independencia y autonomía frente al PT fue clara. Este movimiento permitió el desarrollo de una serie de confrontaciones, algunas de ellas muy violentas, en un país como Brasil, donde el problema de la reforma agraria es la prioridad de prioridades.

En Bolivia, la lucha de los campesinos cocaleros ha cubierto varios flancos. Por un lado, la reivindicación de la planta de la coca como producto esencial para las comunidades indígenas; por otro, el desenmascaramiento de la hipocresía del mercado sobre la plantación de la coca (se persigue a

campesinos que la siembran, pero se fortalece la relación criminal entre los Estados, un sector del capital financiero internacional y los capos de la droga); finalmente, atrás de la defensa de la siembra de coca se encuentra una clara y manifiesta voluntad autonómica de las comunidades indígenas y agrarias. En este país, la lucha en defensa del agua, por su no privatización, ha sido igualmente clave. Lejos, muy lejos, han quedado los tiempos del protagonismo de la Central Obrera Boliviana, encabezada por Juan Lechín (supuesto dirigente de los mineros bolivianos, quien por cierto nunca entró a una mina ya que medía cerca de 1.90 metros).

En Ecuador, el surgimiento en un proceso largo del movimiento indígena generó un nuevo protagonismo social, le dio una nueva dinámica a la movilización. Después de años de huelgas generales convocadas por el Frente Unitario de los Trabajadores, el surgimiento de la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONAIE) permite la constitución de nuevos mecanismos de contrapoder que se han desarrollado de una forma espectacular.

En Argentina, el estallido de la crisis económica y social a finales del 2000 y a principios del 2001, permitió el surgimiento del movimiento de los *Piqueteros*. En el desarrollo de este movimiento social se combinaron diversas formas de lucha, desde el bloqueo de carreteras hasta la toma de fábricas que eran declaradas en quiebra, generando una nueva expresión de sindicalismo, que combinaba las tradicionales demandas gremiales con una forma de sindicalismo social que involucraba a los familiares y vecinos. El nivel de radicalidad del movimiento no se dio únicamente en el terreno de las acciones, sino también en el de las declaraciones. La elaboración de la consigna *¡Que se vayan todos y no quede ni uno solo!* (que tanto escozor le ha causado a algunos comentaristas de la lucha de clases, en México) representó un reto a la clase política de ese país.

En México, la aparición pública del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en 1994 significó, antes que nada, un futuro anterior. Marcó una nueva forma de hacer y entender la política, que luego encontraría sus ecos en otras partes de América Latina y del mundo. El EZLN constituyó un reto para todas aquellas corrientes de izquierda que habían decidido transitar por el camino de la asimilación a los mecanismos institucionales de sus sistemas políticos, pero también una fuente de inspiración para el estallido de nuevas formas de expresión y organización de los movimientos sociales, que se tomaron en serio la idea de que la política no es algo que pertenezca únicamente a los partidos políticos.

La expresión de estos movimientos sociales ha tenido diversos procesos de evolución. Desde aquellos que han decidido apoyar y participar en una alternativa de poder (el caso Ecuador); pasando por aquellos que han decido apoyar la llegada de un partido de izquierda al gobierno sin comprometer su independencia y autonomía (caso Brasil); o los que han decidido formar un partido-movimiento que participa electoralmente sin adaptarse a los mecanismos institucionales castrantes y manteniendo su beligerancia social y política (caso Bolivia); o los que han decidido, con diversos niveles de éxito, mantenerse al margen de la actividad política electoral-institucional y ensayar formas de organización de la rebeldía (caso Argentina y México).

La izquierda en el gobierno: el oscuro objeto del deseo

Parecería ser una regla, lo que no quiere decir que no haya excepciones, pero parece ser que la izquierda históricamente ha recorrido un camino que va de lo social al poder, como si fuera una carretera. Es indudable que la inmensa mayoría de las diversas corrientes de izquierda al momento de surgir tienen grandes raíces sociales. No han sido producto de ejercicios intelectuales o simplemente programáticos, sino que han sido impulsadas por grandes confrontaciones sociales. Desde la vinculación entre el lanzamiento del manifiesto del Partido Comunista y la revolución de 1848 (la primavera de los pueblos como la bautizó Carlos Marx) en varios países de Europa. Sin embargo, también es indudable que mientras más peso social se tiene y las posibilidades de acceder al gobierno se hacen más viables la lógica del poder per-

vierte las ideas originales. Por eso hablamos de una carretera que se inicia con una gran afinidad con luchas sociales y conforme se acerca a la meta se aleja de sus preocupaciones originales. Esto crea una especie de esquizofrenia: se elabora una perspectiva estratégica para tomar el poder en beneficio de los sectores populares, después se llega a la conclusión de que para tomar el poder se requiere elaborar una propuesta atractiva para el capital, posteriormente se hace tabla rasa y se concluye que el trabajo no puede sobrevivir sin el capital, para acabar priorizando al capital sobre el trabajo.

Esto no es inevitable, y creo que sería un error formularlo de esa manera. Lo que es innegable es que hasta ahora esa ha sido la dialéctica de una buena parte de la izquierda partidaria latinoamericana.

Vayamos ahora a las dos experiencias de triunfos electorales que han concitado una gran ilusión y esperanza.

El triunfo de Lula y del PT en Brasil sin lugar a dudas representa el punto más alto en ese camino. Lula gana la presidencia de Brasil después de haberse presentado tres veces antes como candidato. El itinerario de este partido desde su fundación hasta la actualidad es en sí mismo todo un proceso de experiencias con una riqueza impresionante. El PT sí es —como dijo Pier Paolo Pasolini del Partido Comunista Italiano— "un país dentro del país". Muchos de los procesos civilizatorios que se han logrado en Brasil son imposibles de comprender sin la existencia del PT: la organización de los trabajadores brasileños en una central obrera independiente del poder del capital; las experiencias municipales que marcaron a Brasil, como la de la ciudad de Santos donde se abrieron las puertas de los hospitales siquiátricos y se generó una visión inédita en el tratamiento de estos problemas; los presupuestos participativos en Porto Alegre y Belén; la reivindicación de la cultura negra como parte fundacional y constituyente de la nacionalidad brasileña; la lucha por la defensa de la selva amazónica, etcétera. Brasil es uno antes y otro después del surgimiento del PT y nadie le puede negar o devaluar ese logro a dicha organización. Por eso, las repercusiones del triunfo del PT en las pasadas elecciones en Brasil marcarán para bien o para mal el futuro de la lucha en América Latina.

Desde luego, el triunfo de Lula se enfrenta a problemas mayúsculos en la situación por la que atraviesa el mundo actualmente. La plataforma con la que ganó no tiene mucho que ver con las que había levantado en el pasado. Las referencias al socialismo democrático —que implicaba incursiones fuertes a la propiedad del gran capital— desaparecieron y, en su lugar, se plantearon las viejas concepciones de actuar promoviendo la comprensión por parte del gran capital nacional e internacional de los problemas de la marginación y la pobreza. "Vamos a cambiar, sí. Cambiar con coraje y cuidado, humildad y osadía, cambiar teniendo conciencia de que el cambio es un proceso gradual y continuado, no un simple acto de voluntad, no es un entusiasmo voluntarista. Cambio por medio del diálogo y de la negociación, sin atropellos o precipitaciones, para que el resultado sea consistente y duradero (...) Para reponer el Brasil en el camino del crecimiento, que genere los puestos de trabajo tan necesarios, carecemos de un auténtico pacto social para los cambios y de una alianza que entrelace objetivamente el trabajo y el capital productivo, generadores de riqueza fundamental de la Nación, de modo que el Brasil supere la inercia actual y para que el País vuelva a navegar en el mar abierto del desarrollo económico y social". (Discurso de Lula el día de la toma de posición como presidente de la República, 1 de enero de 2003).

Para lograr ese objetivo, Lula formó un gabinete que refleja lo que un antiguo dirigente del PT, Joao Machado, ha llamado "las dos almas del gobierno Lula". En los puestos claves de definición del modelo económico, puso a dos hombres estrechamente vinculados con el proyecto neoliberal. Al frente del Banco Central puso a Henrique Meirelles, ex presidente internacional del Banco de Boston y hombre vinculado a Fernando Henrique Cardoso. En su presentación ante el Senado (en Brasil, el presidente del Banco Central debe ser aprobado por esa instancia), explicó claramente su solidaridad y acuerdo con la política aplicada por su antecesor, Amínio Fraga, su amigo y correligionario pues ambos militan en el partido de Cardoso.

El significado de este nombramiento adquiere mayor relevancia a partir de la iniciativa que recientemente ha elaborado el gobierno para otorgar autonomía al Banco Central. Esta propuesta es una de las condiciones que el FMI ha puesto al conjunto de los países latinoamericanos. El Banco Central se encarga de definir toda la política financiera de un país, en especial en lo que tiene que ver con la política cambiaria, la fijación de las tasas de interés, la masa monetaria circulante y, de alguna manera, la balanza comercial de pagos y su cuenta corriente. La iniciativa gubernamental de autonomía ha provocado que economistas de la talla de Celso Furtado (quien hizo una declaración esclarecedora: "no es posible ser independiente y al mismo tiempo participar del sistema financiero internacional"), así como dirigentes sociales planteen la idea de que

dicha autonomía no sea decidida sin consulta popular y por eso están promoviendo la celebración de un referéndum para que la gente tenga el poder de decisión sobre este tema que tendrá una repercusión innegable sobre el futuro de Brasil.

El nombramiento como Ministro de Hacienda de Antonio Palocci (extrotskista arrepentido) fue acompañado con el nombramiento de toda una pléyade de economistas que participaron en el gobierno de Cardoso y en particular de Marcos Lisboa como Secretario de la Política Económica, uno de los economistas de tendencia neoliberal más aferrado a los dogmas de ese modelo.

En lo que se refiere a política exterior, la primera iniciativa del gobierno Lula no pudo ser más desafortunada. La propuesta de formar el "grupo de amigos de Venezuela" representó la conformación de un grupo de los peores enemigos del gobierno de Chávez. Lo que obligó al presidente venezolano a denunciar el carácter profundamente reaccionario de esa iniciativa.

Finalmente, en el caso más difícil por ser el más urgente e impostergable, el de la reforma agraria, no se dan pasos firmes. Según el MST, hay aproximadamente 80 mil familias de los Sin Tierra acampadas en estado de espera del proyecto de reforma agraria, es decir, alrededor de 500 mil campesinos. De hecho han comenzado a estallar conflictos entre los campesinos y las autoridades petistas, como sucedió en el estado de Alagoas, donde la ausencia de soluciones por parte del gobierno obligaron a los Sin

Tierra a retener a un secretario de Estado, lo que provocó una tensión extrema y fue caracterizado como el inicio de la decepción por parte del MST, cuyos dirigentes declararon: "Han pasado 40 días de gobierno petista sin que haya ninguna respuesta favorable a las familias de los trabajadores rurales acampadas en todo el país". No hay que olvidar que mientras se desarrollaba el Foro Social Mundial en Porto Alegre, el MST sacó una manta que decía: "nosotros pensamos como movimiento social y no como gobierno".

La indefinición sobre la reforma agraria tiene su matriz desde la formación misma del gabinete de Lula. Mientras que en la cartera de Reforma Agraria nombró a Miguel Rosseto, miembro de una corriente de izquierda del PT, antiguo vicegobernador de Río Grande del Sur y promotor fundamental del Foro Social Mundial —Pedro Stedile, dirigente del MST señaló: "La presencia del ministro Rosseto es una señal positiva. Él es una persona con tradición histórica de compromiso con la izquierda brasileña. Pero nosotros preferimos no quedarnos juzgando personas o declaraciones. Lo que va a permitir el avance será la correlación de fuerzas en la sociedad. Y a nosotros nos cabe organizar al pueblo para que se consiga el nivel de presión necesario para cualquier proceso de cambio"—, al mismo tiempo, en la cartera de Agricultura se nombró a uno de los grandes empresarios agrícolas brasileños, Roberto Rodríguez.

Este tipo de contradicciones han comenzado a dificultar la realización de la política social del régimen de Lula, en particular de sus programas prioritarios: Bolsa de Alimentación, Bolsa Escuela, Programa de Erradicación del Trabajo Infantil, Programa Gente Joven y Programa Auxilio Gas. Que en conjunto dan la base a la propuesta más audaz del gobierno: Hambre Cero.

Y esto para no hablar de su compromiso de respetar los acuerdos con el FMI y en especial lo que tiene que ver con el pago de la deuda externa (la segunda más grande de todo el mundo). ¿Será posible pagar la deuda y al mismo tiempo extirpar el hambre en un país con tantas desigualdades como Brasil?

Por otro lado, es indispensable señalar el reflejo autoritario que se ha venido desarrollando tanto en el gobierno como en la dirección del PT. Cuando se hizo la elección de Presidente del Senado, desde el Palacio en Brasilia la señal fue que todos los senadores deberían votar por José Sarney (expresidente de Brasil, ligado a los sectores derechistas de ese país). Cuatro senadores del PT, en especial Helena Heloisa señalaron que no votarían a favor de ese individuo, lo que inmediatamente provocó las amenazas tanto del jefe de gabinete José Dirceu (ex guerrillero) y del presidente del PT, José Genuino (exdirigente de la ultraizquierda petista) de expulsarla del partido. La compañera no votó por Sarney y se volvió el segundo personaje más reconocido del Brasil (después de Lula), logrando un reconocimiento social que impidió cualquier medida administrativa.

Sin embargo, sería un error pensar que todo está ya definido. Y aquí hacemos referencia fundamentalmente al movimiento social brasileño. Brasil vive una encrucijada, la solución de la misma no se conseguirá con programas de gobierno o con llamados a la conciliación de intereses: dependerá de la capacidad de movilización y organización de los sectores populares y ahí la moneda sigue estando en el aire.

Si bien la suerte del proceso abierto con la llegada del PT al gobierno de Brasil se encuentra todavía indefinida, el caso ecuatoriano en cambio es ya bastante evidente. La actitud del gobierno de Lucio Gutiérrez ha sido totalmente cargada a la derecha. Todos los puntos contra los que luchó el movimiento indígena hoy se están implementando: la dolarización de la economía; una reforma fiscal que afecta a los sectores populares; la firma de la Carta de Intención con el Fondo Monetario Internacional, sin objetar nada a las 22 condiciones impuestas; su aceptación del Plan Colombia y la utilización de bases militares norteamericanas para ese objetivo, etcétera.

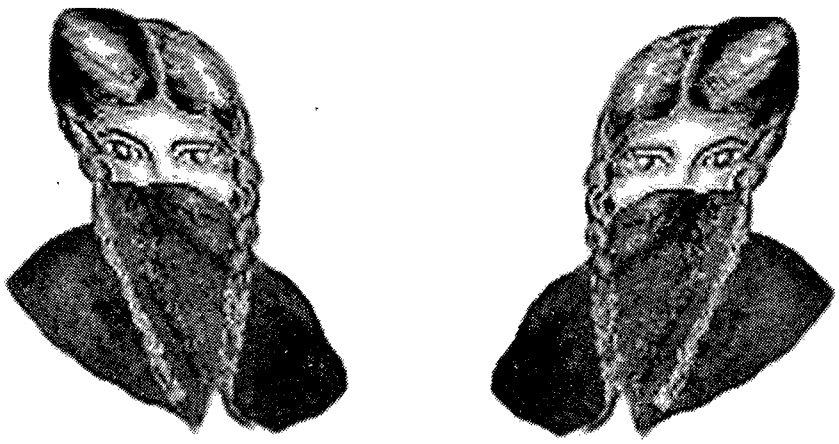
Si estas políticas las hubiera puesto en marcha un gobierno que no hubiera sido apoyado por una parte fundamental del movimiento indígena, hace ya tiempo que éste se hubiera insurreccionado en su contra. Eso hace pertinente la pregunta que muchos se están formulando en ese país: ¿Cuándo tenía más poder el movimiento indígena, antes de estar en el gobierno o ahora que lo está? Aquí tenemos una demostración suplementaria de que el poder del Estado, muchas veces no es otra cosa que "el oscuro objeto del deseo" de la izquierda. Ahora en Ecuador cada vez surgen más voces que plantean la separación definitiva de este movimiento del gobierno y la necesidad de reencauzar la lucha en contra de un poder excluyente y perverso. No hay mucho más que argumentar sobre este caso, es bastante obvio.

Conclusión

Después de la derrota de la revolución sandinista, la izquierda latinoamericana entró a su laberinto, y buscando una salida se encontró con la posibilidad de ser gobierno; el riesgo es que esto signifique la caída en otro laberinto, aún más peligroso que el anterior.

Las disyuntivas no son fáciles, ni es posible regodearse en esta situación. Las transformaciones del capital internacional implican una necesaria reubicación de la izquierda, a condición, pensamos, de que no pierda su carácter emancipatorio, libertario y rebelde. Desde luego es necesario dar respuestas sólidas a esta nueva problemática, romper el espacio limitado y limitante del Estado nacional y participar de lleno en el proceso de consolidación de un movimiento constituyente y soberano.

Esto inevitablemente significa una relaboración teórica: el viejo tercermundismo no tiene viabilidad alguna. Es indispensable entender que el futuro de nuestros países no se juega en el marco de nuestros Estados nacionales, que atraviesan por una crisis y padecen limitaciones que impiden toda posibilidad de solución a los grandes problemas que enfrentan sociedades como las nuestras. El destino de la rebeldía y la lucha por la emancipación corre al parejo de lo que está pasando en las grandes megalópolis, al lado de los nuevos movimientos sociales. De alguna manera el mundo se simplificó: por un lado, los que quieren imponer casi sin mediaciones un modelo excluyente que atenta contra el futuro de la humanidad y del mundo como tal y, por el otro, los que luchan y se rebelan y buscan construir una salida civilizatoria. El desarrollo de este nuevo campo permitirá unir luchas tan diversas como las que se libran en los campos de Brasil, los suburbios de Buenos Aires, el altiplano boliviano, las calles de Ecuador, la selva de Chiapas, con las que se están dando en las calles de Génova, Barcelona, Nueva York, París o Seúl. ★



Movimiento global contra la guerra y nuevos actores del conflicto:

algunos apuntes para la construcción de un léxico común

Ángel Luis Lara

Las palabras fueron siempre inventadas por las clases superiores. No indican un significado, imponen una interpretación.

Friedrich Nietzsche

El movimiento global contra la guerra que se ha hecho visible a partir del 15 de febrero de este año como movimiento planetario por la paz es un movimiento de movimientos, una realidad compleja, una multiplicidad en marcha. La celebración de manifestaciones y actos de protesta paralelos en los cinco continentes ha hecho que periodistas y sociólogos comiencen a hablar de la irrupción de un nuevo actor en la escena de los procesos de globalización: la opinión pública global. Sin embargo, hay dos observaciones importantes que realizar en este sentido. Por un lado, las movilizaciones contra la guerra no son el pistoletazo de salida de un nuevo actor político planetario, sino un momento de desarrollo de un ciclo de luchas que se inaugura ya en 1994 con el levantamiento zapatista, pero que no se hace global y comunicable hasta las movilizaciones contra la reunión de la Organización Mundial del Comercio en la ciudad estadounidense de Seattle en 1999. Por otro lado, las nuevas subjetividades y los nuevos actores del conflicto no pueden ser definidos únicamente en términos de opinión pública. Es precisamente el deseo de trascender tal condición el que, en cierto sentido, ha atravesado algunos de los discursos más interesantes y los repertorios de acción colectiva presentes en las multitudinarias movilizaciones contra la guerra.

La categoría de opinión pública que se ha puesto en juego a través de los medios de comunicación en los últimos meses hace referencia a un sentir en el que coincide la generalidad de las personas acerca de la guerra: su oposición.

Es obvio que el elemento inicial que origina y posibilita las movilizaciones es ese sentir común, sin embargo, este hecho nada nos dice del sentido, de los discursos, de la naturaleza de la acción colectiva y de los actores que se agitan y se expresan en el seno de ese movimiento. La oposición a la guerra como movimiento plural y heterogéneo posee una naturaleza activa que desborda el campo de un mero parecer o una simple opinión general sobre un asunto determinado. Más aún, en su seno existen propuestas y discursos que superan la dimensión reactiva de oposición y que señalan tímidamente un horizonte constituyente.

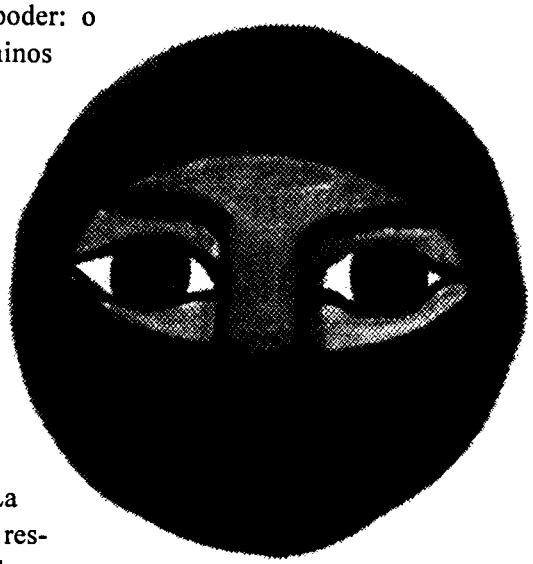
El ejercicio de enunciación colectivo contra la guerra al que hemos asistido en los últimos meses tiene valor de acontecimiento no solamente porque hace público un parecer masivo, sino fundamentalmente porque se acompaña de una preocupación latente por la democracia y la política que deja ver la irrupción potencial de una nueva esfera pública, no estatal, aún por desarrollar, en proceso, pero de la que se adivinan ya sus primeros pasos. En cierto sentido, es una enunciación que indica voluntad y deseo de participar en los asuntos públicos, más allá de la mera toma de posición explícita y pública contra la guerra en Irak.

Para señalar los límites del concepto de opinión pública desde el movimiento de movimientos resulta interesante pensar la cierta simetría existente entre dicho concepto y las categorías de público y espectáculo, tan importantes para comprender algunas de las claves del funcionamiento de la sociedad en la que vivimos. Ya en 1901, en medio de la producción reaccionaria del concepto masa como expresión del pánico que generó en la burguesía el nacimiento y desarrollo del movimiento obrero, el sociólogo francés Gabriel Tarde apuntaba la importancia de prestar atención a las dinámicas sistémicas ocupadas en la producción social del público: "una muchedumbre dispersada, donde la influencia de unos espíritus sobre otros se convierte en acción en la distancia". El alcance y significado de esa distancia es precisamente un dato relevante que hay que tener en cuenta: significa separación, alejamiento de la intervención, elección que se mueve en el estrecho campo de lo establecido, carácter receptivo en el que todo acto de enunciación supone un ejercicio de consumo. El paralelismo entre el público y el espectador es evidente.

Bastantes décadas después de que Tarde hablara del público, Guy Debord propuso la categoría de espectáculo como "la exposición general de la racionalidad del sistema", como herramienta para el análisis y la comprensión de la sociedad capitalista tal y como empezaba a perfilarse en los años sesenta del pasado siglo XX. Para Debord el espectáculo "es el momento histórico que nos contiene, (...) el sentido de la formación socioeconómica" en la que nos ha tocado vivir. Su característica fundamental es que constituye la "afirmación de la apariencia y la afirmación de toda vida humana, y por tanto social, como apariencia".

"La separación es el alfa y omega del espectáculo", toda unificación aparente que proponga o genere "no es sino un lenguaje oficial de la separación generalizada": "el espectáculo reúne lo separado, pero lo reúne en tanto que separado". "La exterioridad del espectáculo respecto del hombre activo se manifiesta en que sus propios gestos ya no son suyos, sino de otro que lo representa". Junto a la enunciación de la categoría de opinión pública como elemento explicativo en el que sujetar la naturaleza del movimiento contra la guerra, los medios de comunicación han aireado reiterada y obsesivamente su preocupación por reconducirlo a los términos de la representación política convencional. En las últimas semanas las tertulias radiofónicas de corte progresista en el Estado español, así como algunas de las columnas y artículos de opinión en los medios más relevantes del país, han dejado ver una obsesión en este sentido: representar institucionalmente al movimiento, traducir en términos electorales lo que no debe ser más que un ejercicio de opinión pública.

Nadie puede negar que la opinión pública da cuenta de una actividad de influencia sobre el mundo, es decir, que expresa y condensa ejercicios de enunciación que lo condicionan. Es obvio. Tan obvio como que el consumidor puede influir sobre el lanzamiento de una línea de productos dietéticos o sobre el color de los envoltorios de determinada marca de chocolate. De la misma manera que es indudable la influencia de los espectadores, a través de los índices de audiencia, en la programación de los diferentes canales de televisión o la importancia de la opinión reflejada por los sondeos electorales en la actuación de los diferentes partidos políticos. La opinión pública es sujeto en las encuestas, el consumidor en el consumo y el espectador en el espectáculo: las coordenadas que definen el hábitat del sujeto sujetado. Siempre sujeto de enunciados y lógicas externas. Siempre ejercicios de libertad restringida en el espacio estriado por el poder: o caminos prescritos o caminos proscritos.



Pero no solamente los medios de comunicación, sino también los partidos y las fuerzas políticas y sindicales de la llamada izquierda institucional, tratan reiteradamente de sujetar las movilizaciones en los parámetros y las lógicas de la mediación y la representación política. La fuerza y la dimensión de la respuesta social a la guerra les ha superado con creces. También ellos procuran congelar en la categoría de opinión pública, en acto de orden semántico necesitado de la mediación de los partidos y de la representación institucional, al movimiento contra la guerra. Las alianzas que han originado el importante consenso que está en la base del movimiento observan cómo poco a poco les nace un debate en este sentido; ahí es precisamente donde reside uno de los polos de intervención más importantes para los rebeldes: atravesar y *surfear* el movimiento de manera creativa visibilizando y proponiendo otros análisis y otras categorías capaces de expresar la inteligencia y los deseos colectivos que están dando cuerpo a las movilizaciones, bloquear aun en el seno del consenso los aparatos de captura que pretenden frenar y reconducir las expresiones constituyentes que, aún de manera ciertamente latente y no estructurada, comienzan a cuestionarse con cierta radicalidad subterránea el estado actual de cosas y a señalar el deseo democrático de otra política.

Esa violencia invisible que caracteriza al orden del discurso y en la que éste encuentra el principio de su regularidad debe colocarse en el centro de una acción política rebelde que necesariamente debe ser paradójica: por un lado, consciente de que, como señalara Foucault hace años, el discurso no es simplemente aquello que traduce las luchas o los sistemas de dominación, sino aquello por lo que y por medio de lo cual se lucha; por otro lado, en fuga de la violencia que el propio discurso ejerce sobre los procesos y las cosas, en el intento de burlar su orden. Tarea paradójica, pero necesaria. Tarea compleja que requiere permanentemente el situarse entre y al lado de la gente, en una escucha permanente capaz de comprender y traducir lenguajes y deseos en una gramática común que sepa expresar el sentido y el alcance de las conversaciones, los procesos de subjetivación y los repertorios de acción colectiva que la gente pone en juego.

Es una acción sobre las propias palabras, un acto rebelde y propositivo de renombrarlas, redefinirlas, que se combina con la necesidad de construir colectivamente otras interpretaciones en el curso de un caminar preguntando. Una doble articulación: resignificar palabras y producir nuevas palabras-herramienta para el movimiento. En este sentido, si los partidos y los medios de comunicación hablan de la opinión pública como categoría capaz de definir y nombrar a los actores que protagonizan las movilizaciones, los rebeldes proponen aleatoriamente el uso de dos conceptos que se mueven en esa actividad intensa y permanente de redefinición-producción: sociedad civil y multitud.

Para hablar de sociedad civil es necesario partir de una resignificación del término que abandone su definición clásica, imposibilitando que su uso en nuestros días se convierta en un ejercicio vacío. Esta definición clásica encuentra en Hegel su motor inicial y empapa de diferentes maneras toda la teoría social y política moderna y contemporánea. Si en el primer período de la modernidad la distinción entre estado de naturaleza y estado civil se convirtió, de Hobbes a Rousseau, en el eje de la fundación y legitimación del orden político, proponiendo la transición de una sociedad de naturaleza a una civil como el movimiento histórico de la civilización humana, Hegel disloca este escenario inicial al centrar su atención en la distinción entre sociedad civil y sociedad política. Con esta nueva distinción Hegel no trata tanto de sustituir la dualidad inicial por otra, como de proponer una concepción en torno a la combinación de tres elementos básicos: natural, civil y política. Esta concepción se fundamenta para Hegel en el hecho de que el estado de naturaleza, definido como reino de las necesidades y de la búsqueda del propio interés, no posee una relación directa con el estado político, sino que necesita de una mediación con la sociedad civil antes de dotarse de un carácter político.

Desde este punto de vista, como señalan Hardt y Negri, en la concepción hegeliana la sociedad civil representa el lugar dinámico en el que los intercambios socioeconómicos y legales, los antagonismos y los conflictos, se expresan y organizan. En última instancia, para Hegel la sociedad civil es el lugar en el que el Estado, convertido por la filosofía política hegemónica moderna en representante y portador del interés universal, recupera y atrapa los intereses singulares extraños o externos a su orden. Desde este prisma por lo tanto, sociedad civil significa ámbito en el que el Estado media, disciplina y recupera el antagonismo social.

Es interesante resaltar en relación a esta concepción de la sociedad civil que, generalmente, cuando en nuestros días se aborda la cuestión del neoliberalismo se suelen acentuar las transformaciones que sus políticas operan en el papel del Estado, sin prestar atención al hecho de que lo que realmente se erosiona y se disuelve es la necesidad de la mediación misma, es decir, las instituciones de la propia sociedad civil en cuanto agentes de la dialéctica social. Sindicatos, asociaciones, redes sociales, todo es empujado hacia su disolución paulatina en un movimiento general de destrucción de los lazos sociales y comunitarios que arrastra en primer lugar a las instituciones de la propia sociedad civil como instancias tradicionales de la mediación.

Esta definición clásica de origen hegeliano de la sociedad civil está, de una forma u otra, presente en las diferentes aproximaciones teóricas y políticas que han visto la luz a lo largo del siglo XX, tanto en las que poseen un horizonte democrático como en aquellas que tienen un sentido más autoritario. De ellas la de Gramsci es la más interesante, fundamentalmente por el potencial democrático que observa en el concepto. Básicamente, su mirada sobre la categoría de sociedad civil consiste en una inversión en la relación entre sociedad política y civil tal y como la había concebido Hegel. En este sentido, se produce un desarrollo inverso del proceso de absorción de la sociedad en el Estado: "el objetivo del Estado es su mismo fin, su misma desaparición, en otras palabras, la reabsorción de la sociedad política dentro de la sociedad civil". Gramsci recoge los elementos democráticos que existen en la concepción hegeliana e invierte su sistema. Su desplazamiento teórico implica, desde el punto de vista político, una estrategia de reforzamiento de los espacios e instituciones de la sociedad civil capaz de ocupar los territorios coercitivos del Estado con fuerzas democráticas organizadas en términos de una hegemonía materializada a través de la capacidad de "la clase revolucionaria" o el partido para expresar el interés general.

Cuando en el seno del movimiento de movimientos y en las movilizaciones contra la guerra los rebeldes hablan de sociedad civil lo hacen en otros términos, retomando la iniciativa zapatista de usar el concepto no sólo con un valor estratégico destacable, sino como elemento central en el desarrollo de una crítica radical al sistema de partidos. En carta a la Comisión de Concordia y Pacificación (COCOPA) de los asesores e invitados por el EZLN a la mesa uno de los diálogos de San Andrés, fechada en febrero de 1997, se hace referencia a la sociedad civil en los siguientes términos: "ese segmento de la sociedad que está organizada, mantiene una actitud crítica y es independiente de las posiciones de los partidos políticos, el mercado y el gobierno". El propio Subcomandante Marcos se refería en abril de 2001 a la conexión operada en México entre las iniciativas zapatistas y la gente a través de la categoría de sociedad civil: "el término resulta porque la gente se siente interpelada. Cuando decimos sociedad civil la gente piensa: soy yo, yo no me considero partido político, no me considero nada de lo que está en los discursos de la derecha o de la izquierda. Sí, en efecto, soy civil, no soy un político profesional. Cuando los zapatistas están llamando a la sociedad civil, entonces me están llamando a mí".

En palabras del sociólogo francés Yvon Le Bot, autor de numerosos estudios sobre América Latina, la referencia zapatista a la sociedad civil pone de manifiesto su deseo de encontrar para la interlocución un espacio emancipado del poder, un territorio en el que puedan afirmarse los sujetos individuales y colectivos.

Desde este marco propositivo, sociedad civil significa fundamentalmente dos cosas: por un lado, una herramienta discursiva capaz de escapar a los lenguajes clásicos y gastados de una vieja izquierda incapaz de conectar ya con la gente, así como de dar cuenta de los profundos cambios políticos y sociales operados en las últimas décadas en nuestras sociedades; por otro lado, significa el deseo de redefinir radicalmente la democracia y la política colocando en el centro de esa redefinición a la gente común como actor principal más allá de los partidos, las estructuras del Estado y el mercado. Supone el ejercicio de enunciación de una esfera pública no estatal, que incluye a los movimientos y organizaciones sociales junto a las personas no organizadas políticamente. Un concepto posible a partir del cual redefinir las reglas de un juego que se torne necesariamente construcción de una nueva ciudadanía en la que la gente sea la verdadera protagonista: uno de los elementos fundamentales para la construcción de un nuevo lenguaje capaz de expresar el sentido profundamente constituyente de una nueva práctica política necesaria y posible.

Por eso en el seno del movimiento de movimientos se ha recogido el giro semántico propuesto por los zapatistas, colocándose en no pocas ocasiones el concepto de sociedad civil en el centro de las enunciaciones y los discursos. Un concepto absolutamente diferente a aquel producido en clave hegeliana, puesto que supone la antítesis de un espacio de bloqueo y recuperación sistémica de los antagonismos, y que

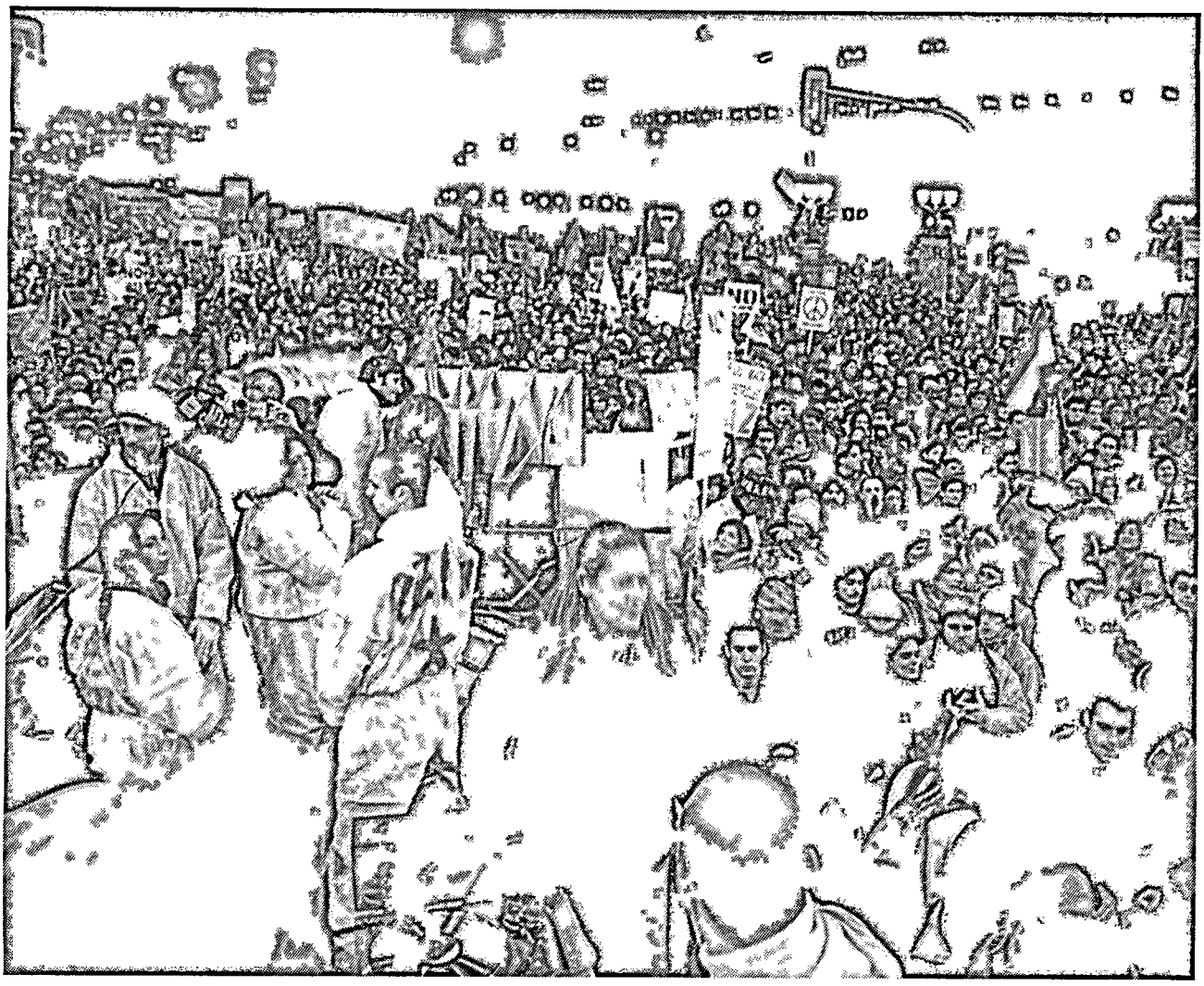
se distancia notablemente también de las concepciones gramscianas que conciben la reducción de "los muchos en cuanto muchos" a un espacio único y unívoco de organización y expresión de las voluntades y los deseos, es decir, que sigue la lógica hegeliana de depositar la potencia en un espacio hegemónico y trascendente de mediación. En este sentido, la propuesta zapatista de uso del término expresa una redefinición del mismo en las coordenadas de una heterogeneidad irreductible a lo uno como instancia de representación. Una redefinición que señala tibiamente una crisis de la propia representación política.

Es precisamente a través del concepto de multitud, el segundo elemento puesto en juego por los rebeldes en el seno del movimiento contra la guerra para nombrar la emergencia de nuevos actores en los conflictos, como esa crisis se enuncia ya nítidamente, encontrando una palanca analítica y política que la potencia.

La multitud representa una multiplicidad de diferentes singularidades sociales irreductibles a una uniformidad o una unidad, sin significar por ello una simple multiplicidad fragmentada o dispersa: puede ser definida en términos de un conjunto de singularidades que actúan en común. Son los muchos en cuanto muchos, la pluralidad que se conserva como tal en su acción colectiva y pública, desembarazándose de la pretensión de confluir en una unidad que la trasciende, la absorbe o la sobrepasa. La categoría de multitud se propone como herramienta capaz de dar cuenta de la naturaleza de los movimientos que se oponen a las

formas contemporáneas de dominación, de la descomposición de las formas políticas de la representación y de la emergencia de nuevas vías para la acción política. Más allá de las concepciones opuestas de diferencia e identidad, supone una categoría que propone la combinación de las nociones de lo común y lo múltiple. En este sentido, la coherencia de su propuesta radica en el hecho de que no existe ninguna contradicción real entre la singularidad y lo común. En palabras de Michael Hardt, "lo común no implica la identidad. Las cosas comunes comparten algo pero no son necesariamente idénticas. Por otro lado, lo múltiple implica una noción muy específica de diferencia que no tiene por que encontrar en la categoría de identidad su elemento opuesto o negativo. Lo múltiple está compuesto de singularidades. En los términos de las recientes concepciones de la organización política se podría decir que la multitud atraviesa diagonalmente la alternativa convencional entre políticas de la unidad y políticas de la identidad, puesto que ambas se confían a las nociones opuestas de identidad y diferencia como fundamento".

Las protestas contra el mando neoliberal sobre los procesos de globalización, de Seattle a Praga, de Génova a Porto Alegre, han constituido verdaderos escenarios de visibilización de la multitud, la puesta en común sobre el terreno de la acción política y del conflicto de una multiplicidad de singularidades sociales y políticas que expresaban su voluntad irreductible de no dejarse sujetar por un ente que las trascendiera, de no plegarse sobre un plano identitario cerrado y unívoco. Entre los millones de personas que han dado cuerpo al movimiento global contra la guerra



en calles y plazas ha emergido igualmente la misma experiencia. Para aprehender el significado complejo del concepto de multitud puede resultar útil acercarse a su genealogía, realizar un mínimo viaje a sus orígenes.

En este sentido, se puede decir que su concepción clásica se remonta al siglo XVII y al nacimiento del pensamiento político moderno: su suerte se juega en la lucha permanente con el concepto de pueblo y en una derrota frente a éste que determinará el desarrollo de la propia modernidad. Si hemos visto cómo la multitud se afirma como inmanencia que resiste a todo intento de trascendencia, el pueblo representa su contrario. La idea de pueblo propia de la modernidad implica una voluntad general separada de los individuos que los comanda, un poder trascendente. En su acepción moderna no hay pueblo sin la existencia de un pacto de sumisión, sin delegación de la voluntad de los muchos al mando del uno: el soberano, el Estado. Es precisamente esta trascendencia la que garantiza la unidad del pueblo. Al margen de la confluencia en la unicidad del poder no hay más que desorden, fragmentación y guerra de todos contra todos.

Para Hobbes la multitud es un elemento puramente negativo en cuanto representa aquello que no se configura como pueblo y contradice el monopolio estatal de las decisiones políticas: un retorno del estado de naturaleza en el seno de la sociedad civil. "El pueblo es uno y se le puede atribuir una voluntad única. (...) Cuando los ciudadanos se rebelan contra el Estado, son la multitud contra el pueblo", nos dice en su obra De Cive. Del Leviatán hobbesiano a la voluntad general que brota del contrato social de Rousseau, la modernidad se funda y define sobre esta idea básica: la unidad en la trascendencia, el uno que gobierna a los muchos.

A sus márgenes y contra ella, la herejía y la anomalía de un Spinoza que levanta la multitud como savia de las libertades civiles a partir de la negativa a cualquier intento de transferencia de unos derechos naturales que deben permanecer cerca de los muchos a los que pertenecen, como principio crítico e instancia de liberación que ha recorrido soterradamente la historia combatiendo la hegemonía de una doctrina política volcada sobre la categoría de pueblo.

El pueblo es el resultado de un movimiento centrípeto que produce un giro desde los individuos atomizados hasta la unidad de un cuerpo político que los trasciende. Sin embargo, la multitud no significa en realidad abandono completo del horizonte de la unicidad, sino más bien una redefinición del mismo en términos de lo universal, de lo común y lo compartido. Es el resultado de un movimiento centrífugo que va de lo uno a los muchos, una pluralidad que persiste como tal sobre la escena pública, en la acción colectiva, en la gestión y el cuidado de los asuntos comunes sin evaporarse en un movimiento centrípeto. La cuestión crucial en este sentido es que la unicidad a partir de la cual los muchos se diferencian y persisten como tales es bien diferente a la del pueblo: lejos de constituir el elemento de cierre es la base que abre a la diferenciación. Ninguna trascendencia encarnada en una soberanía separada le garantiza la cohesión porque ésta no es ni una meta ni un resultado, sino un sustrato y una premisa. Se trata de la universalidad, de un cúmulo de lugares comunes que incluye capacidades comunicativas, disposiciones éticas, inteligencias colectivas, relatos y saberes, sinergias, facultades lingüísticas y cognitivas comunes. No obstante, es importante subrayar que la multitud para los rebeldes no remite a una mera categoría sociológica, sino que vuelve a poner sobre la mesa la cuestión de la lucha de clases en los términos en que Marx la señaló como proyecto político: la clase se determina con la lucha de clases, son las líneas de la lucha colectiva las que la definen. En este sentido, la multitud no es un dato, sino un proyecto político que debe partir de un análisis empírico que demuestre las condiciones comunes de aquellos que deben devenir multitud. Los muchos en cuanto tales deben ser pensados a través de la identificación de lo universal, de lo genérico, de lo compartido. La multitud se define en nuestros días en el seno y a través de su lucha contra las nuevas formas de dominación, de autoridad y de mando neoliberal sobre los procesos de globalización: en su marcha contra el nuevo poder soberano global que gobierna el mundo.

La revuelta de Seattle en 1999, como primer escenario de visibilización y puesta en comunicación de las luchas globales contra el neoliberalismo, es quizás el primer capítulo de la emergencia y producción de una nueva multitud que no necesita buscar más allá de su propia historia y de su propia potencia productiva los medios para convertirse en sujeto político.

Sin embargo, probablemente el levantamiento zapatista, con su localización de los objetivos políticos fuera de los parámetros revolucionarios clásicos de la toma del poder estatal, así como con la centralidad concedida a la cuestión de la autonomía y la potencia constituyente que ésta impulsa, constituye un momento primigenio de anticipación sustancialmente relevante en el camino: la afirmación y defensa de lo común se encarna de manera paradigmática en la proposición zapatista "para todos todo, nada para nosotros".

Como los propios hombres y mujeres zapatistas apuntan: "durante mucho tiempo nos han enseñado que los diferentes deben mantener una distancia, estar separados, ofrecerse desconfianza mutua y rivalidad. Nos han enseñado que sólo los iguales pueden estar juntos y que debemos luchar porque todos sean iguales a nosotros. No nos han enseñado a respetar a los diferentes, a reconocerles un lugar, una palabra, un pensamiento. Los que no son como nosotros, nos dicen, deben serlo o ser combatidos por todos los medios. Nos han enseñado que la guerra contra el diferente no termina más que cuando el diferente es asimilado, igualado o aniquilado. Ésta es la guerra que heredamos y que pretenden que heredemos a los que nos siguen en tiempo y espacio. Tal vez sean muchas las diferencias que hay entre los muchos, pero ¿no podemos buscar lo que nos hace iguales sin perder lo que nos hace diferentes?". ★

Cómo queda el mundo abajo de los escombros

Víctor Flores Olea

Son muchos los escombros que han de hallarse bajo las bombas criminales que se arrojaron sobre Irak, unos insospechados y relativamente nuevos y otros que se habían ya desmoronado desde hace tiempo, y cuyas cenizas se suman ahora a los despojos que nos entrega esta nueva guerra imperialista.

¿Cómo queda el mundo? En efecto, el mundo ha cambiado después de Irak. Pero si observamos con esmero el fenómeno, y con una cierta perspectiva que nos proporciona el paso de los días, podremos concluir tal vez que no se modificó tan drásticamente sino que simplemente se acentuaron, hasta la irracionalidad más completa, las tendencias dominantes desde hace un buen número de décadas.

No hay novedad en que la hiperpotencia ejerza una vez más su poder Imperial, que se ha aplicado inexorablemente siempre que ha hecho falta, por ejemplo después de la Segunda Guerra Mundial. Todo indicaría que la llamada Guerra Fría se construyó en todas sus piezas desde las oficinas de la Casa Blanca, el Departamento de Estado y el Pentágono. Nada más conveniente para el complejo militar-industrial que cimentar un estado de "guerra perpetua" que le entregara constantes ganancias multibillonarias. ¿O alguien piensa que la Unión Soviética, con sus

20 millones de víctimas en la guerra y su infraestructura destruida, habría de iniciar una aventura militar que amenazara realmente la estabilidad y "organización" del mundo acordada después de la derrota de Hitler? ¿Estados Unidos necesitaba una bomba de hidrógeno después de su despliegue nuclear sobre suelo japonés, o más bien necesitaba impulsar una nueva carrera armamentista que multiplicara espectacularmente las ganancias de sus corporaciones?

Se podrían ampliar casi al infinito los ejemplos de "guerras construidas" y de "tensiones" buscadas por el Imperio, a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, que abrieron la llave de las ganancias de su establecimiento corporativo. Las tensiones alrededor de Berlín, las guerras de Corea y Vietnam, las acometidas contra Centroamérica y Granada en los años 80, la satanización de la Unión Soviética por Ronald Reagan y la Guerra del Golfo emprendida por Bush padre, son apenas unas cuantas muestras de la "necesidad" del Imperio de encontrar enemigos afuera como el modo más eficaz de lograr la cohesión interna. Cuestión que no se inscribe en la sicología de los pueblos, sino en los estados de cuenta de sus corporaciones. A lo largo de cincuenta años la "Guerra Fría" impuesta fue uno de los pretextos más lucrativos para el complejo militar-industrial de Estados Unidos.

Más cerca de nosotros, América Latina ha sido escenario de las tensiones urdidas y de los controles impuestos por el Imperio. Desde el derrocamiento del "comunista" Jacobo Arbenz en Guatemala en 1954, pasando por los golpes de Estado en Colombia (Rojas Pinilla), en Venezuela (Pérez Jiménez), en Brasil (una junta militar), la invasión en República Dominicana, hasta el asesinato de Salvador Allende en Chile, en 1973, y las dictaduras militares en Uruguay y Argentina, nos encontramos con que el anticomunismo y la Guerra Fría han sido instrumentos metódicos para apuntalar los intereses de las corporaciones y de sus representantes en el gobierno estadounidense. El más grande negocio concebible.

No se trata por supuesto, para ellos, de "defender las libertades y la democracia" en abstracto, sino más bien las libertades de sus negociantes y la democracia de un sistema que se ha olvidado radicalmente "del pueblo, para el pueblo y por el pueblo", como fue definida por los llamados Padres Fundadores en 1789. Se trata de una de las más grandes traiciones y mentiras en la historia de la humanidad.

Terminados los regímenes soviéticos de Europa oriental, el Imperio pasó algunos años cosechando los frutos de su estratégico triunfo. Abrir al mercado y a los inversionistas privados los amplios territorios de Estados antes definidos por "economías centrales", y ampliar mundialmente las posibilidades de su expansión económica —la globalización de la economía

de la guerra de intervención contra Irak

(y de las comunicaciones, y por tanto de la publicidad)—, fue su tarea primordial. Pero claro, le hacía falta "armar" otra cruzada internacional que le otorgara nuevo y rotundo sustento "ideológico" (publicitario) a su expansión militar y económica. Este pretexto le fue plenamente otorgado el 11 de septiembre de 2001 con el ataque a las Torres Gemelas de Nueva York y al Pentágono en Washington.

Por cierto, cada vez son más insistentes las voces y estudios que señalan si no una complicidad directa, sí el disimulo y la astucia de los órganos de inteligencia del gobierno estadounidense que, no obstante multitud de advertencias,

"dejaron hacer y dejaron pasar" lo que resultó uno de los acontecimientos más significativos de la historia contemporánea. Sin excluir la posibilidad de responsabilidades más directas, que inevitablemente se conocerán al paso de los años.

Uno de los acontecimientos más significativos de la historia mundial. Y el pretexto soñado para volver a construir la ideología y la publicidad de una nueva guerra permanente a cargo del Imperio, que encarnó en la "guerra contra el terrorismo" que inevitablemente será "difícil" y "larga", según declaró Bush hijo desde la misma Casa Blanca. Otra vez estaba en movimiento el aparato de poder y la economía del Imperio encontrando los espacios de su expansión y dominio militar.

Un buen número de analistas penetrantes, entre otros Noam Chomsky, dijeron desde el primer momento que la "guerra contra el terrorismo", dirigida contra Osama Bin Laden, resultaba una destemplada patraña si en primer término se proponía ocupar territorios y controlar Estados, como Afganistán. El embuste siguió al embuste y después se puso en la lista de los potenciales terroristas a Irak y a su dictador Saddam Hussein. Ya conocemos en todo caso los asideros publicitarios: "las armas de destrucción masiva del dictador" y "los peligros que corre el mundo democrático". Y el colmo de los cinismos: "una guerra para liberar a los iraquíes y llevarles la democracia", a sangre y fuego. (A recordar: tanto Bin Laden como Hussein fueron agentes de la CIA en los años 80. Y también: el olvido a estas alturas de Osama Bin Laden y de las armas de destrucción masiva de Hussein, que no han sido halladas por ningún lado).

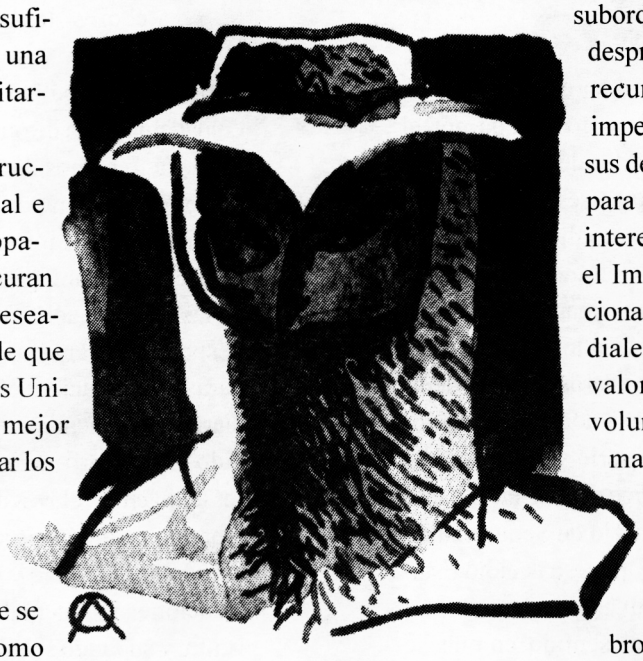
El fondo de la cuestión parece cada vez más claro: desde el punto de vista estratégico y militar, tanto la invasión a Afganistán y después a Irak asegura al Imperio posiciones que se consideran inexpugnables, en un previsible horizonte de tiempo. La presencia militar de Estados Unidos en Europa, ampliada hacia el este con los nuevos participantes en la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) —Hungría, la República Checa, Polonia—, se prolonga al Medio Oriente (Israel) y ahora a Asia Central: Irak y Afganistán. (Por cierto, ¿qué enemigo tiene al frente en estos tiempos la OTAN? ¿Se justifica aún la existencia de esa alianza militar?). En todo caso, las depauperadas economías de los nuevos participantes se debilitarán aún más con su "obligación" de comprar armas a los fabricantes corporativos de Estados Unidos. ¿Tiene algún sentido lógico y moral esta situación? No, salvo el interés y la codicia del complejo militar-industrial estadounidense.

Y la lógica suprema del Imperio: ocupar militarmente los flancos sur de Rusia y China y el flanco norte de la India, países que, sumados, representan más de la tercera parte de la población de la tierra. Impresionante el esquema ¿no es así? Además, por supuesto, el control de varios de los más ricos mantos de hidrocarburos del mundo, y la construcción de los oleoductos hacia el sur que también estarán controlados por Estados Unidos y sus corporaciones del petróleo, en las cuales tienen intereses directos tanto la familia Bush como varios de sus principales funcionarios: el Vicepresidente Dick Cheeney, Condolezza Rice, Donald Rumsfeld, John Aschcroft y otros.

Una de las cuestiones más preocupantes es que las acciones de dominio del Imperio se efectúan según planes rigurosamente formulados: en septiembre de 2002 el Presidente Bush entregó al congreso de su país un documento sobre "La Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos", que se refiere tanto a la política interna como externa de ese país, y que resulta un prototipo de texto imperial para "justificar" sus aventuras militares. Se trata, como es evidente, de un documento ideológico en el peor sentido de la palabra: se expresa allí la determinación del gobierno Bush de convertirse no sólo en policía planetario, sino en la instancia última del poder político, económico y militar en el mundo. Y no sólo eso: Estados Unidos se erige en tribunal supremo de las relaciones sociales, incluyendo los valores, creencias, formas de cultura y de vida que habrán de prevalecer obligatoriamente *urbi et orbi*.

Se trata de una afirmación rotunda del poder de los consorcios internacionales y de sus modos de operar, de un verdadero Manifiesto económico-político y militar del capitalismo, envuelto apenas en el papel celofán de una retórica democrática y defensora de los derechos humanos, ya que sabemos bien que las libertades humanas, la

democracia y el desarrollo, para los dueños de la Casa Blanca y Wall Street, sólo tienen concreción como libertad para las empresas. La intervención gubernamental y los proteccionismos indispensables únicamente pueden ser utilizados por ellos, no por ningún otro gobierno. Uno de los alegatos centrales del documento tiene que ver con la posibilidad de "ataques preventivos", que fue una de las "novedades" internacionales de la invasión a Irak y que contradice flagrantemente las disposiciones de autodefensa a que se refiere la Carta de Naciones Unidas, que aluden a un "ataque inminente" o "real". Para Estados Unidos, en adelante, será suficiente la "sospecha" de una amenaza para actuar militarmente.

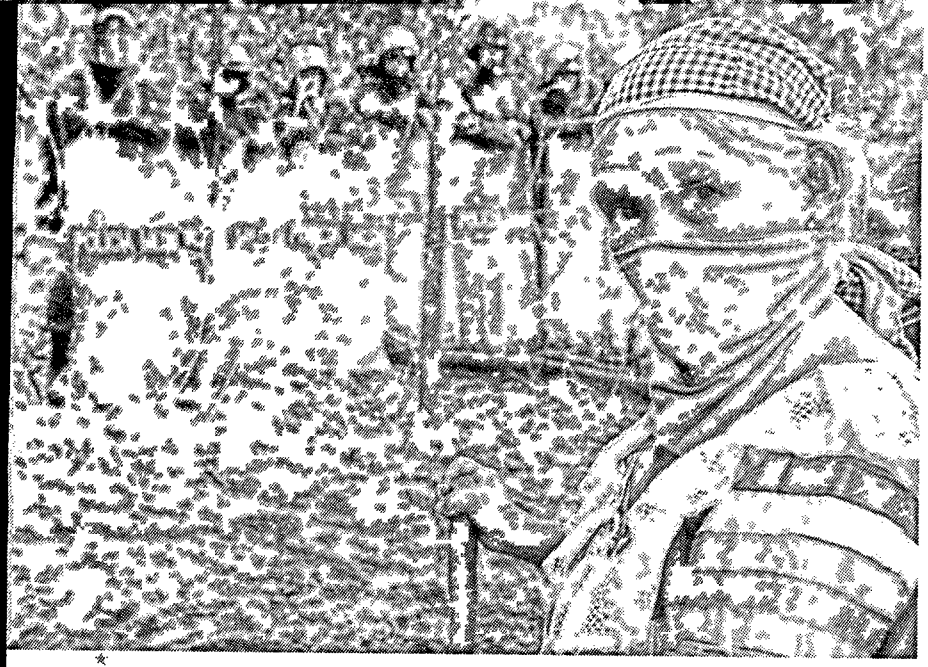


Se trata de la construcción de un poder Imperial e imperialista que los propagandistas del sistema procuran que se vea como algo "deseable" para todos. Se trata de que el imperialismo de Estados Unidos se considere como el mejor destino al que pueden aspirar los pueblos, razas, religiones y culturas, y los sistemas políticos y económicos. Pero además se trata de que se vea ese imperialismo como algo "necesario", como el destino ineludible y más alto a que pudieran aspirar los humanos.

Un profesor conservador de Harvard, Michael Ignatieff, escribió que los propios estadounidenses ven a este nuevo imperialismo más como una carga que como una fortuna, ya que "constituirse en Imperio es más que ser la más poderosa nación o la más odiada. Significa forzar el orden mundial para servir a los intereses americanos. Y eso significa imponer las reglas que desea Estados Unidos (en todo, desde el mercado hasta las armas de destrucción masiva), al mismo tiempo que se exceptúa a sí mismo de su sometimiento a otras normas (por ejemplo el Protocolo de Kyoto sobre Medio Ambiente o la Corte Penal Internacional), por juzgarlas contrarias a sus intereses".

Estas son algunas de las reglas de la campaña mediática (sin excluir escuelas y universidades) a que está sometido el pueblo estadounidense y zonas muy importantes del mundo. Líneas políticas, ideológicas y estratégicas que el *establishment* corporativo en Estados Unidos busca que sean irreversibles, más allá de los gobiernos demócratas o republicanos del futuro (que, en definitiva, obedecen a los mismos "principios" e intereses, con diferencias de circunstancia más que de sustancia). Por supuesto, el escandaloso fariseísmo de las palabras estalla ruidosamente y exhibe su doble rostro: el de la explotación y subordinación de los otros, el del desprecio al derecho y el del recurso a la fuerza cuando el imperio encuentra resistencia a sus demandas, el de la violencia para imponer sus "creencias" e intereses. Sin olvidar que, para el Imperio, el derecho internacional y las organizaciones mundiales y regionales sólo tienen valor cuando se pliegan a su voluntad y se exhiben como manipulables. El "suave" Imperio se torna implacable y cruento cuando se trata de sus intereses.

Otros de los escombros que quedaron sepultados bajo las bombas y los ejércitos de ocupación a Irak han sido, por supuesto, las normas del derecho internacional y la Carta de Naciones Unidas. En estos últimos meses y semanas, para no ir más lejos, el Imperio se ha distinguido por su desprecio a la norma internacional y por su abierta violación a la Carta de Naciones Unidas. Además del genocidio cometido, la invasión a Irak vulneró definitivamente la autoridad del Consejo de Seguridad y de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), ya que el Imperio se arroga unilateralmente (subjetivamente) el derecho a decidir la guerra o la paz, rompiendo una norma de hace casi seis décadas que deposita en ese Consejo la única autoridad legítima para autorizar una intervención armada internacional (salvo el caso de flagrante agresión que



obligue al agredido a responder en defensa propia, que también ha de ser convalidada por el Consejo). Ahora el Imperio decide sobre la paz y la guerra atendiendo a sus intereses y ambiciones.

Estados Unidos y la "coalición" no sólo actuaron sin el acuerdo del Consejo de Seguridad sino, precisamente, estando en marcha el proceso pacífico de desarme a Irak (vía los inspectores), que el propio Consejo había acordado en noviembre último. Tal violencia de la norma internacional subraya el carácter arbitrario y unilateral del ataque. No obstante, conforme al *gang* en el poder de George W, Bush, el Consejo de Seguridad no asumió su responsabilidad y por eso decidió Estados Unidos actuar "para salvar el orden internacional". En ese sofisma el sentido común se invierte y es el delincuente quien salva la ley, aún cuando sus acciones no sean autorizadas por la instancia única de legitimación de las acciones militares en el mundo. El llamado "fracaso de la diplomacia", en buena lógica, no significa otra cosa que el Imperio colocándose por arriba de la comunidad de naciones. Si recibe su incondicional apoyo y se declaran sumisos, el Imperio tolera a otros Estados; de otra forma los atropella, ofende y hasta destruye. Estados Unidos asume el significado profundo de la política según el nazi-fascismo: la relación amigo-enemigo que se decide unilateralmente y condiciona las "guerras preventivas".

El poderío militar de Estados Unidos significa una permanente intimidación a la comunidad internacional y la capacidad global de amenazar, presionar y extorsionar a otros Estados. Por supuesto, el mundo globalizado de carácter neoliberal, en manos de las corporaciones y de sus empleados gubernamentales, se dobla ahora en una "globalización del terror bélico".

Pero también la expansión de ese poderío militar y de la "guerra contra el terrorismo" ha vulnerado gravemente el sistema de los derechos humanos efectivos, desde luego en Estados Unidos. La creación de tribunales militares y la detención ilegal de ciudadanos "sospechosos" hoy se convierte en práctica diaria en ese país. Las ambiciones imperiales atropellan en primer lugar a la propia ciudadanía y a la de otras regiones del mundo.

Ya lo hemos dicho: la operación planetaria de dominio del Imperio utiliza un amplio aparato publicitario y de información global. En vista de la enorme tecnología desarrollada en el campo de las comunicaciones, la eficacia de ese control despótico encarna uno de los mayores peligros para la civilización: el mundo es bombardeado a diario por la mentira y por un lenguaje que ha perdido toda significación, y que únicamente puede ser leído en las claves de los intereses del Imperio. Aparato publicitario que penetra también en el mundo de la cultura y la creación intelectual. Las creaciones intelectuales son objetos de compraventa, y su rango se mide por el impacto mercantil y no por la calidad de su contenido. El Imperio procura a toda costa apoderarse del alma y el pensamiento de sus súbditos y sometidos.

Pero debe decirse que los dirigentes del Imperio han iniciado el camino de un aislamiento universal que será su cruz y calvario. En primer lugar respecto a la opinión mundial que inicia otro ciclo intenso de repudio a la violencia, a la arbitrariedad y a los afanes de dominio imperial, y no sólo por parte de la opinión pública más general sino también por la más concreta de un buen número de Estados, partidos políticos y organizaciones sociales a lo largo y ancho del mundo.

Los crímenes actuales del Imperio han resultado en el debilitamiento de Naciones Unidas, en la división de la Unión Europea y de la OTAN, en el repudio del mundo árabe y de las

otras grandes potencias del Este y del extremo oriental: Rusia, India, China, sólo para mencionar los más notables. La arrogancia del Imperio representa para el mundo un peligro intolerable y será combatido tercamente en todas las regiones del planeta (sin excluir la proliferación de nuevas acciones terroristas).

Se ve claramente ahora: la "coalición" invasora de Irak procura reducir a la ONU al rango de mero cuerpo técnico de servicios humanitarios. Ningún papel relevante para el organismo en el tema de la "reorganización" política de Irak. Y tampoco, por supuesto, en su reconstrucción material (los negocios son de las empresas de la hiperpotencia, que no permitirá siquiera a sus socios-subordinados en la aventura beneficiarse del pastel). Es claro que el incremento en flecha de los presupuestos en armamentos beneficia a unos cuantos consorcios, así como la llamada "reconstrucción" material de Irak.

Por lo demás, resulta evidente que la política de control planetario de Bush subraya el abandono de los problemas internos de su país, que necesariamente afectarán a la población de menores ingresos, a pesar de que el complejo militar-industrial se lleve la "tajada del león" en los contratos que se derivan de esta guerra. El incremento del desempleo en Estados Unidos es uno de los mayores problemas a que se enfrenta el gobierno de George W. Bush, así como los cortes drásticos a los presupuestos en educación y salud. Desafortunadamente muchas voces que debían protestar por esta situación se hallan ahora silenciadas por el miedo a parecer antipatriotas. Los "halcones" del gobierno Bush y sus aliados en el Congreso han liquidado una tras otra las propuestas para mejorar los niveles de vida de los estadounidenses y, al contrario, los han debilitado gravemente.

La sombra de las dificultades económicas se suma a la realidad del desastre político y moral de los actuales dirigentes de la Casa Blanca, y los coloca en el peor de los mundos. Con un poco de perspectiva, las mayorías de los ciudadanos estadounidenses, cuando conozcan los costos de esta guerra innecesaria, infinitamente superiores a los cálculos iniciales, en todos los planos, incluidos sus propios niveles de vida y el desprestigio mundial, podrían deparar a Bush hijo el mismo destino que corrió Bush padre, al que hace diez años decidieron no reelegir, a pesar de su victoria en "Tormenta del Desierto".

Claro está que la construcción de los pretextos para una "guerra perpetua", como vimos al inicio de este ensayo, ha representado desde hace décadas una de las operaciones más jugosas y redituables de las corporaciones del Imperio y sus gobiernos. La "guerra perpetua" consiste en el montaje permanente de "enemigos amenazadores" que ponen en "peligro" la integridad de Estados Unidos y de los estadounidenses, y por extensión del "mundo libre y la democracia". Han sido recientemente Afganistán e Irak..., que apenas son los primeros de la lista, y que todo indica serán seguidos en el futuro por otros de los integrantes del "Eje del Mal". En la década de los ochenta "Satán" y sus agentes encarnaban en la Unión Soviética y en los demás países de economías centralizadas. Ahora el "Eje del Mal" se ha disminuido ya en número con las invasiones a Irak y Afganistán, pero quedan otros: Siria, Irán, Corea del Norte, Libia, Somalia..., y por supuesto Cuba.

En la "lógica" del Imperio nada indica que pondrá un alto a sus pretensiones de dominio sino que seguirá adelante irrefrenablemente. ¿Los próximos?: Siria e Irán, para que el Imperio consume su control del Medio Oriente y de Asia Central estableciendo un continuo que iría del Mediterráneo a los grandes depósitos de hidrocarburos en Asia central y, militar y políticamente, para terminar su asedio por el sur a Rusia y China y por el norte a la India. Por supuesto, el caso de Corea presenta dificultades adicionales por su vecindad con China. Por lo pronto pudiera llegarse a una provisional negociación política que impida, en un plazo previsible, la "liquidación" de Corea del Norte, y es que son muchos los intereses económicos que vinculan a China y a Estados Unidos; en el mediano y corto plazo no parece factible que se llegue a un ajuste de cuentas en la frontera del país más poblado de la tierra.

Con Siria e Irán la cuestión pudiera plantearse con relativa brevedad, aprovechando el impulso de los "halcones" que presentarían estos "casos" como una extensión de la guerra contra Irak. Por supuesto, ya se han puesto a circular los previsibles

argumentos: Siria almacena armas de destrucción masiva, químicas y biológicas, además de que patrocina a grupos terroristas del Medio Oriente como Hamas y Hezbollah. Resulta además intolerable que sea gobernada por un dictador antidemocrático que, por añadidura, ejerce el intervencionismo del Estado en la economía. Otro tanto se elabora ya respecto a Irán, señalándose sus vínculos con Al-Qaeda y su colaboración con la resistencia en Irak. No son operaciones que se puedan construir de la noche a la mañana pero, una vez tomada la decisión, recibirán todo el "vapor" publicitario que conocemos, con la participación abrumadora de los medios de comunicación. La verdad es lo de menos, lo importante es construir la verdad a fuerza de repetir embustes con la ayuda de las imágenes que transmiten los satélites a todos los puntos de la tierra.

Cuba parecería salir del esquema estratégico general de dominio en el Medio Oriente y en Asia Central. Pero por otros motivos cobra una relevancia singular dentro de los proyectos agresivos del Pentágono. En primer término por tratarse de un viejo diferendo que, desde hace más de cuarenta años, no han podido "resolver" los sucesivos gobiernos del Imperio, no obstante la aplicación de una política permanentemente agresiva y violatoria del derecho internacional. El bloqueo económico y los actos de terrorismo, incluyendo innumerables proyectos magnicidas, han caracterizado el perpetuo propósito de reconquista y recolonización de la isla por parte del poder estadounidense.

Detrás de esta insidia se encuentra uno de los *lobbys* con mayor fuerza en las últimas décadas en Estados Unidos: el de los inmigrantes cubanos con principal residencia en Miami. Grupo mafioso y activo que ha logrado situar a representantes suyos en puestos importantes del gobierno Bush, y que parecen tener luz verde para realizar su cometido, con apoyo de los jefes de la Casa Blanca. No en balde el fraude electoral que llevó a Bush hijo a la presidencia se consumó principalmente en Florida, con el evidente apoyo del gobernador, hermano del Presidente. Los más agresivos grupos de Miami le exigen ahora a George W. el pago por las triquiñuelas que lo ayudaron a escalar a la presidencia. Es significativo que recientemente el Departamento de Estado volviera a insistir en la inclusión de Cuba entre los "Patrones del Terrorismo Mundial", que por cierto ya mereció una rotunda refutación punto por punto por parte del gobierno de Cuba.

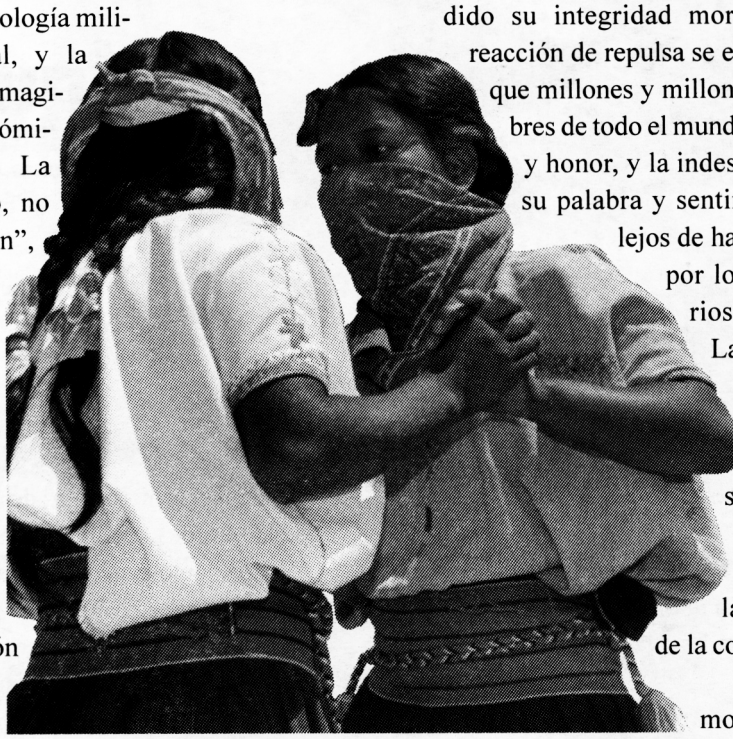
Se ha suscitado, otra vez, una agria polémica de carácter político e intelectual en torno al gobierno de Fidel Castro, por las condenas de cárcel y aun penas de muerte que se aplicaron recientemente en la isla conforme a sus disposiciones legislativas. Creo sin embargo que la cuestión —con respeto a las opiniones sobre este caso de quienes militan en contra de los designios imperiales— trasciende ese punto, con toda la importancia que se atribuya a los hechos. Lo que verdaderamente está en la orden del día es el peligro inminente de "otra" aventura estadounidense que incluya una posible intervención militar en Cuba. Tal es la situación y el peligro real a que nos enfrentamos los latinoamericanos y todos los hombres de buena fe en el mundo. ¿Qué se pretende hacer con Cuba? ¿Enviar un proconsul a la manera de Afganistán e Irak? ¿Se trata de destruir los avances sociales de la Revolución Cubana en nombre de los mercaderes de Miami y de las corporaciones de Estados Unidos? ¿Se procura otra vez convertir a Cuba en un prostíbulo de ese país, con el poder entregado a las mafias de todo tipo?

Hoy la defensa de Cuba significa la defensa de la soberanía de un Estado libre de América Latina, y es la defensa de su autodeterminación. Tal es el punto de inflexión y la verdadera batalla que se efectúa y que sin duda se efectuará en los días, meses y años por venir. No nos equivoquemos. Sí, expresemos nuestras opiniones libremente pero sin perder de vista que se trata de un nuevo intento de dominación por parte del Imperio, y que en ello se juega también el futuro de las naciones latinoamericanas.

Al terminar estas líneas me doy cuenta que he dibujado un panorama mundial bastante sombrío que habría resultado de la invasión a Irak,

confirmándose la voluntad permanente de dominio mundial del gobierno de Estados Unidos.

Es así y no debe asombrarnos. Muchas veces en la historia han surgido imperios..., pero también han terminado y a la postre fracasado. A lo largo de la historia el hombre ha demostrado que los intereses concentrados y las circunstancias lo convierten provisionalmente en esclavo, pero por un tiempo limitado que, precisamente en la historia, resulta transitorio. Hay muchos signos de que lo mismo ocurrirá en el caso de un Imperio que tiene en sus manos los más extremos avances de la tecnología militar y comunicacional, y la mayor concentración imaginable de recursos económicos y financieros. La historia, sin embargo, no ha llegado "a su fin", como lo han sostenido algunos voceros del mismo Imperio.

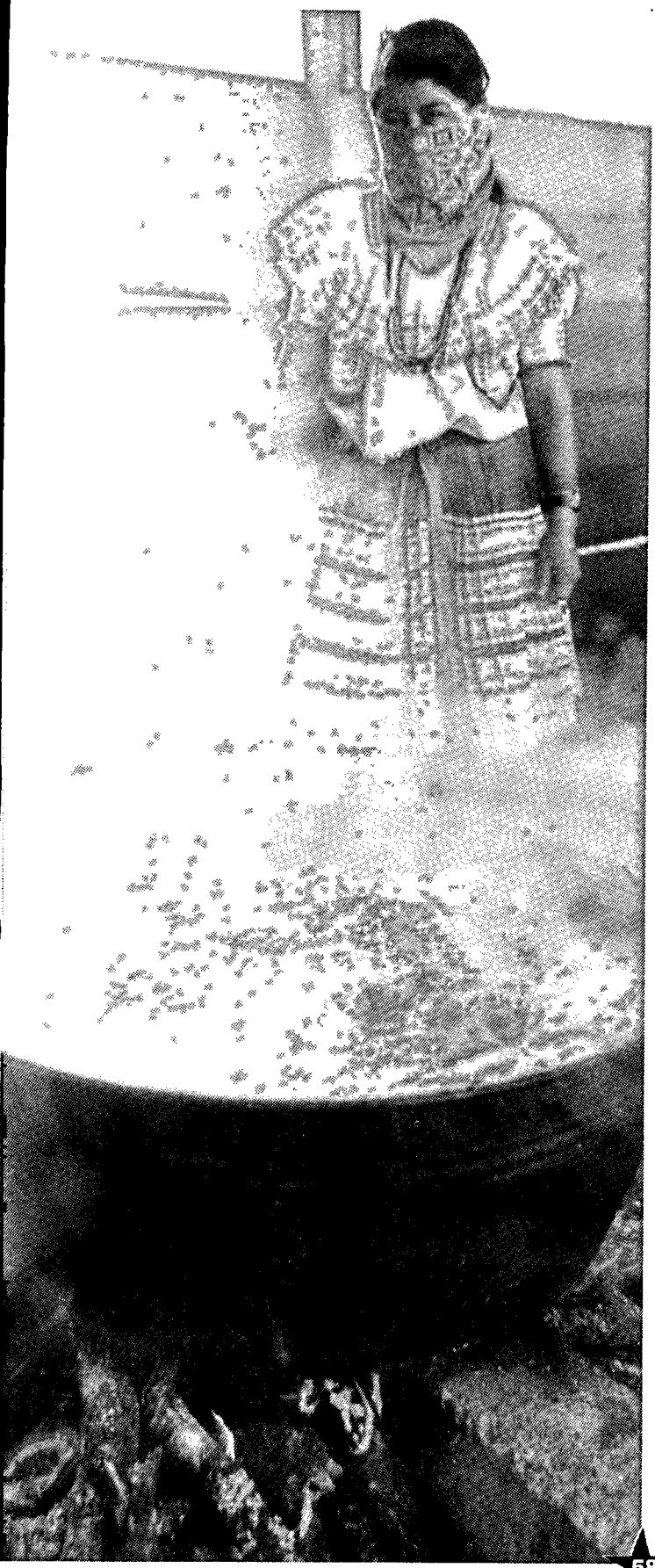


Que precisamente por sus desmesuradas ambiciones ha propiciado ya en el mundo una ola de críticas y una dura oposición en ascenso. La avalancha de la opinión pública mundial condena los designios imperiales del gobierno de Estados Unidos, y George W. ha logrado el milagro de que gente de todos los continentes de las más diversas ideologías, religiones y clases sociales se le opongan militantemente. Ha logrado el milagro de unificar en contra suya a la humanidad entera. Resulta que el mundo, a pesar de la masiva coordinación de los aparatos publicitarios de las corporaciones y del gobierno del Imperio, y de la fastidiosa repetición de *slogans* y falsedades, sigue siendo tan plural y diverso como era de esperarse en una humanidad que cuenta ya con más de 6 mil millones de personas. Esa reacción nos muestra que el Imperio se ha topado con una resistencia inesperada que honra al mundo y a la humanidad.

Ante el espectáculo de una invasión genocida hemos visto también que, en las calles de prácticamente todas las ciudades del planeta, se expresa poderosamente el repudio a la agresión y al crimen, haciéndonos ver que la dignidad, la vergüenza y el honor siguen siendo marcas indelebles de lo mejor del género humano, y que el intento de uniformar a la sociedad es una de las tentativas frustradas y más viciosas de que se tenga noticia en la historia. Los hombres y las mujeres de todas partes no están regimentados por los grandes intereses económicos y políticos, ni han perdido su integridad moral. Al contrario, la reacción de repulsa se expresa en el hecho de que millones y millones de mujeres y hombres de todo el mundo afirman su dignidad y honor, y la indestructible variedad de su palabra y sentimientos, y que están lejos de haber sido esclavizados por los aparatos publicitarios y de comunicación. Las mujeres y hombres de hoy se salvan por su oposición a cualquier forma de opresión e indignidad; en suma: por la *libertad* efectiva que encarna la más alta expresión de la condición humana.

El repudio político y moral y el desprestigio son pues cosechas que recoge la aventura guerrerista del Imperio, que en apariencia seguirá afirmándose durante un tiempo pero que en el corazón de la historia desaparecerá más temprano que tarde de cualquier escenario, en bien de la humanidad. Y en esta tarea el pueblo de Estados Unidos jugará un papel primordial.

Este levantamiento unánime contra el crimen y la prepotencia nos reconcilia con nuestro tiempo y nos permite pensar que los escenarios cambiarán y que serán para el bien de todos. Este levantamiento masivo de pueblos y opiniones en rechazo de la dominación Imperial se convertirá cada vez con mayor fuerza en acción política liberadora, y eso no deja de ser alentador en nuestros días. ★



Pueblos Indios:

historias negadas, pero no aniquiladas

Felipe. I. Echenique March

Desde los primeros días de 1989, algunos sectores de la burguesía nacional, de Estados Unidos y de Canadá, junto con los altos círculos de la burocracia mexicana que encabezaba Carlos Salinas de Gortari y sus voceros oficiales y oficiosos, esperaban el 1 de enero de 1994 ya que la suponían como fecha de llegada y, al mismo tiempo, de partida en la readaptación de la economía mexicana dentro del sistema mundial.

Burguesías y burocracias se habían propuesto que esa fecha sería el límite hasta el que debían llegar algunas líneas históricas de la Revolución mexicana, tales como el reconocimiento de dotaciones y ampliaciones de tierras a los núcleos agrarios, la inalienabilidad e imprescriptibilidad de las tierras comunales y ejidales; las restricciones al clero para realizar actos públicos y tener personalidad jurídica propia para actos de dominio y de actuación política; el mantenimiento de políticas públicas de restricción a las importaciones a través de la imposición de aranceles; en fin, el sostenimiento y enriquecimiento de un nacionalismo que diera posibilidades de vida independientes y soberanas.

Esas líneas que había impuesto la Revolución mexicana —aunque en muchos casos incumplidas o escamoteadas, pero puestas en la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, en sus leyes reglamentarias y secundarias, que de una u otra manera eran aliento para legitimar los reclamos sociales de los pactos establecidos y sancionados constitucionalmente— eran consideradas por las burguesías y las burocracias tecnocratizadas como viejos lastres históricos que impedían la "modernización de las relaciones sociales y de los aparatos productivos", y en consecuencia, el despegue de la economía nacional y la inserción de México dentro de los países del llamado primer mundo.

Las reformas constitucionales en principios tan sustantivos como los de la tenencia de la tierra y de la relación del Estado con las iglesias, fueron objetivos a alcanzar durante la legislatura en turno. Las reformas a los artículos 27 y 130 de la Constitución se convirtieron en emblemáticos para las altas capas de las burguesías, de las burocracias y sus voceros, toda vez que para ellos suponía abandonar los "viejos lastres históricos".

Dichas reformas fueron acompañadas de otros tantos cambios en la orientación de las políticas públicas, dada la aceptación e impulso del tratado de "libre comercio" entre México, Canadá y Estados Unidos. El cual rebasaba con mucho los tratos arancelarios y de desgravación de importaciones y exportaciones, ya que imponía condiciones para las producciones subsidiadas o controladas por el Estado mexicano llegando incluso a entrometerse en condiciones de producción, circulación y consumo de otros tantos productos nacionales en aras de igualar, se decía, toda la producción para obtener condiciones equitativas en el mercado regional.

Tan bien se apegó la burocracia nacional a los dictados de Estados Unidos y Canadá, que como premio se dijo que México podría ingresar el 1 de enero del 1994 a la Organización Mundial del Comercio.

El 1 de enero de 1994, se convirtió, tanto para burguesías como para burocracias en fecha emblemática y paradigmática, punto de llegada y de partida en la historia de lo que quedaría de la vieja República mexicana y lo que se quería que fuese México.

El 1 de enero de 1994 sería una fecha que se esperaba con júbilo y en la cual, según se decía, reinaría lo que el Ejecutivo federal denominaba eufemísticamente el "liberalismo social", para ocultar la procedencia doctrinaria del nuevo modelo administrativo y depredador del capitalismo que desde entonces ya se denominaba como neoliberalismo.

Si el primero de enero de 1994 era algo esperado por una caterva de funcionarios, burgueses y voceros oficiosos, todo ese sueño guajiro terminó desfondándose cuando, en las primeras horas de ese mismo día y año, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional tomó por asalto y por sorpresa la ciudad de San Cristóbal de las Casas y los municipios de Las margaritas, Altamirano y Ocosingo y cuya principal consigna fue: ¡Ya basta! para los Tzotziles, Tojolabales, Mames, Zoques, Choles, Tzeltales, Mestizos. ¡Ya basta! de negar a los Pueblos originarios, ¡Ya basta! de la indiferencia y el olvido. ¡Ya basta! de su explotación ¡Ya basta! de su marginalización.

El grito y las armas esgrimidas por aquellos Pueblos del sureste mexicano emergían como los verdaderos detonadores de un cambio para millones de mexicanos. Un cambio profundo, en cuanto que mostraban que a pesar de todo lo actuado, dicho y escrito, los Pueblos Indios seguían estando aquí; que no habían desaparecido y, mucho menos, que se habían subsumido hasta quedar aniquilados dentro de los órdenes que impusieron, primero, los colonialistas españoles y, luego, los colonialismos nacionales. Estos últimos a través de la prédica del triunfo del mestizaje habían intentado negar, olvidar y desaparecer a los Pueblos Indios.

El ¡Ya basta! de la selva Lacandona, que inmediatamente esparció sus ecos y adhesiones entre indios y no indios en todo el territorio nacional, e inclusive internacional, contradecía las querencias de las burguesías nacionales y trasnacionales, de sus operarios dentro de los aparatos gubernamentales y de sus voceros, y exhibía plenamente la incomprensión y el desprecio que ejercían los grupos alzados con los poderes públicos, por esa realidad, que, aunque marginalizada y olvidada, seguía estando viva, actuante y demandante de su legítimo derecho a existir. Por ello, su lucha se convirtió también en emblemática para

millones de mexicanos que reclamaban el derecho a ser escuchados y tomados en cuenta en las decisiones, en lo que a la política nacional e internacional se refiere.

El ¡Ya basta! del 1 de enero de 1994 era la respuesta clara y diáfana de los negados, olvidados y marginalizados por los grupos alzados con los poderes públicos. Todo lo que se había hecho para negarlos, olvidarlos, marginalizarlos no fue suficiente para aniquilarlos; porque han sabido de una u otra manera conservar redimensionadamente los complejos e intrincados lazos de cohesión histórico-sociales que los hace seguir siendo ellos, reclamando sus derechos históricos para continuar con sus historias, por ser nada menos, pero nada más: los originarios y primeros pobladores y detentadores de estas tierras que hoy dan cabida a todos los mexicanos.

Ese simple hecho, que no tiene nada de elemental, es suficiente para preguntarnos si hemos entendido bien nuestro pasado como nación pluriétnica y pluricultural.

Pueblo, qué implica, qué significa.

Es posible que para quienes no somos "indios", sea muy difícil comprender qué es y qué significa para ellos ser Pueblos y vivir dentro de éstos. Debe ser algo más que vivir y formar parte de un poblado, de una comunidad agrícola, ganadera, etcétera, adscrita por el sistema mexicano a un municipio o un estado de la República; tener una lengua común, poseer algunos tipos de vestimenta e incluso de usos y costumbres locales, sistemas de reciprocidad y relaciones de parentesco, que pueden ser descritos por los antropólogos o los etnógrafos.

Durante cinco siglos de colonialismos a los indios se les ha querido sujetar a ciertos criterios de identificación y clasificación. Con base en esto, los colonialistas los han tratado y maltratado. Pero lo anterior no implica que esos criterios y sus derivados sean los que rigen el mundo interno y externo de los indios. Como tampoco que hoy los indios convengan con esos criterios para identificarse en sus realidades íntimas o de relaciones con el exterior, ni mucho menos que estén de acuerdo con tales criterios para adscribirse y ser parte de tal o cual Pueblo, que no poblado. ¿Acaso conocemos los criterios que ellos mismos pudieran utilizar y establecer para adscribirse o no a tal o cual Pueblo? ¿Alguna vez se les ha preguntado al respecto?

Pese a nuestras ignorancias y limitaciones en la comprensión de la realidad india, lo que hoy está claro es que para los indios reclamar el reconocimiento de ser Pueblos, no es sólo un acto de apego o de seguimiento a las tradiciones cristiano-occidentales, ni una postura retórica o discursiva, sino una demanda de existencia justa y digna, de la posibilidad de construir junto con el resto de la sociedad mexicana un nuevo orden de relaciones sociales, políticas, económicas, etcétera, que los incluya digna y justamente en esta nación que se reconoce pluricultural y pluriétenica.

Es muy probable que los que hoy reclaman ser reconocidos como Pueblos no lo hagan siguiendo y obedeciendo los parámetros e historias que ha impuesto occidente para un selecto grupo de Pueblos, dadas las implicaciones que a trasmano y bajo subterfugios acuerda —occidente— en dicha adjetivación sustantivizada: derechos específicos de autonomías y autodeterminación en territorios específicos. Sin embargo, las sociedades Indias toman justamente esas implicaciones para hacerlas suyas y exigir, después de más de cinco siglos de colonialismos pero también de afirmar su propia existencia específica, sustantiva y diferenciada, el derecho a ser reconocidos como Pueblos, como Pueblos no occidentales, pero sí de esos otros Pueblos que occidente ha negado sistemáticamente y que, pese a esto último, siguen existiendo en forma autónoma, sustantiva y diferenciada de los formados y reconocidos por occidente.

Entran así al terreno de los otros para, desde ese espacio ajeno, disputar su reconocimiento, su legítima existencia histórica, su justeza y dignidad para seguir siendo ellos, bajo sus propios designios, sus propios proyectos a futuro, que de suyo nunca han dejado de ejercer. Por ello están aquí y ahora, aunque con limitaciones y problemas ocasionados por los órdenes coloniales que no cejan en sus intentos por desaparecerlos.

Los Pueblos Indios exigen así congruencia a principios que aún y con todo lo que predica occidente de ellos, los terminan negando sistemáticamente para los otros.

En el ámbito internacional actual, la designación de Pueblo no cuenta con una doctrina, mucho menos con una normativa internacional que coagule en una jurisprudencia, que permita sentar derechos y obligaciones para los interesados en acogerse a dicha designación, así como para los propios países colonialistas. Sin embargo, existe el consenso entre especialistas, reclamantes y países colonialistas, de que la aplicación de dicha categoría implica necesariamente el reconocimiento de autonomía y autodeterminación para quienes lo reclaman. De ahí los rodeos de los sectores o grupos colonialistas para establecer una normatividad clara y consensuada del concepto de Pueblo.

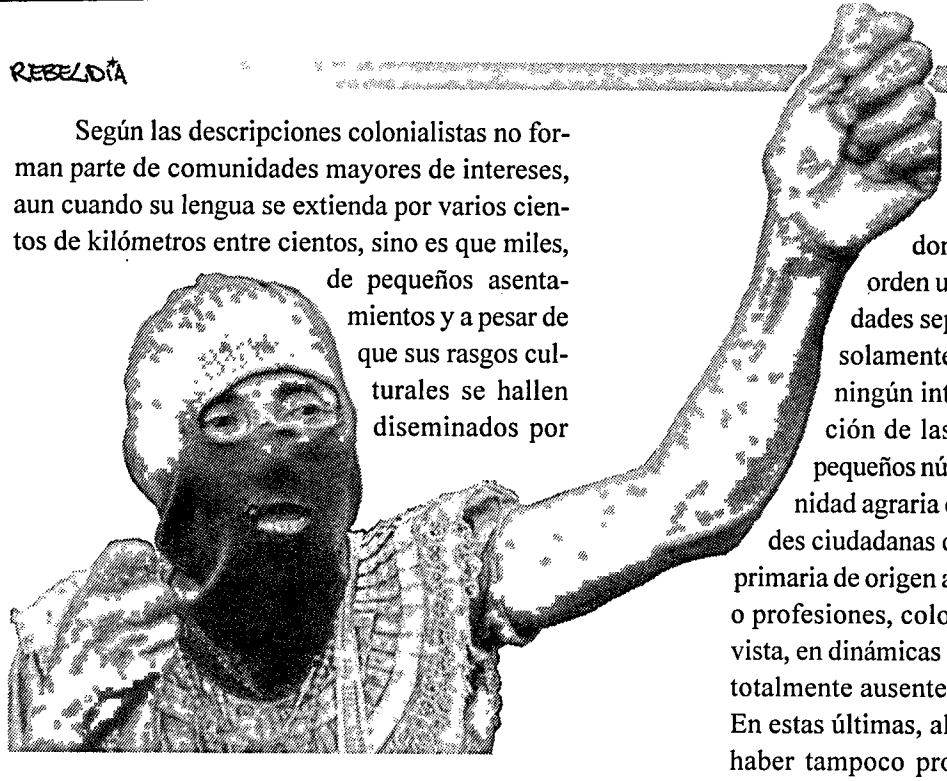
Pero además de ello, también han distorsionado las historias de los Pueblos que han intentado someter o dominar, comenzando por negarles dicha adjetivación sustantiva e imponiéndoles los simples calificativos de etnias, comunidades, grupos campesinos o de cazadores recolectores, tribus o, en el mejor de los casos, el de clanes, pero nunca les reconocen que fueran y sigan siendo Pueblos en el sentido de sus trayectorias e implicaciones.

Esa actuación de los sectores o grupos colonialistas ha construido buena parte de esas historias de rodeos y escamoteos para negar los legítimos derechos de los otros a ser Pueblos o, lo que es lo mismo, el derecho legítimo a su autonomía y autodeterminación en cuanto a su pasado, presente y futuro, dentro de sus tierras y territorios.

En el Diccionario de la Real Academia Española, la noción simple de comunidad no tiene una definición básica que la explique e implique por sí misma. Es un término que no se define por su sustantividad, sino porque está en relación con su opuesto: lo privado (calidad de común de lo que, no siendo privativamente, pertenece o se extiende a varios) o por su extensión (común de algún pueblo, provincia o reino), por sus implicaciones (junta o congregación de personas que viven unidas bajo ciertas constituciones y reglas, como los conventos, los colegios), por amplitud o extensión (común de los vecinos de una ciudad o villa realenga de cualquiera de los antiguos re*inos de* España, dirigido y representado por su consejo).

Por lo visto, el diccionario aludido no atina a definir lo que pudiera ser por sí mismo sustantivo y prefiere mantenerlo como término indeterminado, tan general y disperso que puede haber comunidad de chicanos, de chatinos, de médicos, de naciones unidas, de comunidades gremiales. Esto es, que por sí misma la comunidad no es casi nada y sólo lo es cuando se le añaden los sujetos que la caracterizan. Así las adjetivaciones de las comunidades son las que las definen y ubican su importancia. Por ejemplo: la comunidad de naciones unidas o estatales dentro del derecho internacional, tienen subjetividad interna y externa. Así podríamos seguirle con las comunidades nacionales y sus derivados, pero las comunidades indígenas, siguiendo el esquema anterior, sólo son objeto de estudio, de observación, de ser "protegidas", "auxiliadas" o de ser tratadas "paternalmente".

Lo anterior se debe a que primeramente se les ubica en una localidad restringida dentro de un área geográfica mayor, no formando más que parte de la naturaleza, como una parte más de una inmensa naturaleza que las envuelve y las domina.



Según las descripciones colonialistas no forman parte de comunidades mayores de intereses, aun cuando su lengua se extienda por varios cientos de kilómetros entre cientos, sino es que miles, de pequeños asentamientos y a pesar de que sus rasgos culturales se hallen diseminados por esa o por una mayor cantidad de kilómetros cuadrados. Todo eso es accidental y casual, rezan los colonialistas, porque no mostraron capacidad de concentración urbana, de reunión de poderes, de ceremonias, etcétera.

Su dispersión los condena a seguir siendo sólo comunidades diseminadas y fragmentarias a las que hay que tratar como tales para que algún día se integren y formen parte de esos pueblos desarrollados que sólo se realizan a través de las grandes urbes, de la "unión" de riquezas, "del poder", etcétera.

El reconocimiento de las comunidades nunca rebasa las localidades, aun cuando se pueden apreciar rasgos socio-culturales, lingüísticos, de parentesco y reciprocidad que se extienden mucho más allá del área de identificación. Esa simple amplificación de rasgos socio-culturales, de parentesco, etcétera, nunca resultan en la consideración de que forman comunidades efectivas de intereses y de acción o, como diría Max Weber, una comunidad efectiva a la que, según ese mismo autor, se le debe reconocer como nación o Pueblo.

Tratar a los integrantes de los Pueblos Indios como comunidades campesinas, sería tanto como seguir abonando los considerandos anteriores, aunque enriquecidos por los prejuicios occidentales de que son las antípodas naturales de las comunidades urbanas y, por lo tanto, ciudadanas.

Luego entonces, la antípoda de lo urbano es lo rural, los espacios inmensos del campo donde la dispersión y la falta de un orden urbano crea un orden de comunidades separadas, estáticas, relacionadas solamente con los ciclos agrícolas y sin ningún interés más que el de la satisfacción de las necesidades básicas de esos pequeños núcleos campesinos. Así, la comunidad agraria es la antípoda de las comunidades ciudadanas que trascienden esa comunidad primaria de origen al adscribirse a gremios, oficios o profesiones, colocándolos, según ese punto de vista, en dinámicas de cambio constante, elemento totalmente ausente en las comunidades agrarias. En estas últimas, al casi no haber nada, no puede haber tampoco programas políticos, sociales y mucho menos históricos.

Por su parte, el término etnia es tan indefinido como el anterior e igualmente cargado de prejuicios. Como tal, el término etnia no tiene una definición en el diccionario mencionado porque quizás, pese a todo, el de la Real Academia no ha llegado a aceptar —como sustantivo femenino— una acepción que en las propuestas de su definición contiene una contradicción irresoluble, tal y como se puede ver en las que han realizado diccionarios como el Grijalbo o el Larousse, que se refieren "a una agrupación natural de individuos con características propias. [Donde] son criterios determinantes la lengua, la conciencia étnica, las diferencias reales, culturales, políticas y económico-sociales, así como determinadas contingencias históricas". (diccionario Grijalbo)

¿Acaso hay agrupaciones humanas naturales? Quizá la valoración de este término quede más claro si presentamos lo expuesto por Max Weber sobre este particular: "La colectividad 'étnica'se distingue del 'Clan' en que, en sí misma, no es más que una 'colectividad' o grupo (crecido) y no 'comunidad' efectiva como el clan, a cuya esencia pertenece una acción comunitaria efectiva. El grupo étnico (en el sentido que aquí se toma) no es en sí mismo una comunidad, sino tan sólo un 'momento' que facilita el proceso de comunización. Actúa fomentándolos, en los más diferentes tipos de comunización, sobre todo en la política, según nos muestra la experiencia". (p. 318-319)

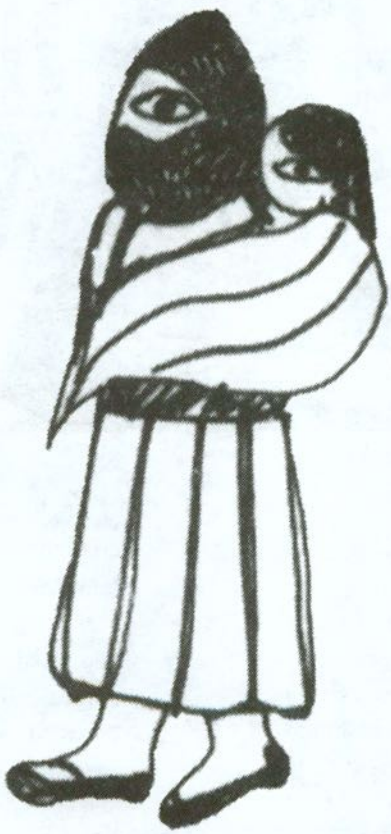
Por lo tanto, la etnia es algo que todavía no es: no es clan, no es comunidad de fines, no es nación, no es pueblo; es, en todo caso, un momento natural que posibilitará, pero nunca llegará a ser por sí mismo, una comunidad de intereses que termine en Clan, Pueblo, Nación o Estado.

Mantener, pues, la designación de grupos o comunidades indígenas, campesinas o etnias es tanto como mantener el sabotaje a las historias de los Pueblos Indios.

No hay duda que por historia y tradición los que hoy se reivindican como Pueblos Indios, poco tienen que ver con la tradición cristiana occidental, pero aun y desde esa otra antípoda todavía desconocida para muchos occidentales, mantienen su legítimo reclamo para seguir siendo ellos. Congruencia y dignidad, pocas veces vista y reconocida en occidente y que bastarían para comenzar a pensar de otra manera nuestro pasado y nuestras posibilidades de futuro.

Origen de los prejuicios.

A los Pueblos Indios los hemos visto como querían que los miráramos los conquistadores: como pequeñas aldeas, minúsculos núcleos poblacionales, colectividades campesinas que nunca pasaron de la atomización y la dispersión, dominados por pequeñas pero poderosas castas de demoníacos sacerdotes o guerreros, que extraían de ellos tributo, y los sometían hasta la ignominia del desprecio por la vida humana a través de la aceptación resignada de todo tipo de sacrificios humanos, sin una vida social y de fines que les permitiera actuar como verdaderamente "seres humanos". Porque las más de las veces nos los presentan como seres hieráticos e inactivos hasta la ignominia, al punto de permitir cualquier tipo de vejaciones incluso sobre sus propias personas.



Según la consigna conquistadora no eran Pueblos, aunque hubiese pueblo. No eran más que pobladores autómatas, sometidos a las rutinas del campo o de algunos oficios y a las castas de militares o de sacerdotes. Por ello, siempre fueron presentados, y esto llega hasta nuestros días, como individuos sumisos, obedientes, abyectos, flojos, holgazanes, sometidos a los vicios del alcohol, la carne y la satisfacción de las necesidades más inmediatas.

A los que mayor "organización social" o policía mostraban —como decían en aquellos tiempos—, a las organizaciones político territoriales más deslumbrantes o equiparables en alguna medida con la de los invasores y conquistadores, se las denominó monarquías o reinos que tenían sus orígenes en tribus peregrinas venidas de fuera no hacía muchos años, razón por la cual, no constituían verdaderos Pueblos.

Visión de conjunto que, además de ubicar convenientemente para los conquistadores las realidades a conquistar, justificaba plenamente sus acciones depredadoras y su objetivo de total aniquilamiento de las historias y proyectos de los Pueblos conquistados.

Pero a cinco siglos de la llamada conquista espiritual y militar podemos estar seguros de que las descripciones de los conquistadores de aquel mundo indio se apegaban en algo a la realidad preexistente. En verdad hay en las descripciones de los conquistadores certeras y completas descripciones etnográficas o antropológicas, de las cuales pudiéramos desprender una real comprensión de aquel mundo.

Deberíamos preguntarnos seriamente ¿si los conquistadores españoles, legos y soldados, tendrían algún tipo de apremio o necesidad imperiosa para saber o tratar de entender, lo más fielmente posible, las formas y las maneras en que los Pueblos Indios establecían sus relaciones entre ellos, al interior de ellos, con la naturaleza y las maneras como las entendían, aplicaban e implicaban en los distintos órdenes de sus organizaciones histórico-sociales?

En ese mismo tenor de preguntas: ¿los conquistadores estaban capacitados física e intelectualmente para comprender las realidades histórico-sociales con las que se toparon de golpe y porrazo?

¿Cuántas de esas llamadas "nuevas realidades" fueron asimiladas y proyectadas por los conquistadores de la única manera en que lo podían hacer, por medio de construcciones analógicas, del establecimiento de sistemas comparativos que siempre parten de los paradigmas preestablecidos y que finalmente modelan y modulan las realidades que pretenden descubrir y describir, transmitiendo imágenes totalmente desfiguradas?

En fin ¿cuánto de lo que vieron y describieron los conquistadores y, luego, trabajaron los juristas y teólogos tenía que ver con las realidades existentes entre estas otras humanidades?

Hay que responder con mesura, con cuidado, con una cautela hasta hoy no experimentada por las ciencias sociales. Habrá quienes, siguiendo las inercias del pensamiento colonialista, acepten o nieguen las proposiciones establecidas por los conquistadores; otros más iremos aplicando reparos dignos de un mayor relativismo, pero entre una y otra postura podemos descubrir que, a cinco siglos de haberse iniciado el proceso de conquista y dominación de los Pueblos Indios, no hay una corriente de estudio que tenga por principio la duda metódica, el cuestionamiento de lo escrito y descrito por los conquistadores.

La letra escrita y muchas veces su puesta en moldes de imprenta le asigna a lo descrito un grado de certeza y verosimilitud que nunca se le da a la propia existencia y presencia de los Pueblos Indios; éstos, sin documentos y papeles que nosotros podamos entender, tienen algo más valioso y duradero para refutar lo que sobre ellos se ha escrito: su propia presencia y el valor histórico para seguir reclamando su propia existencia en un trato digno y justo.

La lógica histórica de los colonialistas ha impuesto la visión de que la conquista espiritual, a la par que la armada, fue de una u otra manera un éxito, porque terminó erradicando las bases mismas de los mundos preexistentes a la conquista española. Aunque en dicho triunfo apunten con cierto "rubor" una nueva degradación de los convertidos, afirmación que no describe nada pero sí exigía el mantenimiento de las instituciones y disciplinas coloniales, para que no se terminara perdiendo lo redimido.

Pero, ¿realmente la conquista y dominación colonial fue todo un éxito, en el sentido de que sepultó y terminó con los mundos materiales y espirituales con los que se toparon los españoles al finalizar el siglo XV y durante los tres siglos que siguieron?

¿En verdad la conquista material y espiritual terminó por erradicar por completo antiguos usos y costumbres situados más allá de lo meramente evidente? Y, por tanto, ¿la conquista terminó asimilando hacia la cultura cristiano occidental a los hombres y mujeres que sobrevivieron a las campañas militares y religiosas, lo cual implicó una definitiva victoria de la cultura y sistema conquistador frente a los pasados previos e independientes que tenían los Pueblos Indios?

¿Puede constatarse realmente que la cultura cristiano-occidental finalizó avasallando todos los mundos de los Pueblos, convirtiéndolos en simples campesinos monogámicos e individualistas que, desde Hesiodo en la cultura homérica y luego en la occidental, se predicó e intentó imponer a todos aquellos que viven del cultivo de la tierra?

Si la conquista española sometió y erradicó las bases de los mundos preexistentes ¿por qué las rebeliones, alzamientos y motines indios durante todo el periodo colonial? ¿Cuáles fueron los motivos profundos, que no coyunturales, de esos movimientos de resistencia que unas veces se manifestaban mediante las armas y otras en los tribunales de los propios dominadores?

¿Acaso las comunidades actuaban todas juntas en los alzamientos o dosificaban sus participaciones para mantener algunas a resguardo de la destrucción y así poder mantener aunque sólo fuera en ellas lo esencial: la decisión de seguir construyendo su propia historia? ¿La resistencia manifestada y expresada en motines, alzamientos o pleitos en los tribunales debe quedar reducida, como lo intentaron los burócratas coloniales, en lo meramente local, rancheril, pueblerina?

Pero, ¿cómo imaginar alcances u objetivos que superen el reducido espacio curial, de la congregación, de la ranchería o de la cabecera de la alcaldía, si los dominadores se empeñaron en encerrar todos los conflictos en esos estrechos límites?

Los conquistadores poco podían imaginar y mucho menos ver o sentir, ya que sus propios sentidos y preconcepciones les obstruían la vista y el entendimiento. Hubo mucho que quedó fuera de su campo de visión; todo lo "indio" fue reducido y condenado de antemano por el profundo desprecio y odio a todo lo que no fuera igual a ellos. Autocomplacientes, los conquistadores con sus sentimientos de superioridad terrena y divina, miraron individualmente a los indios como a niños brutos o incapaces que por fuerza tenían que ser dirigidos y asimilados al mundo cristiano occidental. Por ver de esa manera, cuánto dejaron de observar y de entender.

Bajo esa mirada restringida no hubo la menor posibilidad de asimilar y comprender la existencia de organizaciones alternas a la suya, y por eso, toda revuelta, motín, pleito judicial, mantenimiento de sus antiguas tradiciones o usos y costumbres, por decir sólo lo más evidente, fue y ha sido visto desde entonces como producto de la manipulación de unos cuantos sujetos ajenos a los pueblos, porque los pueblos, se dice, son incapaces de plantear cualquier reclamo[1].

Pero la simple constatación de las revueltas, motines, pleitos judiciales, mantenimiento de usos y costumbres, para hacer valer antiguos derechos, estarían mostrando que la conquista y la sujeción no fue tan completa y victoriosa como se dice tan fácilmente.

Aceptar que los litigios en los tribunales constituyen una clara muestra de su integración al sistema colonial es quizá una manera de ver las cosas, pero no la única. Hay que ver más allá de la parte procesal y fijar quizá más nuestra atención en el fondo de los litigios, observar sus temporalidades, sus circunstancias en áreas mucho más amplias y bajo resortes que nos hagan destacar más que lo dispuesto en la legislación novohispana: las motivaciones, querencias y apremios de los que, sabiéndose oprimidos, no encuentran otros caminos para sustentar lo propio sino en el terreno mismo que establecen los dominadores.

Lo anterior no significa integrarse, sino buscar salidas viables para hacer valer lo suyo, lo propio, dentro de los mismos dominios que les imponían los conquistadores. Fue, a fin de cuentas, enfrentar a los conquistadores en sus mismos terrenos, con sus mismos demonios, para darle salida y viabilidad a lo suyo, quizás con el fin de que no se derramase más sangre, más vidas, más posibilidades de historias.

Pero, ¿cómo podemos siquiera pensar que a los indios les interesaba la vida de cualquier ser humano, si eran hasta la ignominia odiadores y renegadores de todas las obras de Dios incluyendo a todos los seres humanos, lo que se había constatado a través de sus ritos y ceremonias satánicas y perversas de las que están llenas las crónicas de los conquistadores e incluso de los estudiosos de nuestros días?

Pero a pesar de todas aquellas campañas adversas que impusieron en todos los ámbitos los conquistadores, resulta claro hoy en día, que la conquista española no terminó con los basamentos mismos de aquel mundo que, por desconocido, no pudo ser derruido.

Tan eso fue así que durante todo el siglo XIX, y aun durante el XX, se hicieron todo tipo de campañas militares, políticas y culturales para intentar su aniquilación y desaparición pero, a fin de cuentas, su presencia y activismo actuales acabaría por desmentir el triunfo de cualquier conquista que sobre ellos se ha querido imponer. No ha habido campañas militares o espirituales que dobleguen ese algo que todavía nos empeñamos en desconocer, pero que los hace seguir siendo ellos.

La lucha, reclamos y actitudes que siguieron al 1 de enero de 1994 quizás nos muestran que no hemos entendido nada de las historias de esas comunidades que forman Pueblos. Pero no Pueblos a la usanza y prescripciones de occidente, sino de otros Pueblos a los que aún nos hemos negado a comprender.

La historia, la antropología —en sus diversas disciplinas—, la economía, la sociología, la ciencia política, la sicología, en fin, la sociedad toda, muy posiblemente comenzaremos a tener otra visión de los Pueblos Indios si expandimos nuestra visión. Si en lugar de ver rancherías, caseríos, poblados, alcaldías o municipios dentro de estados; los patrones de las lenguas, de los asentamientos; de los usos y costumbres que vayan más allá de lo evidente; de las actividades que desarrollan —parámetros construidos para la llamada cultura occidental y que a ella sólo sirven—, buscamos elementos inmateriales, intangibles que están detrás de los usos y costumbres, que van más allá de la localidad, de la ranchería, del municipio, que son formas de relacionarse entre ellos y con la naturaleza, quizás no encontremos lo que son los Pueblos, pero muy seguramente sí encontraremos sus fundamentos: esa inviolable decisión de los Indios por adscribirse a un Pueblo. Y esa decisión es inquebrantable mientras sigan vivos y actuantes. Mantener el desprecio por esas otras formas de construir historias, irá a nuestra cuenta y riesgo como nación que nos predicamos pluriétnicos y pluriculturales. Ellos continuarán seguramente con sus construcciones y nosotros mantendremos nuestra mezquindad, que muy posiblemente algún día nos terminará asfixiando y aniquilando.

Hasta ahora, todo lo hemos visto como la cultura occidental ha querido. Podremos observar otras tantas cosas, si abandonamos los paradigmas existentes, las normas establecidas.

Esos paradigmas y normas ya no conducen a nada nuevo. Hoy se mantiene la guerra abierta a los Pueblos Indios o a esas esencias desconocidas. Si las aniquilamos no serán las primeras, pero tampoco las últimas. Luego vendrán por todas, las otras que no se les parezcan y no realicen lo que ella exige: la total sumisión a un proyecto de homogenización occidentaloide. ★

Nota:
1. Véase para el caso lo expresado por Diego Fernández de Cevallos el 9 de septiembre del 2002. *La Prensa*.

La guerra y el neoliberalismo

El 30 de septiembre de 2001, el Pentágono emitió su documento de lineamientos para 2001-2005. Estableció que los objetivos del ejército yanqui para el periodo son el control de los mercados clave y de los recursos estratégicos, así como también eliminar a las fuerzas hostiles en áreas críticas, particularmente, Europa, Medio Oriente, al igual que el noreste, sudeste y este de Asia.

Se trata de un documento suscrito por Donald Rumsfeld, secretario de defensa de Estados Unidos, quien afirma que las tesis expuestas fueron resultado de varios meses de discusión en el "más alto liderazgo civil y militar del Departamento de Defensa y de extensas consultas con el presidente". Ese documento, agrega, perfila los cambios cruciales de la política militar de ese país.

El programa oficial del Pentágono supone que la hegemonía de Estados Unidos es "la premisa para sustentar el sistema internacional". Declara que los planes militares requieren, además, una "coalición formidable de poder real y potencial para que Estados Unidos y sus socios puedan determinar el panorama estratégico y proteger los intereses que comparten".

A diferencia de la Guerra Fría o III Guerra Mundial, en que las regiones cruciales del enfrentamiento estaban bien definidas, en el período actual es necesaria "la intervención militar de Estados Unidos virtualmente en cada continente y en contra de adversarios diversos", según el mismo documento.

Las intervenciones militares, añade, pueden tener lugar en regiones distantes, donde ambientes urbanos, terrenos difíciles y condiciones climáticas adversas representarían los desafíos operacionales principales.

Pero no todo es tan complicado, como pelearse con el medio ambiente. En la tragedia de la guerra, queda lugar para la comedia. El Pentágono también dice que los objetivos generales de sus planes son tres: "la paz global, la libertad y la prosperidad".

Fuente: *Quadrennial Defense Review Report*, Departamento de Defensa de Estados Unidos, 30 de septiembre de 2001.

★★★★★

Como resultado de las guerras de Afganistán e Irak, Estados Unidos ocupó poco más de un millón de kilómetros cuadrados de territorio, en el lapso de un año y medio. Esto significa que la fuerza militar estadounidense ahora tiene 9,179 kilómetros adicionales de frontera con once países: con China, 76 km; Irán, 2,394; Pakistán, 2,430; Tajikistán, 1,206; con Turkmenistán, 744; Uzbekistán, 137; Jordania, 181; Kuwait, 240; con Arabia Saudita, 814; Siria, 605 y con Turquía, 352 km.

Los principales recursos naturales de Afganistán son el gas natural, carbón, cobre, cromita, talco, barita, azufre, plomo, zinc, hierro, sal, piedras preciosas y piedras semipreciosas, pero también es considerado uno de los productores más importantes de opio. En Irak, los recursos principales son el petróleo (segundo lugar de las reservas mundiales), gas natural, fosfatos y azufre. En ambos casos, la imagen de pueblos pastoriles está falseada folklóricamente, lo estratégico es la extracción de hidrocarburos y la minería.

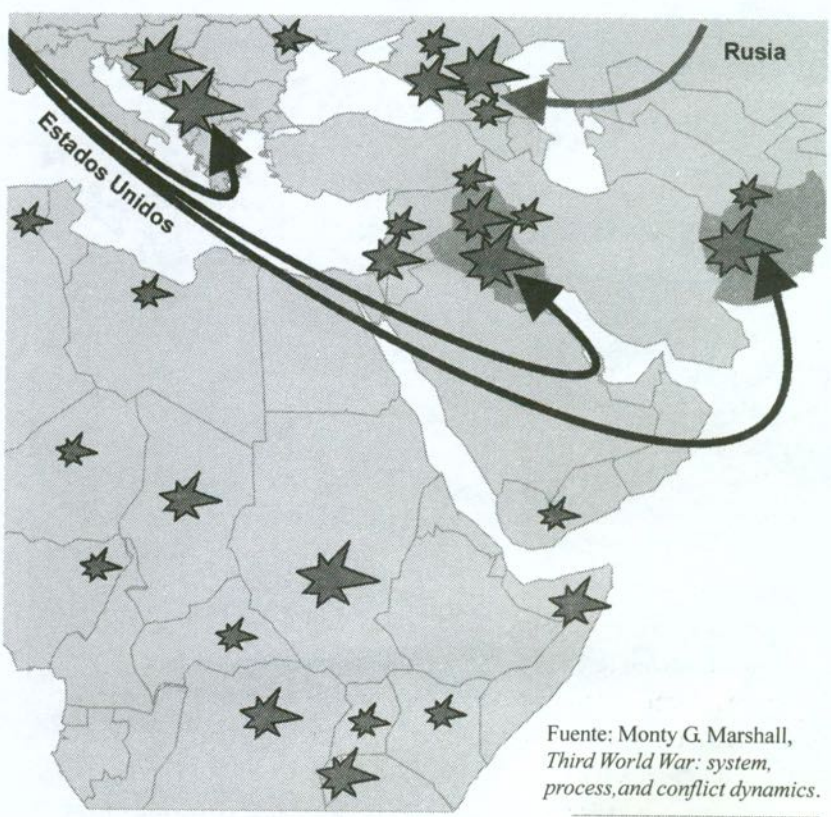
Antes de la ocupación militar, la mayor parte del comercio exterior afgano se realizaba con Pakistán, Japón, India, Kenia, Bélgica, Alemania, Rusia, Corea del Sur y Turkmenistán. En el caso de Irak, el comercio exterior se hacía con Francia, Italia, España, Australia, China y Rusia, pero el 46 por ciento del petróleo llegaba a Estados Unidos, en el año 2000.

Las dos naciones ocupadas militarmente suman 52 millones de habitantes que son de religión musulmana, casi en su totalidad, 61 por ciento sunitas y 37 por ciento chiítas. En Afganistán viven los pueblos pashtún, tajik, hazara, uzbek, aimak, turcomano y baloch; mientras que en Irak habitan parte de los pueblos árabe, kurdo, turcomano y asirio, entre otros.

El imperio de "la democracia" sobre estos dos países significa que la Constitución no existe, el sistema legal no existe, el sufragio no existe, los partidos políticos no existen, el poder legislativo no existe, el poder judicial no existe, las libertades y los derechos humanos tampoco existen. Lo que hay son administraciones de la fuerza de ocupación militar, es decir, "democracias viables".

Fuente: CIA, *The World Factbook*

★★★★★



Fuente: Monty G. Marshall, *Third World War: system, process, and conflict dynamics.*

Intervenciones militares de Estados Unidos y Rusia: Yugoslavia, Chechenia, Afganistán, Irak y los conflictos regionales de los 90

Según el general Robert H. Scales, a medida que se abre paso la Era de la Información, existe una perspectiva de "más *confort* para la guerra futura, pues se incrementa la capacidad de matar con eficacia mayor y mayor".

Este general estuvo a cargo de baterías de artillería en las guerras contra Alemania, Corea y Vietnam. Desde 1997, es el comandante del Colegio de Guerra del ejército de Estados Unidos.

Afirma que después de la II Guerra Mundial, las potencias occidentales invirtieron miles de millones de dólares y "el genio colectivo de una generación de mentes geniales" para resolver el problema de golpear en profundidad al ejército soviético. "La tecnología del microchip proveyó las herramientas necesarias para extender la zona de muerte y lograr que fuera más fácil encontrar, rastrear y aniquilar los objetivos".

Así, por ejemplo, en la II Guerra Mundial se requerían disparar 18 tiros de artillería para destruir un tanque de guerra situado a 700 metros; mientras que en la guerra árabe-israelí de 1973, sólo fueron necesarios dos tiros para alcanzar un objetivo similar situado a 1,100 metros. Durante la primera guerra contra Irak, en 1991, fue posible destruir un tanque localizado a 2,200 metros con un solo disparo. La velocidad de la ofensiva militar en este año era de 40 kilómetros por hora.

Consecuencias de esta "revolución de las armas" son: aumento de precisión en la maniobra, aceleración de la ofensiva y, en especial, que ahora la guerra se caracteriza por ser una confrontación de fuerzas desiguales.

A partir de 1991, añade, se inició un nuevo ciclo ofensivo del ejército de Estados Unidos (la IV Guerra Mundial). El jefe del Colegio de Guerra asegura también que en esta nueva etapa militar, la primera fase será una ofensiva "mental" (1991-2010); y la siguiente será la ofensiva "física" (2010-2020), con maniobras a escala global y a una velocidad de 200 kilómetros por hora.

Claro, siempre que tal aventura no provoque antes la catástrofe global de la humanidad o, bien, la crisis global del imperio.

Fuente: Gral. Robert H. Scales, "Cycles of war".

★★★★★

En el origen del imperialismo, la posibilidad de realizar la movilización total y la destrucción total en África, Asia, América Latina y también Europa, surgió con el ferrocarril, la artillería pesada y otros inventos, como los grandes barcos tipo Titanic, el motor a disel, aeroplano, dinamita, ametralladora, fusil de repetición, granada de mano, mina antipersonal, bala expansiva o dumdum y gas asfixiante.

La masacre se propagó por todos lados: París y Santa María de Iquique, Barcelona, Tomochic, la zona zapatista, Chicago, Cananea, el Sertón brasileño, Pekín, Río Blanco, Blood River Montana, Tientsin China, Camp Grant Arizona, Ijesa, Igbomina y Ekiti en Lagos, Idaho, Wounded Knee Creek en Dakota del Sur, Armenia, Nigeria, Filipinas, Indochina, el sur de Argentina y de Chile, Amritsar India...

En los 30 últimos años del siglo X1X, por medio de las guerras genocidas, Gran Bretaña, Francia, Alemania y Bélgica se apropiaron de 26.4 millones de kilómetros cuadrados de territorio. La más pequeña de esas potencias, Bélgica, aumentó 77 veces de tamaño. Antes, Estados Unidos despojó a México dos millones de kilómetros cuadrados de su territorio. En el umbral del siglo XX, Estados Unidos emprendió su expansión naval con nuevas intervenciones militares en Filipinas, Hawai, Venezuela, Panamá, Nicaragua, Cuba, Puerto Rico y México.

El darwinismo militar planteó en aquellos años que el choque de las potencias imperiales contra los pueblos del mundo significaba una "ley del progreso". Ese era, según el almirante estadounidense Alfred T. Mahan, "el aspecto moral de la guerra". En 1899, éste sostuvo en la Conferencia sobre desarme celebrada en La Haya, que Estados Unidos se oponía a la prohibición del empleo militar de gas asfixiante, porque eso significaba restringir "la genialidad inventiva" de los ciudadanos norteamericanos.

★★★★★

Pronto se reconoció, sin embargo, que no era suficiente la movilización de los hombres y los medios. Había que movilizar también la opinión. Las tecnologías de comunicación, como el ferrocarril, telégrafo, teléfono, prensa y cine, hicieron que se sobrepasara el umbral de la multitud y se dio origen a la opinión pública. Fue un acontecimiento clave, hace más de un siglo, según observó Armand Mattelart.

Así, en las guerras modernas, la propaganda alcanzó sus primeros galones como técnica de gestión de la opinión pública. Antes, para la guerra, se inflamaban los espíritus usando tambores y bailes, pero ahora, "en la gran sociedad, ya no es posible fundir la indocilidad de los individuos en el horno de la danza guerrera; se necesita un instrumento nuevo y más sutil para unir a millares, o incluso millones, de seres humanos en una masa coherente de odio... Es la nueva llama que ha de cerrar la herida del disentimiento y templar el acero del entusiasmo belicoso. Este nuevo martillo y este nuevo yunque de la solidaridad social se denomina propaganda", dijo un sobrino de Freud.

Ese recurso se empezó a usar con tal intensidad, que Rosa Luxemburgo consideró que el capitalismo era "el primer modo económico provisto del arma de la propaganda, un modo que tiende a tragarse al globo entero y a barrer todas las restantes economías, sin tolerar ninguna otra a su lado".

Las nuevas tecnologías de la era moderna fueron tan variadas como el Canal de Panamá y la policía secreta, el revisionismo, el trucaje cinematográfico y el consenso, que acarrearon los apoyos necesarios para las políticas imperiales. En efecto, como recordó Marc Augé, el consenso "es un término del lenguaje político francés que apareció en el momento en que se manifestó, en los círculos oficiales de la política, el sentimiento de que en un número de cuestiones importantes no había diferencia real entre las posiciones de la derecha y las

posiciones de la izquierda". Fue ésta la tecnología política que dio origen al gobierno francés en que formaron gabinete el marqués de Galiffet —general carnicero de la Comuna de París, que participó antes en la invasión de México— y el socialista Alexandre Millerand.

Fuentes: Armand Mattelart, La invención de la comunicación, y La comunicación-mundo, Historia de las ideas y de las estrategias, Siglo XXI Editores, México, 1995 y 1996. Marc Augé, Hacia una antropología de los mundos contemporáneos, Gedisa, Barcelona, 1995.

★★★★★

Según un cable de *Inter Press Service*, fechado en San José de Costa Rica, el 19 de marzo de 2003, el músico nicaragüense Carlos Mejía Godoy, autor de cientos de canciones populares y del himno del Frente Sandinista de Liberación Nacional, sufre en carne propia la angustia de la guerra de Estados Unidos en Irak, porque su hijo Camilo tendrá que luchar en el Golfo Pérsico como soldado del ejército yanqui, enemigo de la humanidad.

El joven de 28 años es uno de los 107,566 muchachos de origen latinoamericano que forman parte de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos (el 7.3 por ciento del total, en su mayor parte de origen mexicano). Desde hace ocho años se alistó en ese ejército, para residir sin problemas en el país del norte. Averiguó que, enrolándose, los militares le pagarían un salario y le costearían sus estudios, añade el cable. Ahora, Camilo tiene la esperanza de realizar una maestría en la Universidad de Miami.

Siendo cierto que la nueva tecnología militar "incrementa la capacidad de matar con eficacia mayor y mayor", como dice el general Scales, también es verdad que los ejércitos imperialistas están buscando reemplazar los reclutas con mercenarios.

En Rusia, el corresponsal de *La Jornada* informó, el 24 de abril del mismo año, que está en curso una reforma militar para poder contratar a extranjeros como soldados y oficiales. Al cabo de un periodo de tres años de servicio, los enganchados

tendrían condiciones preferenciales para obtener la ciudadanía rusa.

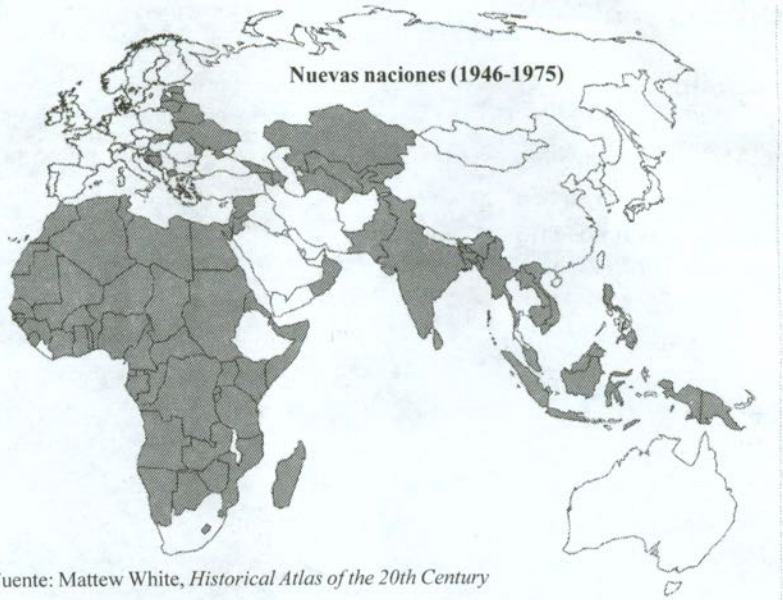
En el Estado español ya hay algo similar. Parece que es una tendencia general, en gran parte, vinculada con la falta de nacimientos. No solo faltan soldados, sino también obreros, y niños en las escuelas que se van cerrando año con año.

El Ministerio de Defensa de Rusia espera tener, a fines de 2007, cerca de 167 mil soldados por contrato, lo que equivale a una cuarta parte de su total de efectivos. Se sobrentiende que la oferta está destinada a personas de los países más pobres, sobre todo Tajikistán y las otras repúblicas de Asia Central, donde un alto porcentaje de jóvenes busca emigrar a Rusia, para huir de la miseria y la "falta de libertades políticas", agregó el corresponsal.

En la historia, los mercenarios han sido principalmente extranjeros en lugar de ciudadanos del país en cuestión. Se dice que en Europa, la utilización de mercenarios decayó considerablemente a partir de la revolución francesa, cuando las tropas se conformaron como ejército nacional.

Bajo el neoliberalismo, los ejércitos de mercenarios y las bandas paramilitares se perfilan ya como elemento clave dentro de las estrategias imperiales. Esa es la otra cara de la moneda, en la llamada "revolución de los asuntos militares"; es la medida racista que complementa la creciente capacidad destructiva de las armas.

★★★★★



Fuente: Mattew White, *Historical Atlas of the 20th Century*

Con todo, no habría que perder de vista que en la llamada Guerra Fría, el principal enfrentamiento no ocurrió entre las potencias, sino que fue el que protagonizaron los pueblos del mundo por lograr su liberación. En ese periodo histórico, lograron su primera independencia casi todas las naciones africanas y buena parte de las de Asia y Oceanía. Bajo este enfrentamiento, el proceso de descolonización se volvió más radical, significándose en esto las experiencias de Argelia y Vietnam, así como los vínculos entre los movimientos de liberación nacional de tres continentes: Asia, Africa y América Latina.

Richard Nixon lo constató con amargura, al reconocer que Estados Unidos fue derrotado en Vietnam sin que ningún soldado de la Unión Soviética participara en el campo de batalla. En 1985, escribía que el mayor acontecimiento geopolítico desde la II Guerra Mundial era la pérdida de la batalla ideológica por la URSS; esa potencia no representaba ninguna amenaza y, más bien, el Kremlin compartía las mismas preocupaciones y estrategias que la Casa Blanca (recuérdese la invasión de Afganistán). Además, el eurocomunismo estaba en su apogeo, la renuncia a la revolución en ese bando era absoluta.

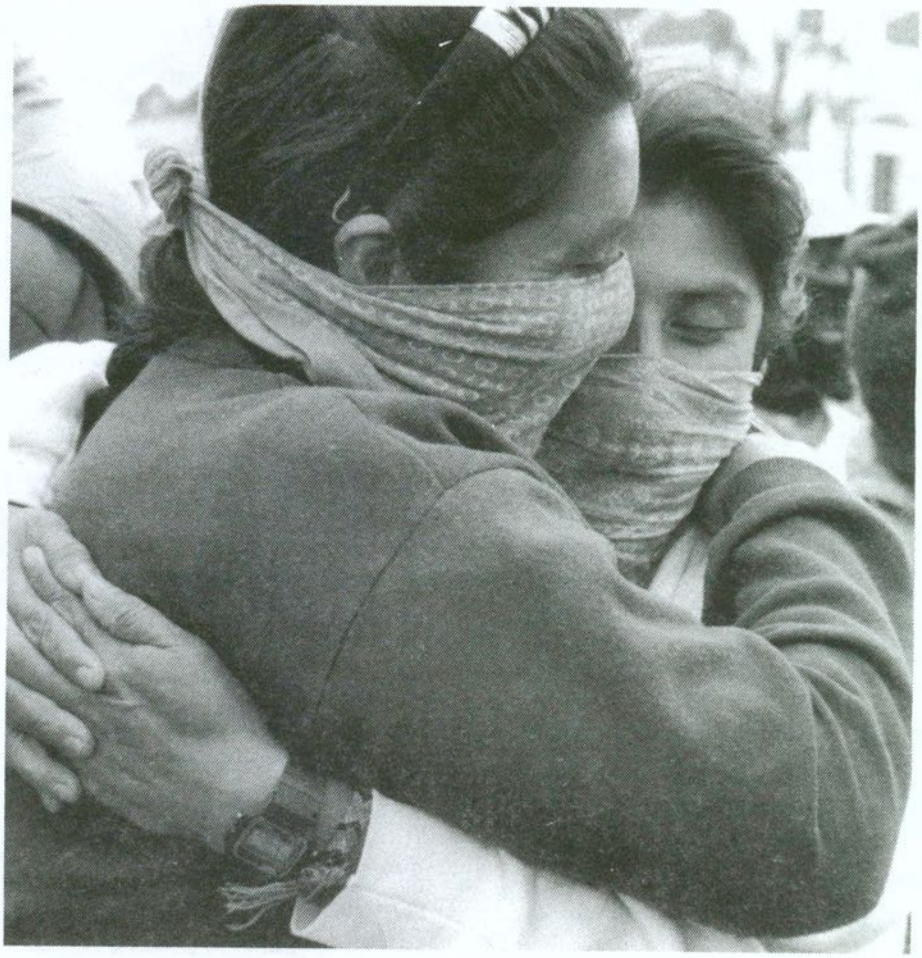
La mayor amenaza está en el Tercer Mundo, dijo Nixon. Desde 1945 hasta mediados de los años ochenta han habido 120 guerras; todas empezaron y fueron libradas en ese espacio geopolítico. "Nunca en la historia ha existido un conflicto de tan vastas proporciones y tan omnipresente como la guerra del Tercer Mundo". Tras la derrota de Estados Unidos en Vietnam, vinieron otras tantas en Laos, Camboya, Mozambique, Angola, Etiopía, Yemen del Sur y Nicaragua.

"No más Vietnams", exigió Nixon al comienzo de la época neoliberal. Su plegaria fue escuchada por el Pentágono.

Fuente: Richard Nixon, No más Vietnams, Planeta, México, 1986.

★★★★★

Testimonio de una trabajadora de la maquila



"Ahí conocí mis derechos"

María

Me llamo María, tengo treinta años y tres niños. Yo nací en San Marcos, Guerrero. Allí nos crió mi mamá pues era soltera. Nos criamos campesinos. Nos casamos, yo me casé, tuve una niña. Me separé de mi esposo cuando murió mi niña. A los dieciocho años me fui a Los Cabos, Baja California Sur, donde viví siete años. Me volví a casar, nacieron mis tres hijos y pues... también fracasó el matrimonio.

Toda mi vida he trabajado, en los Cabos como mesera y después limpiando casas. Cuando nació mi primera hija, que ahora tiene once años, no me daba tiempo para trabajar, cuidar a la niña y mantener la casa limpia, así que empecé a vender tamales. Es un buen negocio. Sigo haciéndolos para ayudarme.

Hace siete años me separé y vine a Tijuana a ayudar a mi hermana que se había accidentado y no podía caminar. Busqué algo en qué trabajar por las mañanas, para sostener a mis hijos. En las tardes cuidaba a mi hermana. Yo no sabía que aquí había mucho trabajo. El primero que tuve fue en una fábrica llamada La Estrella, donde hacen canastas, sólo duré tres meses. El salario que me pagaban ahí era muy poco, 250 pesos semanales. No me alcanzaba ni para los pasajes, me tenía que ir caminando para que me alcanzara para el kilo de tortillas.

De La Estrella me pasé a Sanyo, donde me pagaban, en el 94, 300 pesos. Ya eran 50 más

que los que ganaba antes. Me conformaba con eso. Al principio todo fue normal, nada de presión, pero después de un año te empiezan a exigir todo: que reglamentos por aquí, que reglamentos por allá. El supervisor te exige cosas que antes pasaba por alto. Para entrar a Sanyo me hicieron examen de embarazo, visual y me revisaron toda. Ahora siento miedo de pedir trabajo porque en el 97 tuve un accidente y perdí un ojo.

Cuando me hicieron los exámenes no sabía que era ilegal el examen de embarazo. Si hubiera salido positivo yo no hubiera reclamado. La mayoría de las mujeres no sabemos que tenemos derecho a un trabajo digno.

Yo trabajaba en el área de embobinado, en el turno de las diez de la noche a las seis de la mañana, en una máquina que da vueltas y yo enredaba el cable, apretadito. Muchas veces se soltaba un cable y chicoteaba, me pegaba en los brazos, en los hombros, en el pecho. Lo reportaba pero nunca lo tomaron en cuenta, hasta que me pegó en el ojo. Desde ese momento se me borró la visión. El supervisor, Ismael Álvarez, que era el único jefe en ese horario, no me creyó porque no se veía ninguna herida. Me llevaron a la enfermería, ahí me revisó un guardia pues en ese horario no hay médicos. Me puso unas gotitas.

Aunque yo le decía al supervisor que no veía, él no me quería dejar salir. Hasta que le dije que me mandara al Seguro Social o me iba yo, hizo el acta de lo que había sucedido y me mandó al hospital en un auto de la empresa. Pasé un año y medio incapacitada. Me hicieron cuatro operaciones. Al principio me diagnosticaron cataratas. A los seis meses me mandaron a Ciudad Obregón a operármelas pues en Tijuana no disponían del equipo. Fui a Ciudad Obregón y me negaron el servicio pues decían que tenía que ser atendida en Tijuana, pues no era cirugía grave. Regresé, me hicieron nuevos estudios y vieron que mi ojo estaba muy afectado. Me enviaron de nuevo a Ciudad Obregón y allá me hicieron esperar siete días pues no había camas. Como siempre he sido muy atrabancada, me enojé mucho y fui a hablar con el director. Él se negaba a recibirme, hasta que amenacé a la secretaria con tirar la puerta. El director me preguntó porqué quería tirar la puerta. Le respondí: "¿Cómo es que usted se niega a recibirme si sólo está llamando por teléfono? Yo tengo dolores intensos".

A los dos días me mandaron de regreso a Tijuana; ya no se podía hacer nada. Tenía un alambre en el ojo, por eso tenía tanto dolor. Pasé un año y medio con el alambre. Hablé con el supervisor general de la empresa. Ahora es gerente. Le pedí que me viera un especialista que no fuera del Seguro Social, para conocer otro diagnóstico. Al principio se negó pero cuando le comuniqué que iba a poner una demanda, la empresa accedió. Me pagaron tres operaciones.

Después de cada operación recuperaba un poco la vista y el dolor lo controlaba con medicinas. Cuando comencé a perder nuevamente la vista me hicieron radiografías y encontraron que tenía venas tapadas. Me aplicaron tres inyecciones que me hacían gritar de dolor. Ya todo el tiempo eran dolores intensos, todo el tiempo estaba con medicamentos. Pedí que me sacaran el ojo, ya no servía. La cuarta operación fue para quitármelo, ahora tengo una prótesis.

Me dieron una pensión por el 55 por ciento de mi sueldo, 750 pesos. Esa cantidad es fija. Opté por la pensión global, cinco años de sueldo, 54 mil pesos. ¿Qué garantía tengo de vivir tres años? Mejor que lo disfruten mis hijos. Regresé a trabajar. Demandé a la empresa Sanyo porque se estaba cambiando a la Mesa de Otay. Antes hacía quince minutos de camino; a Otay me tomaba una hora y media. Era muchísimo tiempo. Yo tenía que estar a la hora en que llegan mis hijos de la escuela. Ellos van en la tarde. Tenía que salir de casa a las tres y ellos llegan a las cinco. Me iba a trabajar preocupada.

Cuando trasladaron a trabajadores de la otra planta a la mía conocí gente que me invitó a una reunión. Ahí conocí mis derechos. En Otay trabajé treinta días, los necesarios para poder demandar a la empresa.

Yo me siento segura por la capacitación que nos han dado, me han ayudado mucho. Hay derechos que uno tiene que defender, que necesita uno defender para valorarse. No le hace qué tan fuerte sea el enemigo. Si tienes más miedo que el enemigo, no vas a poder hacer nada. ★

Brukman o el derecho al trabajo

La represión policíaca desatada contra los trabajadores de la fábrica recuperada Brukman, el pasado 21 de abril, llegó hasta los pasillos de un hospital infantil cercano a la fábrica y hasta las aulas de una facultad llena de estudiantes que tomaban clases.

Las autoridades argentinas parecieran estar desahogando la tensión que les ha provocado el movimiento sin precedentes que se gesta en Argentina desde la rebelión popular de diciembre de 2001.

La empresa textil Brukman es una de las casi 200 fábricas que, tras haber sido abandonadas por sus dueños en el marco de la crisis política y económica que vive ese país, han sido ocupadas por sus trabajadores para reactivarlas. Una semana antes de la represión, un juez había ordenado el desalojo violento de las instalaciones de la fábrica

Brukman para entregarlas a los dueños que las abandonaron hace año y medio. El juez no estuvo solo, pues su decisión fue convalidada por otros jueces en una resolución que en uno de sus párrafos asegura: "No hay supremacía de la vida y la integridad física sobre los intereses económicos".

En la madrugada del viernes 18 de abril, la policía había arremetido contra los trabajadores que se encontraban dentro de la fábrica. Para el lunes 21 ya se habían congregado afuera de la fábrica cientos de personas solidarias con los trabajadores desalojados. Estaban convocados para una gran manifestación de apoyo. Además, los trabajadores pretendían reingresar a la fábrica ante la falta de acuerdos con el Ministerio del Trabajo. Para entonces, enormes contingentes policíacos habían llegado ya al barrio de Balvanera (donde se encuentra la fábrica recuperada) apoyados por tanquetas, perros y un fuerte dispositivo antimotines. En tanto, algunas organizaciones sociales presionaban al gobierno del presidente Eduardo Duhalde para que no hubiera violencia.

Fue inútil. Bastó que cuatro obreras se unieran e intentaran llegar hasta la puerta de la fábrica para que reventara una represión que, en medio de balas de goma, fuertes golpes y gases lacrimógenos, abarcó varias calles aledañas y alcanzó a estudiantes de la facultad de Psicología y a internos del Hospital Infantil Garraham, donde tra-taban de esconderse algunos manifestantes. El saldo fue de más de doscientos heridos y decenas de detenidos.

El gobierno de Eduardo Duhalde (responsable también de la represión policíaca contra desocupados en junio de 2002, donde dos jóvenes murieron asesinados) ha declarado que lo que ocurría afuera de la fábrica Brukman no era una protesta social, y que la violencia fue legalmente justificada.

Pero los hechos no son aislados: la Central de Trabajadores Argentinos (CTA) ha denunciado también una represión brutal contra los trabajadores del Frente de Gremios Estatales de

Jujuy, en el norte de Argentina, quienes exigían una revisión salarial. Los trabajadores no se dan por vencidos. Las marchas multitudinarias siguen recorriendo las calles de Buenos Aires en rechazo a la represión de la policía federal. Además, han anunciado la instalación de una "carpa de la resistencia" en calles cercanas a la fábrica.

Algunos analistas políticos cercanos al gobierno advierten sobre los peligros de la "ingobernabilidad" y la "anarquía" en el marco de los procesos electorales que se realizan en estos días en Argentina, y señalan que el intenso movimiento social surgido en 2001 se encuentra deslumbrado por la "post-política" que no cree ya en los partidos políticos argentinos.

Por su parte, muchos integrantes del movimiento están listos para asistir a las urnas como una forma de protesta.

Sí, están listos para votar con tarjetas en las que se lee con letras grandes "QSVT": "¡Que Se Vayan Todos!". ★

El plazo se cumplió para Vieques

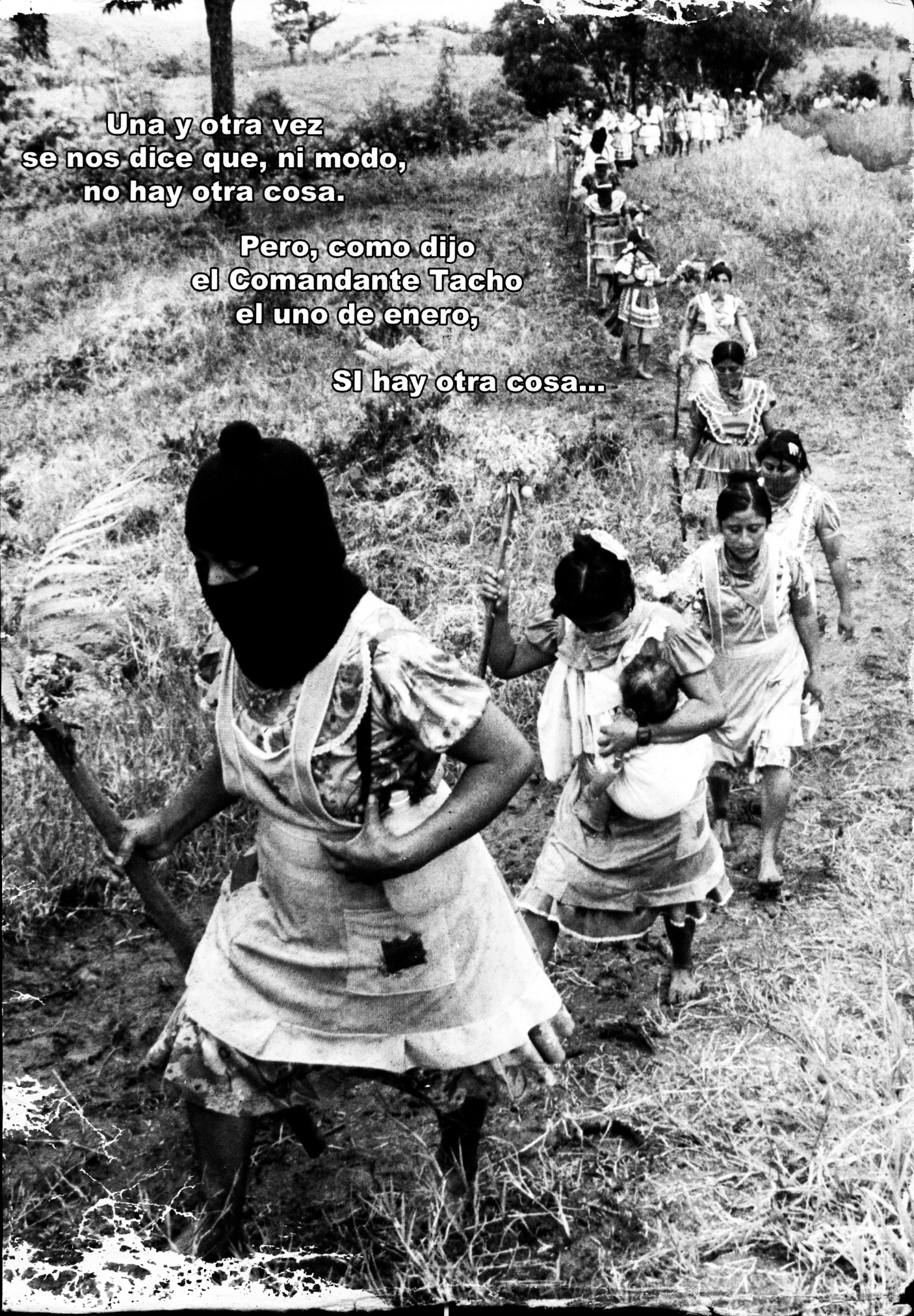
Al grito de "¡Vieques sí, marina no!" y de "Paz para Vieques", el pasado 1 de mayo y trás varias décadas de resistencia, cientos de manifestantes viequenses celebraron con fuegos artificiales la salida de la marina estadounidense de esa pequeña isla de Puerto Rico. En los años cuarenta, la marina de Estados Unidos expropió las tierras más fértiles de la otrora isla agrícola de Vieques y desplazó sin contemplaciones a sus pobladores para construir el centro de entrenamiento militar Camp García. Desde 1947, cuatro quintas partes de la isla de Vieques estuvieron en el rango de alcance de incontables bombas, en las seis mil hectáreas que fueron centro de prácticas militares y de bombardeos experimentales diarios por parte de la marina de guerra estadounidense.

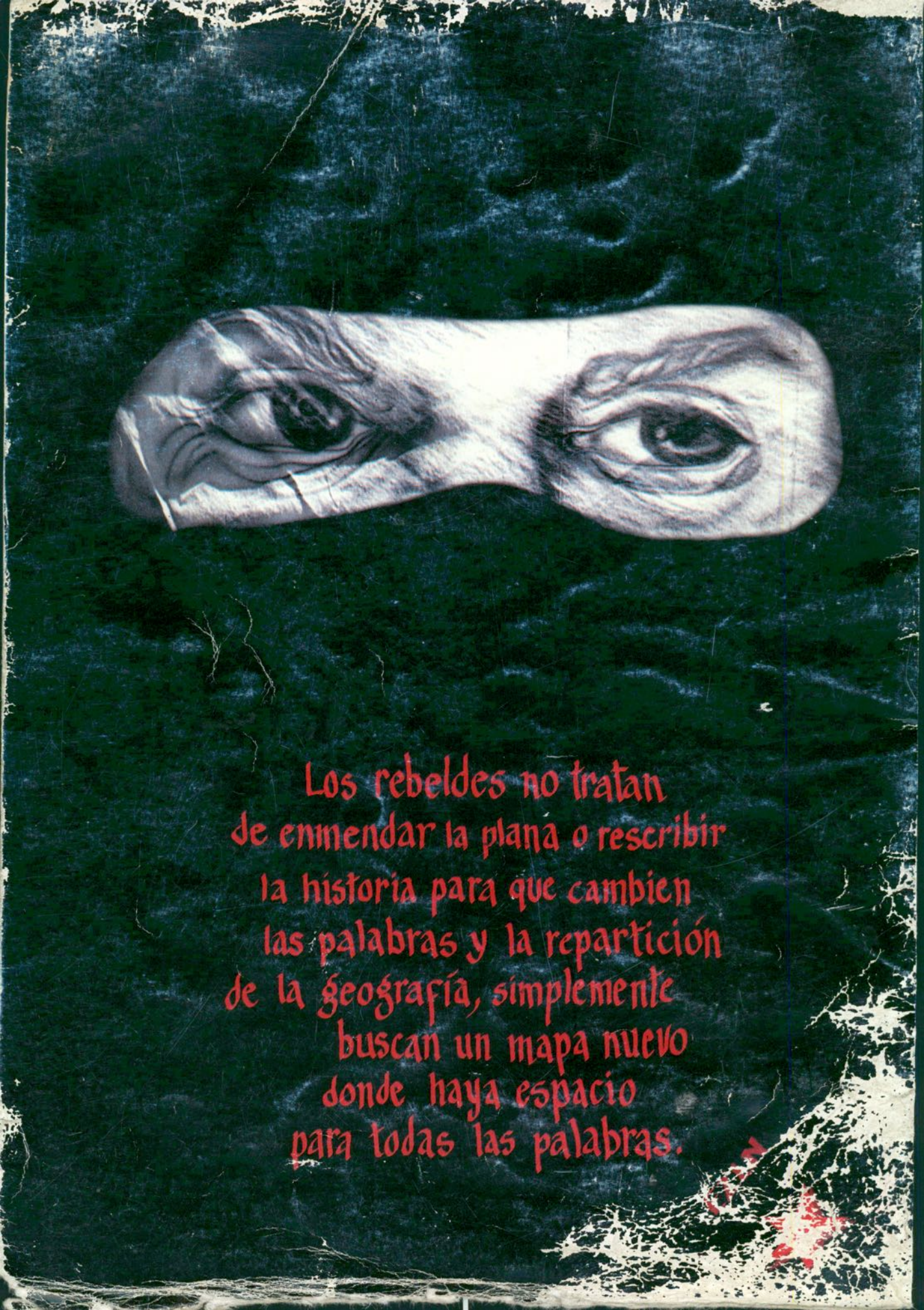
En torno a esta problemática de destrucción y devastación del medio ambiente, que colocó a Vieques en los primeros lugares de casos de cáncer en Puerto Rico y que ha resultado en una tasa de desempleo del 50 por ciento, la sociedad civil luchó de manera constante y organizada durante décadas, confrontando al gobierno de Estados Unidos con tácticas bien definidas de resistencia pacífica que, además de referendos, incluyeron actos que sorprendieron al mundo: sin miedo a la represión gubernamental, la sociedad civil conformó campamentos clandestinos dentro de la zona ocupada por la marina, con invasiones constantes a las peligrosas zonas restringidas para prácticas militares, y logró entorpecer muchas maniobras. El gobierno de George Bush comenzó a preocuparse, no tanto por la vida de los activistas, creemos, sino por la forma en que estas atrevidas incursiones hacían resurgir los sueños independentistas de los puertorriqueños.

La situación se volvió insostenible para el gobierno estadounidense a partir de 1999, cuando estallaron como nunca las protestas por la muerte de David Sanes Rodríguez. El guardia civil puertorriqueño murió cuando dos bombas lanzadas desde un avión se salieron del rango de ataque. En esta pequeña isla de menos de diez mil habitantes, casi mil seiscientos fueron encarcelados por actos de desobediencia civil en los últimos cuatro años, entre ellas el actor Edward James Olmos (de los grupos solidarios con la isla). Algunos activistas pasaron más de tres meses en prisión. El tono de las protestas llegó a ser tan intenso que George Bush anunció que las tropas de Estados Unidos cesarían sus prácticas militares en Vieques para mayo de este año.

El plazo se cumplió y los militares se retiraron el miércoles 30 de abril. La euforia no se hizo esperar: cientos de manifestantes incendiaron vehículos militares y destruyeron propiedad gubernamental en medio de los festejos, tras derribar las rejas que resguardaban Camp García. La policía ha solicitado permiso para detener a cualquiera que penetre en dicha zona, que ahora ha pasado a manos del Ministerio del Interior para convertirla en refugio de vida silvestre. Sin embargo, los viequenses, que perciben la ironía, están organizando ya su propia lucha contra la contaminación dejada por las tropas de Estados Unidos y exigen que las tierras sean entregadas a los puertorriqueños.

Al retirarse de la isla, la marina estadounidense negó que sus prácticas militares de seis décadas hayan hecho daño alguno. ★


Una y otra vez
se nos dice que, ni modo,
no hay otra cosa.
Pero, como dijo
el Comandante Tacho
el uno de enero,
SI hay otra cosa...



Los rebeldes no tratan
de enmendar la plana o rescribir
la historia para que cambien
las palabras y la repartición
de la geografía, simplemente
buscan un mapa nuevo
donde haya espacio
para todas las palabras.